

EL NUEVO CASO DEL INSPECTOR PROAZA

CARNE DE PRIMERA

RAFAEL ESTRADA

Lectulandia

Los Infiernos, Torre Pacheco, verano de 2012. Con el pecho abierto y la mirada vacía, el cadáver de Gus esperaba pacientemente ser encontrado. Era viernes cuando se conocieron y sábado cuando ella le robó el corazón... un corazón cuyo valor en el mercado alcanzaría los ciento cincuenta mil euros. Para poder resolver este caso, el inspector Proaza deberá adentrarse de nuevo en los más oscuros rincones de la región de Murcia.

Lectulandia

Rafael Estrada

Carne de primera

Inspector Proaza - 2

ePub r1.1

Titivillus 03.07.15

Título original: *Carne de primera*
Rafael Estrada, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Vivimos de la muerte de otros,
somos como cementerios andantes.
Llegará el momento en que el hombre verá
el asesinato de los animales como
ahora ve el asesinato de los hombres.

LEONARDO DA VINCI

1

El camino a Los Infiernos

Para ir a Los Infiernos, basta con girar a la derecha en el kilómetro 6 de la RM-19, la autovía que conecta San Javier con la A-30 en dirección a Murcia; después de pasar la rotonda, hay que desviarse en la primera salida y recorrer dos kilómetros y medio de asfalto irregular, rodeado de campos polvorientos e invernaderos de plástico. Allí, el silencio se extiende hasta donde llega el oído, y pueden alcanzarse, en pleno verano, las elevadas temperaturas que avalan su nombre.

Cuando Gustavo tomó el desvío eran las dos de la mañana. Le acompañaba una joven que había conocido esa misma noche, pocas horas después de que Tati le hubiera dejado. Estaba oscuro, porque los caminos rurales no suelen disponer de alumbrado; la única iluminación era la de los faros de la furgoneta, que circulaba por el centro de la vía invadiendo el carril izquierdo. Entre risas y caricias dejaron atrás la primera curva, el vehículo se detuvo a la izquierda de la cuneta, señalando con los faros unos arbustos resacos y una lona de plástico que alguien había tirado en el descampado. Se besaron. Iba un poco bebido, contento de haber conocido a alguien que le ofreciera compañía en aquellos amargos momentos. Ella tenía unos ojos burlones, manos juguetonas y labios con sabor a ginebra. Justo lo que necesitaba. Después de todo, encontrar compañía que te brinde consuelo cuando tienes el corazón roto es un pequeño milagro que la química explica: se liberan endorfinas, los niveles de dopamina suben y el cuerpo experimenta la euforia. Podría haber ido a ensayar, a fumar unos petas con los amigos, haberse hartado a reír y el efecto sobre su estado de ánimo habría sido el mismo. Todos sabemos que un pensamiento regulador, en ocasiones, puede ayudar a mantener el rumbo; pero Gustavo no quería eso y eligió tomar el camino de la autocompasión. Aunque sabía que su relación con Tati no había tenido mucho sentido, decidió abandonarse a la desesperación y representar su particular melodrama ante el mundo.

¿Cuándo se quedó dormido?

No parece un dato que importe demasiado ahora. Lo que sí está claro es que no supo ver el peligro, mientras saboreaba su desconsuelo escuchando la música llorona de Muse, con los auriculares puestos y su cara de pena bien a la vista. Dos personas sentadas en un chiringuito, bebiendo en la playa cuando el sol se pone, y las miradas se cruzan demasiadas veces y una sonrisa aparece y la primera palabra... ¿Quién la dijo? ¿Quién transformó un momento triste y vacío en otro cargado de expectativas? Lo cierto es que la furgoneta se encontraba allí mismo, tan acogedora, con esas cortinas fruncidas de nubes azules y rosas, que solo tuvo que mencionar la botella de ginebra helada para convencerlo: «Nos vamos, que conozco un sitio... Ya verás». Y fueron al sitio. Y vio... Era viernes cuando se conocieron y sábado cuando ella le

robó el corazón, un corazón cuyo valor en el mercado alcanzaría los ciento cincuenta mil euros. Nadie sabría jamás que estaba emocionalmente roto, ni el cirujano encargado del trasplante, ni el afortunado receptor. Solo lo sabía Tati, que le había visto llorar desesperado tan solo unas horas antes; y ella, la que le tendió la trampa, porque el propio Gus se lo había contado mientras estaba siendo acechado. Pero ¿a quién le importaba ya? A Gustavo no, desde luego. Tirado a cincuenta metros del camino, con el pecho abierto y la mirada vacía, parecía resignado. Definitivamente, ni lo suyo eran las mujeres, ni aquel había sido un buen día.

Al menos no estaba solo bajo la lona de plástico. Recostado sobre unos rollos de tubos de goteo, se había convertido en ecosistema anfitrión y empezó a recibir visitas, atraídas por el olor que liberaba el cuerpo. Primero vinieron las moscas, que revolotearon nerviosas a su alrededor, abanicándole el rostro con sus diminutas alas, buscando los mejores sitios donde depositar sus huevos; después fueron las hormigas y los escarabajos, inspeccionando uno por uno todos los orificios a su alcance; una araña se movía por el pelo, explorando el lugar donde establecer su nido, atenta al culebrear de un ciempiés con el que no deseaba competir en esos momentos. Una rata salió de la cavidad abdominal con un trozo de hígado, nerviosa, ante la presencia de un cuervo que picoteaba la lona para poder acceder también a su parte. Algunos grillos cantaban, mientras los ácaros, monstruosos y diminutos al mismo tiempo, se hacían un sitio en el dorso de los brazos y las piernas...

Entonces, la pantalla del móvil de Gustavo se encendió, el dispositivo vibró, y el silbido de la melodía de Rammstein anunciando un nuevo mensaje creó un breve desconcierto. Fue una parada del mundo apenas perceptible...

El mensaje era de Tati y decía: «Te gustaría q t komieran a ti, cabrón?».

... Después, se reanudó la actividad.

Silenciosos y elegantes, como sueños extraviados de la noche, los gatos del lugar vigilaban indiferentes el festín.

No tardaron en aparecer los perros...

2

Redada

El lunes por la mañana, el Grupo de Homicidios de la Policía Judicial de Cartagena se encontraba casi al completo. Los ordenadores estaban encendidos, el aroma del café se mezclaba con el humo de los cigarrillos, las ventanas estaban abiertas y las mesas repletas de papeles, los que se movían y los que permanecían quietos durante semanas o meses, envejeciendo y acumulando polvo. El ventilador giraba a un lado y a otro, creando la ilusión de que la mañana era fresca a intervalos. La inspectora Marín discutía con Marcelino Barba sobre trienios y complementos; cuando salió a relucir el recorte de la paga extra, el inspector jefe pensó en los regalos de Navidad de sus hijos, resopló como un toro, estrujó con su manaza el temario que estaba estudiando para acceder a comisario y la madera de la mesa crujió. Paco Garrido miraba con cara de asco a Said Garuso, el informático encargado del mantenimiento de la comisaría, delgado, fibroso, con atuendo punkarra y un tatuaje tribal en el cuello, que se perdía bajo la camiseta. Como tenía los ojos saltones y no paraba de asombrarse con lo que le contaba Adolfo, daba la impresión de que se le iban a caer al suelo de un momento a otro. Esa mañana estaba tardando demasiado el comisario, lo que no era habitual porque nunca se saltaba la rutina, de manera que las historias se sucedían y el informático parecía cada vez más excitado.

—¿Te estás quedando conmigo? —preguntó con la mosca detrás de la oreja.

—Ocurrió tal y como te lo he contado —respondió Adolfo.

—¡Venga ya...! —Garuso dio un revés con la mano al aire—. Te estás quedando conmigo.

—¡Que no, coño!

—¿Y dices que los detuvo el nuevo, el de la perilla?

—Paco estaba con él. —Adolfo le señaló con la barbilla—. ¿Es verdad o no es verdad?

Paco asintió con desgana.

—¿Qué pasa, tío, que no lees los periódicos?

Como era verdad que no leía los periódicos y el tema ya no daba para más, Garuso se enfrascó de nuevo en el ordenador de Adolfo, que en los últimos días había dado unos cuantos pantallazos azules. Este le ignoró con desdén, pensando que era extraño que no se hubiera enterado de una noticia que había salido en todos los medios, y se puso a seguir en la *tablet* unas declaraciones del secretario general del SUP en YouTube. Garuso, a su vez, pensaba en lo extraño que resulta la escasa cultura informática que poseen los inspectores, ellos que se creen tan listos. Garrido decidió coger el relevo para seguir impresionándolo, contándole el método que había utilizado el sábado de madrugada, en la sala de interrogatorios, para que confesara el

dueño de El Galeote.

—Fue muy sencillo y te lo voy a contar para que aprendas algo. Además, puedo asegurarte que no le toqué ni un pelo. No es mi estilo, y cualquiera que me conozca lo sabe. Lo mío es la diplomacia, la negociación, la palabra como arma, no sé si me entiendes. En cambio, aquí el amigo —dijo señalando a Juanito Proaza, que en ese momento se rascaba la perilla—, cuando el tipo intentaba tirar las pruebas por el retrete, le inmovilizó con una de esas cosas extrañas que hacen los aikidokas, lo dejó tieso como un palo y lo llevó hasta el furgón, caminando de puntillas. Y eso que el tío estaba gordo.

Proaza estaba a sus cosas, mirando por la ventana, pensando en el domingo que Virginia y él habían pasado juntos en La Ribera, chapoteando en la playa y haciendo planes. Cuando escuchó el comentario de Paco, se despertaron en la memoria del joven inspector las emociones de la redada del sábado, los recuerdos evocados fueron ganando nitidez y empezaron a proyectarse en la pantalla de su mente los fotogramas de su primera redada...

Eran las nueve en punto de la noche. Iban por la avenida de Emilio Castelar, en el Ibiza cochambroso de Garrido, seguidos por un furgón policial y dos zetas. El coche parecía la guarida de un loco: latas vacías, cajetillas arrugadas y anuncios de parabrisas adornaban el asiento trasero sembrado de ceniza; había colillas apagadas y tapones de todos los colores por el suelo lleno de arena, una botella de agua mineral sin tapón, y una chaqueta de verano tirada junto a unas chanclas. A través de las ventanillas, que no había limpiado desde que compró el coche, las luces y neones de la noche parecían un borrón. Olía a tabaco, a cerveza y a sudor concentrado. El indicador de la gasolina estaba en la reserva, el del aceite no funcionaba... Hablaban sobre el caso de las Salinas.

—Quiero darte las gracias por lo de anoche, Juanito —y le entregó un CD. Tenía escrito a rotulador: «Para Juanito y Virginia», y había rellenado de corazones rojos todo el espacio alrededor de la dedicatoria.

—Vaya... ¿Y esto qué es?

—Una recopilación de canciones de amor que he grabado para vosotros.

—Gracias, Paco, pero no era necesario.

—No tiene ninguna importancia.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Bueno, yo no habría llorado. Ya sabes que soy un tipo duro. —Garrido se aclaró la garganta.

—Lo que me sorprende es que estés tan fresco.

—Tengo una ligera resaca —puso su sonrisa torcida—. Pero sé llevarlas.

—¿Cómo se te ocurrió seguirle el juego a Boada? ¿Dónde tenías la cabeza, gilipollas...?

—No me sermonees, ¿vale? Tenía sed y la cabeza donde siempre —respondió, después de dar una sonora calada al cigarrillo.

Hubo un breve silencio y una nueva calada. Cuando giraron por la calle Lorqui, Proaza cambió de tema:

—¿No ponemos el rotativo?

—¿Para que sepan que llegamos?

—Les has investigado ya: tenemos las fotos, sabemos que las pastillas que mataron al chaval salieron de ahí y llevamos una orden de registro.

—¿Y por eso vamos a entrar derrapando, con todas las luces y las sirenas puestas, para que les dé tiempo a deshacerse de las pruebas? —En la calle del doctor Mirón de Castro, Garrido sacó el brazo por la ventanilla, para indicar a los agentes que venían detrás que se detuvieran y aguardaran órdenes. El Ibiza continuó solo, en dirección al Galeote—. Toma... —Le tendió su teléfono móvil—. Llama al dueño y dile que en unos minutos estaremos allí.

—¡Qué payaso eres...!

—Lo que tú quieres es entrar como en las pelis. ¿Verdad, fantasma?

—No es eso. Es que en la Academia nos enseñaron a hacerlo de otra manera.

Garrido le miró de soslayo y soltó una carcajada.

—Esto es la vida real, y vamos a hacerlo así: te adelantas tú solo y pasas el primero, vas a la barra y...

Después de escuchar el plan, Proaza abandonó el coche, agradecido por respirar aire puro de nuevo. Había que reconocer que el Ibiza de Paco era un buen camuflaje. Antes de cerrar la puerta ancló la placa al cinturón y la cubrió con la camiseta negra de Paradise Lost. Había desechado la funda sobaquera porque el cuero le irritaba la piel y, además, tenía que usar chaqueta para que no se notara. Ahora llevaba la pistola en una de polímero, sujeta a la cintura dentro del pantalón vaquero, con el cañón apuntando a la ingle. Echó a andar en dirección al *pub*, arrastrando las zapatillas, pero sin exagerar demasiado; entró en El Galeote, con la mirada perdida en el suelo, moviéndose al ritmo de Linkin Park, que era lo que sonaba en ese momento; se apoyó en la barra como si estuviera agotado, pidió una cerveza, «Muy fría, por favor», y fijó la vista por primera vez en el dueño del *pub*, un tipo grueso con las sienes y la nuca rapadas, un tatuaje tras la oreja y una tira de pelo triunfal coronando su frente; llevaba un chaleco de cuero granate sobre una camiseta amarilla de tirantes. Puso la cerveza sobre un posavasos usado, escarbó con un platito ovalado en un saco de cacahuets, se lo puso de aperitivo y siguió a lo suyo. El inspector bebió un trago, haciendo su propio mapa mental de la situación, cogió unos cacahuets, giró la cabeza como si buscara algo y le preguntó al gordo:

—¿Dónde está el meódromo, colega?

—¿Ves la máquina de allí? —dijo señalando hacia la izquierda del local. Las pulseras que llevaba en la muñeca tintinearón.

El inspector asintió. Tenía cuatro pulseras de latón, una de cuero trenzado y una esclava de oro. En el local debía haber unas veinte personas, incluyendo al camarero joven y una mujer con cara de mala hostia, las uñas pintadas de negro, un collar de

perro alrededor del cuello y un *piercing* bajo la nariz, que también intentaba parecer juvenil, como el dueño.

—Pues está justo en el otro lado. —Y señaló hacia la derecha, riéndose como un asmático.

Proaza hizo el gesto de que había entendido la gracia, puso la sonrisa de compromiso y se dirigió hacia el servicio simulando cierta urgencia, para que el chistoso viera lo que tenía que ver. Cuando se cerró la puerta tras él, le asaltó el olor a amoníaco. Se frotó la nariz, se situó cerca del urinario más alejado de la salida, simulando que meaba, puso la placa a la vista, le quitó el seguro a la pistola y aguardó, escuchando la música que retumbaba en las paredes.

Tres minutos después, el furgón cortaba la calle, con las puertas traseras abiertas como un mal presagio; los destellos azules creaban la alerta justa y necesaria, para indicar que un asunto oficial estaba en marcha y que era mejor no interponerse si sabías lo que te convenía. Garrido plantó a la dotación del primer zeta ante la puerta, dos tíos de una intensidad provocadora, como diría Sabina, para evitar que entraran los que no debían entrar y salieran los que no debían salir; los jóvenes que había por la zona, se dividieron en dos grupos perfectamente diferenciados, los curiosos que querían enterarse de lo que pasaba y los que salieron pitando para evitar la identificación y un posible registro, con pérdida de chinas y demás provisiones. La segunda dotación, entró en el establecimiento detrás del inspector. Garrido los situó en diferentes puntos estratégicos del garito, para que fueran identificando a los clientes. Cuando hubo terminado de distribuir sus fuerzas, se echó sobre la barra, sonrió al camarero, puso la orden de registro sobre el mostrador, cogió la cerveza que había pedido Proaza y le dio un generoso trago.

—¿Puedes apagar la música? —le dijo al que estaba atendiendo.

—¿Cómo dice? —El chaval parecía confundido, no sabía si había entendido bien lo que acababa de decir ese hombre.

—¡Que apagues la puta música! —Ahora lo entendió, la placa a medio centímetro escaso de la nariz y el aliento de Garrido apestando a tabaco—. ¿Dónde está tu jefe? ¿Y esa de la caja, quién coño es?

Lo primero que Proaza oyó fue el silencio. Estaba sonando Korn en ese momento, y al pararlo de golpe quedó un gran vacío flotando en el aire, un paréntesis hueco sin expectativas. Cinco segundos después, unas sillas rodaron por el suelo, se escuchó: «¡Alto...!». Se oyeron pasos apresurados, un resbalón, más pasos, la puerta se abrió bruscamente y apareció el dueño del local, sofocado, con una bolsa llena de pastillas y la intención de tirarlas por el retrete.

—¡Suelta esa bolsa! Y muévete despacio...

El hombre se quedó de piedra, parado ante la puerta, observando, sin acabar de creer que ese tipo le estuviera apuntando con una pistola. Resulta que el pasota que se estaba meando era un madero, y le había pillado con las manos en la masa, el muy cabrón. «¡Joderrr!». Tenía que hacer algo. Aún le quedaba un intento a la

desesperada, porque no iba armado y sabía que el policía no le iba a disparar. Total, ya no tenía nada que perder. Corrió hacia la puerta del retrete, abrió la tapa y soltó la bolsa..., pero no pudo tirar de la cadena, porque el policía le agarró el antebrazo, le retorció la mano hacia arriba y le inmovilizó con una técnica que había practicado esa misma mañana durante más de una hora en su clase de aikido. Para evitar el dolor, empezó a caminar de puntillas. «Tranquilo, tranquilo..., quédate quieto y no te dolerá», le advirtió el inspector, que lo guio hasta el furgón, con la bolsa de pruebas empapada colgada del cuello.

Octavio de la Mata entró en la sala, cuarenta y cinco minutos fuera de rutina, cuando ya nadie contaba historias y Proaza había dejado de soñar. Miró al informático con intención, Garuso se levantó y salió de la sala como si lo tuvieran ensayado. Por la cara que traía el comisario iba a ser un día de sorpresas y novedades. De los expedientes que llevaba bajo el brazo, uno destacaba del montón, el que era menos grueso y aún no estaba arrugado. Lo tiró sobre la mesa, no porque estuviera cabreado, sino porque era su manera de decir que esas cosas no tendrían que pasar.

—Esta madrugada, en el kilómetro 6 de la Autovía del Mar Menor, a la altura de Los Infiernos, una furgoneta ha atropellado a un perro: llevaba en la boca lo que quedaba de la mano de Gustavo Alveroa, un joven de veintitrés años de Los Alcázares... Después de rastrear la zona, el equipo de venteo encontró el resto del cuerpo —el comisario sacó unas fotos del nuevo expediente y las extendió sobre la mesa—. Por las huellas encontradas, parece que le han devorado los animales del lugar. Tenía todas sus cosas, incluido el móvil, por lo que, a primera vista, parece que no lo mataron para robarle. Casualmente, o a lo mejor no, el último mensaje que recibió decía: «Te gustaría q t komieran a ti, cabrón?»». Lo mandó una tal Tati, a las tres cuarenta y cinco de la madrugada del sábado, que bien podría ser la hora aproximada de la muerte.

En la foto del expediente, sujeta con un clip, se veía a Gustavo sonriente, como debió de ser antes de que le convirtieran en eso. Las imágenes del lugar de los hechos, le mostraban ahora como un cuerpo descompuesto y horriblemente mutilado, un manojo de huesos vestido con una camiseta roja desgarrada y un pantalón corsario hecho jirones por el que se paseaba un escarabajo; el cadáver estaba echado sobre lo que parecían unas mangueras enrolladas de color negro, el cráneo tenía una maraña de pelo apelmazado, recogido con una coleta, recubierto por una filigrana de telarañas. Un plástico roto lo cubría y se podían ver algunas moscas revoloteando y decenas posadas. Todavía conservaba trozos de carne reconocibles, con larvas alimentándose en las articulaciones. «Tenía un año menos que yo...», pensó Proaza.

—No tengo claro quién va a llevarlo, porque creo que todos estáis más o menos ocupados. Marín, ¿qué pasa con la residencia de Los Alcázares? ¿Hay negligencia o no la hay?

—Es muy difícil probarla, comisario, porque el anciano era veterano de la División Azul, y se las pudo ingeniar para pasar el arma sin demasiados problemas.

Se trataba de un sargento condecorado que había combatido en el frente. Según el resto de los residentes, siempre estaba de mal humor. Podría haberse suicidado de muchas maneras, pero eligió hacerlo como hacen los militares en las películas.

—Pues cierra el caso y cuando redactes el informe, ahórrate las florituras y los comentarios superfluos: tiene que ser breve y preciso, así, cuando busquemos información, resultará más sencillo encontrarla —mirada amable pero intensa.

Marín la encajó con un gesto que intentó pasar por una sonrisa.

—Garrido, ¿te encuentras bien?

—Estoy aquí, ¿no?

—¿En qué coño pensabas en casa de Boada? —Al inspector se le congeló la cara—. ¿Sería mucho pedir que nos ahorraras el siguiente susto?

—Lo intentaré, jefe...

—Te tomo la palabra, aunque luego harás lo que te dé la gana, como siempre. A pesar de todo, hiciste un buen trabajo en la redada... —De la Mata suavizó la expresión—. Ha confesado voluntariamente y ha firmado la declaración aceptando todos los cargos, aunque quiere quitarse el muerto de encima echándole la culpa al que le pasaba las pastillas a él. Un tal Rujas, al que nunca ha visto la cara, según afirma. No sabemos si se lo inventa, pero ahora que el Galeote está cerrado y precintado, le pasas el caso a los de Narcóticos, para que se encarguen ellos de establecer si forma parte de una mafia o van por su cuenta. Nosotros ya encontramos a los homicidas. ¿Sabéis cómo distribuían la coca?

Todos lo sabían, porque Garrido ya lo había contado, pero guardaron silencio y pusieron cara de interesados. Adolfo Utrero apoyó el codo en la mesa y se sujetó la barbilla, fingiendo que prestaba mayor atención que los demás.

—Las pastillas las vendían en el local, pero el perico no. El pedido se hacía por teléfono al móvil de la mujer del dueño y lo servía a domicilio el camarero, que lo llevaba escondido tras un panel de su moto. Solo pasaban a conocidos y solo a determinadas horas. Muy puro y muy caro. Sencillo y seguro.

—Pues les hemos pillado —la sonrisa de Garrido surgiendo de nuevo.

—Vosotros dos... —dijo señalando a Barba y Utrero—. ¿Avanzáis con lo vuestro?

—Casi lo tenemos, aunque no podemos probar nada —respondió Utrero, apresuradamente—. Pero el caso ya lo tenemos resuelto y esperamos cerrarlo mañana.

—No sé si he entendido lo que acabas de decir. ¿Por qué mañana, precisamente?

—Porque recibiremos las pruebas de ADN —dijo Marcelino.

—Que esperáis que sean positivas. ¿Os basáis solo en una esperanza?

—Es lo único que tenemos, jefe —respondió Marcelino—. O la tía es muy lista y no ha dejado ningún cabo suelto, o el marido murió de muerte natural y ella es inocente, aunque a Utrero no le guste su cara.

—Le mató ella. Punto. —Adolfo solía defender sus argumentos con entusiasmo,

aunque no se sostuvieran o fueran incoherentes, porque rara vez se equivocaba en sus conclusiones—. Yo lo sé y ella también. Caer va a caer, comisario, pero no sabemos cómo ni cuándo.

Utrero siempre iba despacio, siguiendo el procedimiento, pero como el proceso lo llevaba en su mente ordenado a su manera, tener que explicarlo le suponía un engorro; a pesar de ello, había resuelto todos sus casos en un tiempo razonable y con una lógica impecable. Por eso daba el mínimo de explicaciones, porque las prefería cuando todo había encajado y el culpable ya estaba detenido gracias a su minuciosa labor de investigación. Entonces sí que lo explicaba con sumo detalle y todos entendían el porqué de esto y el porqué de aquello. Eso lo convertía, a los ojos del comisario, en un agente de peso, el ideal para encargarse del nuevo caso; pero no podía asignarle dos a la vez, porque Juanito y Garrido se sentirían desplazados. A Marcelino se lo habría dado, sin dudarlo, pero estaba preparando las oposiciones para comisario y no quería sobrecargarlo, motivo por el cual lo había emparejado con Adolfo; Paco iba a estar ocupado con los estupas y tendría que redactar un extenso y sustancioso informe, y a Marín, con la calma con que se tomaba las cosas, todavía podían quedarle un par de días. En cambio, Juanito Proaza, el novato, estaba disponible. Era el único con el que podía contar en ese momento, había cerrado su caso y no habían quedado cabos sueltos.

—Tú conoces la zona de Los Infiernos, ¿no?

—Me crie cerca de allí —la mirada distraída de Proaza se desactivó—. Ahora vivo en San Javier, a unos ocho kilómetros.

De la Mata recogió las fotos, cerró el expediente y se lo tendió al inspector.

—¿Te atreverías con esto?

—Por supuesto, comisario.

—Entonces es tuyo. Resolviste bien tu primer caso, aunque sabemos que alguien muy competente te ayudó... —Le dio una palmada a Garrido y soltó una carcajada—. Venga, a trabajar todos...

A De la Mata no había nada que le pusiera tanto como un caso cerrado, y esa mañana ya llevaba tres. Recogió los informes con la misma expresión que ponía de pequeño cuando ganaba a los cromos, echándoles un ligero vistazo e introduciéndolos en sus respectivas carpetas. Mientras guardaba las gafas en el bolsillo de la camisa, observó al inspector, que hojeaba el expediente un poco disperso, mirando lo que no debía mirar y dejando de lado lo esencial, y se sintió en la obligación de encauzarlo mínimamente, para que no se perdiera:

—Juanito, encuentra a esa Tati y que te explique, si puede, el significado y la intención de su mensaje.

A Proaza no le hacía gracia que le llamasen Juanito en el trabajo. Su nombre era Juan y todos lo sabían. Pero ¿qué podía hacer? Era el nuevo y tendría que aguantarse de momento.

—¿La detengo, comisario?

—No, hombre, no. Si no tenemos nada contra ella. El mensaje la convierte en sospechosa, pero resulta demasiado evidente. No me cuela. Yo que tú contemplaba otras posibilidades, sin descartar esa.

—Eso es una rabieta, te lo digo yo —razonamiento breve y blindado de Utrero.

—¿Y por qué no puede ser una amenaza creíble? —Preguntó Garrido—. Tati se calienta, escribe furiosa el mensaje, lo manda y queda registrado. A pesar de todo sigue rabiosa, ofuscada y cumple sus amenazas. No tenía que haber mandado el mensaje pero lo mandó y no fue consciente de que dejaba una pista. Detrás de esas palabras hay mucha mala leche, te lo digo yo, que entiendo de mujeres —y miró a Aurora Marín, con su sonrisa insolente.

—Yo creo que el mensaje te dará un punto desde donde empezar, pero nada más —opinó Marín, pasando de Paco.

Cuando De la Mata abandonó la sala, entró de nuevo Garuso, el informático, como si el vacío que dejó el comisario al salir lo hubiera succionado. Continuó arreglando el ordenador de Adolfo, pacientemente, aparentando que siempre había estado allí formando parte del equipo. Al cabo de unos minutos le preguntó a Garrido de forma casual:

—¿Vas a terminar de contarme lo del interrogatorio?

—Pues claro, chaval, no creas que lo había olvidado. Verás, tenía en la taquilla una camisa blanca del uniforme, un poco vieja —continuó Garrido—. Iba a tirarla, pero se me ocurrió pintarle con un rotulador rojo unas gotas sobre las mangas y el pecho, nada espectacular, algo sutil, pero que se viera —se frotó las manos, para darle emoción a la cosa—. Pues bien, me la puse, entré en la sala de interrogatorios y me senté. Encendí un cigarrillo, tranquilamente, dándole tiempo para que viera la sangre, y le dije: «Tu amiga ya ha dicho lo que sabía. ¿Tienes algo que añadir?». Lo soltó todo. De un tirón. Y no le toqué ni un pelo.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—Eso, colega, es confidencial...

3

Un manojo de huesos

Proaza recogió el expediente, sacó el arma del cajón de su escritorio y abandonó la sala con paso decidido. Iba contento, con su caso bajo el brazo, un nuevo reto que le ayudaría a olvidar el anterior, si es que eso era posible. Antes de salir de la comisaría, desayunó un café y dos Donuts en la cafetería del edificio, pensando que no iba a ir a buscar a Tati en primer lugar solo porque lo hubiera dicho el comisario. Era un día bonito, estaba despejado y unas pocas nubes blancas hacían que el azul del cielo ofreciera un discreto y encantador contraste. Cuando se encontró más entonado, con la cafeína y el azúcar circulando por la sangre, dejó de sentirse poético y se dirigió caminando hacia el número 21 de la calle Ángel Bruma, al Instituto de Medicina Legal, para hablar con el forense.

Al llegar, como siempre, decidió pasar del ascensor y bajar por la escalera, disfrutando del aire fresco y el olor a suelo recién fregado. Resbaló en un escalón, todavía húmedo con restos de espuma, y estuvo a punto de darse el trompazo de su vida, pero conservó el equilibrio y se recompuso sin que nadie lo viera. Se sentó en el sofá de escay que alguien decidió poner ahí abajo por si él lo necesitaba y reguló su respiración. Después de secarse el sudor de la cara con la camiseta, se incorporó, recorrió el largo pasillo siguiendo la línea de las tuberías, concentrado en sus pasos, sin prisas, sin fijarse en las láminas de anatomía que adornaban las paredes, esquivó el extintor de la columna, descendió cuatro escalones, giró a la derecha y se encontró ante la sala de autopsias n.º 1.

Lo primero que vio al empujar la puerta fue la mesa de acero inoxidable donde descansaba el cadáver de Gustavo Alveroa, que había recuperado una vaga forma humana. Sobre un paño verde estaba distribuido el material quirúrgico, junto a una fila de bolsas y botes que contenían los restos seleccionados por el forense para su análisis: moscas, huevos, larvas, gusanos, escarabajos, cabellos, fragmentos de ropa y de los órganos de Gustavo, cuyo destino inmediato era el Instituto Nacional de Toxicología.

Gonzalo Luzón, mantenía un fémur en alto para verlo mejor a la luz de la lámpara. A contraluz, parecía el simio de la película de Kubrick, después de haber evolucionado. Encorvado sobre su escritorio, Óscar Piédrola le miraba con disimulo mientras anotaba las muestras, dejando testimonio de la continuidad de la prueba; el asistente del forense, un hombre poco expresivo que solía comunicarse más con el silencio que con las palabras, le saludó con un movimiento de cejas y cierta complicidad. Proaza le devolvió el saludo, también silencioso. Cuando Luzón acabó de examinar el hueso, lo dejó sobre una mesa de cristal retro iluminada y lo observó minuciosamente con una lupa, como si nadie más que él habitara en el mundo.

Después de unos minutos de espeso misterio dejó la lupa sobre la mesa, sin hacer ruido, apagó el cristal y juntó los dedos de ambas manos, meditando algo o saliendo de un trance. Solo entonces le miró, evaluándolo, como si estuviera eligiendo mentalmente los instrumentos necesarios para su disección. Como ambos sabían para qué estaban allí, el forense entró directamente al tema con una sonrisa cordial:

—Siento decirle que esta vez no tenemos *rigor mortis* donde apoyarnos para aventurar la data de la muerte —afirmó mientras se deshacía de los guantes de látex—. Eso lo complica, Proaza.

—Seguro que puede adelantarme algo.

—¿Sabe lo que decía el señor Holmes, inspector?

—Dijo tantas cosas...

—Es cierto, pero no todas vienen a cuento en este momento. Dijo que «teorizar antes de contar con todas las pruebas constituye un error capital».

—¿Entonces, he dado el paseo en balde?

—Un paseo nunca es en balde. Sé que no debería, pero... —Pareció dudar, mirando a ambos lados con desconfianza, como si el tercer hombre que había en la sala no fuera del todo de fiar—. Observe el tórax, inspector. ¿Qué es lo que ve?

Veía un montón de huesos descoyuntados, carne desgarrada, insectos bullendo moviéndose por las oquedades y un líquido gelatinoso de color oscuro que goteaba y olía a demonios. Un ojo lechoso semi cubierto de pelo le miraba, mientras un moscardón lo lamía. El moscardón levantó el vuelo y, después de dar un par de vueltas de reconocimiento, se camufló en la camiseta de Iron Maiden, a completar su dieta con el sudor del policía.

—Parece que el esternón está cortado, ¿no? —respondió, encogiendo la nariz, pensando que no debería haber comido el segundo Donut.

—Tiene buen ojo, Proaza —exclamó sorprendido, alzando las cejas—. Le han hecho una esternotomía y eso no suelen hacerlo los animales. Así que además de las huellas de pezuñas, colmillos y dientes, tenemos las de la herramienta con la que le abrieron el pecho —pasó el dedo enguantado por el esternón, señalando el corte—. Una muerte intencionada: descartamos infarto, coma etílico y suicidio. Poco más puedo decirle.

—Venga, Luzón. Seguro que ya sabe el día y la hora exacta de la muerte. Me ayudaría bastante.

—¿La hora exacta, dice? —se burló—. ¿No prefiere que le diga quién lo mató?

—Bueno...

—Lo que pasa es que todo eso lo desconozco, inspector, porque yo no estaba allí —el forense hizo un movimiento de desesperación con las manos—. Lo único de lo que estoy casi seguro es que han tenido que matarlo.

—Bueno, eso ya lo suponíamos todo el Grupo nada más ver las fotos —afirmó Proaza con cierto desdén y una risita contenida.

—Usted y todo el Grupo ya lo suponían, que no cuesta ningún esfuerzo, pero yo

se lo confirmo con mi trabajo, del que soy totalmente responsable. Eso sí, extraoficialmente, porque yo no debería hablar faltando aún los análisis de todos esos tejidos y fibras. Hasta que no reciba el informe de Madrid, esto es elucubrar.

—¿Y qué tiene de malo elucubrar si obtenemos resultados? Oiga, Luzón, ¿por qué ha dicho «han tenido que matarlo», como si no les hubiera quedado otro remedio? —Como siempre, no sabía por dónde iba el forense.

—Porque se vieron obligados. Si hubieran podido hacer lo que planeaban, sin quitarle la vida, sin duda lo habrían hecho, y se habrían evitado un montón de problemas.

—¿Y qué es lo que planeaban?

—Después le contesto al qué, pero antes viene el cuándo. ¿Ve esas larvas de ahí, las del costado derecho? —Hurgó con el dedo, separando una del resto—. Aún no han llegado al estado adulto para convertirse en pupas, de manera que si las moscas pusieron los huevos en el momento que recibió el mensaje y eclosionaron cuando les correspondía, el desarrollo que mostrarían las larvas sería el que usted está viendo, aproximadamente —depositó la larva en su sitio con sumo cuidado y miró al inspector—. Para que la hora coincida, hay que tener en cuenta, como aceleradores del proceso, el plástico que cubría el cuerpo y el calor que hizo los dos últimos días.

—¿Quiere decir que podrían haberlo asesinado entre las una y las seis de la madrugada del sábado?

—Esa sería una estimación prudente —un silencio y una mirada, como si esperara algo más—. ¿No me va a preguntar por el móvil?

—¿El mensaje del móvil?

—No, hombre, el móvil del crimen.

—¿No me diga que ya lo ha descubierto?

—Pero si este caso está cantado, hombre. —Luzón movió la cabeza y cerró ambos ojos, sonriendo, dando a entender que al inspector le faltaba algo—. No lo sé con certeza, y por eso no se lo he mencionado, pero sí sé que no le mataron con un serrucho, ni con un machete, ni con un hacha de sílex, porque el corte sigue una línea muy precisa, lo que quiere decir que cortaron el esternón con material quirúrgico de precisión, tal vez con una sierra oscilante. ¿Para qué?, me pregunté.

El gesto adecuado detrás de la pausa.

—¿Y qué se respondió? —El inspector no conseguía seguir el hilo de su razonamiento, así que improvisó—: ¿Un ritual, tal vez?

—Sí que anda perdido... —Como vio que Proaza no entendía nada, paró la escena con las manos durante dos segundos—. Todo esto no es otra cosa que garabatos en el aire, ya lo sabe, pero creo que a este joven le han extraído el corazón, posiblemente para un trasplante.

—Tráfico de órganos. —Proaza saboreó la idea—. ¿Ese sería el móvil?

—Es probable —y separó las manos, dando a entender que había terminado el espectáculo.

—Esto ya lo sabía usted desde el principio, Luzón. ¿Por qué no deja de jugar conmigo y me lo cuenta todo directamente?

—¿Contarle todo? Pero si he contestado a todas sus preguntas. ¿Es que ya no se le ocurre nada más?

El inspector quedó confundido durante un breve lapsus, con la mirada perdida. No sabía qué pensar y Luzón no paraba de reírse:

—Veo en su mirada sagaz una chispa de inteligencia, inspector. Sé que se está preguntando por qué no he mencionado los riñones, el hígado o el bazo, aunque, si disponían del equipo adecuado, también podrían haberle sacado los pulmones, la médula y las córneas. ¿Por qué afirmé que se trataba del corazón? —El forense levantó una ceja.

—¿Piensa decírmelo hoy?

—No olvide que la puesta en escena es importante.

—Nunca lo olvido —y negó con la cabeza recitando como un loro—. ¿Por qué el corazón, precisamente, Luzón?

—Porque de todos los órganos he encontrado restos, menos del corazón.

—¿Menos del corazón?

—Eso he dicho y veo que me ha entendido. Solo algunos fragmentos de la vena cava superior y de la arteria pulmonar con un corte limpio, probablemente de bisturí. ¿Eso le ayuda a imaginar lo que pasó realmente?

—Ya lo hace usted por mí. Yo solo tomo notas y me divierto. ¿Por qué darme el trabajo de pensar, si usted ya lo ha hecho? Economía básica. Ha dicho «asesinato», entre la «una y las seis de la madrugada del sábado» para «robarle el corazón y ponerlo a la venta». ¿Cuánto tiempo puede estar un corazón fuera del cuerpo?

—Conservado en una solución salina refrigerada, puede aguantar hasta ocho horas, no más. Pero hay que tener en cuenta que podría estar vendido de antemano: alguien necesita un corazón y está dispuesto a pagar lo que le pidan, buscan al donante adecuado, lo secuestran, lo anestesian y ya está. Esto huele a tráfico de órganos, aunque de momento solo es una conjetura.

—¿Probable o muy probable?

—¿Ya estamos con sus matices? Ande, lárguese y déjeme trabajar. Tengo que hacer algo con este muchacho, para que sus padres puedan reconocerle sin desmayarse —se volvió y miró una última vez a Proaza—. Y no se preocupe, que cuando tenga más datos se los haré llegar.

Volvió caminando a la comisaría, intentando limpiar la mancha que le había dejado la mosca en la camiseta y tratando de olvidar el olor que exudaba el cadáver, pero no consiguió ninguna de las dos cosas. «Tiene que ir acostumbrándose a este olor —le había dicho el forense—, va con la profesión y no es más que ácido butírico, gas metano y otros compuestos orgánicos muy comunes en la naturaleza». En el lavabo de la comisaría limpió la mancha con jabón, y se quedó algo más tranquilo cuando la roció con colonia; aunque seguía teniendo la impresión de que iba

apestando. Podría haberse ahorrado subir a la sala del grupo, porque Rosa Márquez, la secretaria del comisario, le dijo que aún no había recibido el listado telefónico con las llamadas de Gustavo.

—Te mando un correo cuando lo tenga.

—Vale. También necesito el domicilio de Tati.

—No te preocupes, que aquí estoy yo para facilitarte el trabajo —dijo la secretaria haciéndose la mártir—. ¿No hueles algo raro, Proaza?

—No... —mintió el inspector.

Hasta que le llegara la información, no se le ocurrió otra cosa mejor que pasar por Los Infiernos, para ver el lugar con sus propios ojos. Le impulsaba el principio de intercambio de Locard, ese que siempre encontraba en todos los manuales de Criminología y que tantas veces había tenido que escuchar en la facultad: «Cuando se comete un delito, el delincuente siempre deja algo en el sitio del suceso y al mismo tiempo, se lleva algo que no tenía».

Pero allí parecía no quedar nada que no estuviera reflejado en el acta de inspección ocular, excepto la cinta policial reservando el terreno, el sol brillando en todo su esplendor y dos chavales y un viejo observándole con recelo. No saludó. Los miró con severidad dejando visible la placa, levantó el precinto, pasó a la escena del crimen y empezó a hacer su trabajo. La mañana era calurosa, muy calurosa. Antes de llevar un minuto ya sabía que allí no iba a encontrar nada relevante, pero se demoró un poco, sudando, alargando sus movimientos, para que no pareciera que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo allí. «Mira los hechos, solamente los hechos». Habían hallado el cadáver a unos cincuenta metros del camino, recostado sobre tubos de goteo y cubierto con una lona de plástico, que los de la Científica estarían analizando en esos momentos. Los tubos se encontraban junto a la base de un poste de la luz con marcas de zarpazos y dentelladas, la madera era vieja y estaba manchada de sangre reseca. No vio huellas de ruedas en el suelo, de manera que o lo llevaron andando hasta allí o lo llevaron a cuestas, porque tampoco había evidencias de que lo hubieran arrastrado. «Andando no —rectificó—, porque ya le habían matado. Le cargaron entre varios. Al menos dos». Tuvo que mirar las fotografías un par de veces para darse cuenta de que las huellas no se correspondían con las del terreno. Entonces miró a los niños, que se habían ido acercando con disimulo y estaban ahora a medio metro de él, poniendo cara de buenos, y cayó en la cuenta de que habían sido ellos los que habían pisoteado toda la escena. Bueno, al menos tenía las fotos, con numerosos rastros de animales y algunos humanos. Según el forense, tenía que buscar a unos traficantes de órganos por los indicios que habían dejado: dos tipos de huella con diferente calzado, uno de varón adulto y otro de mujer. Además, habría un paciente receptor que, por supuesto, no se encontraría allí cuando abandonaron el cuerpo sin vida de Gustavo, ya que estaría al cuidado de alguien especializado, posiblemente el cirujano. Eso sumaba al menos cuatro. Y el lugar donde se había producido el asesinato era, con toda seguridad, un quirófano, aunque

también podía ser una ambulancia...

—¿Tú eres un policía, a que sí? —El que hablaba tenía más desparpajo que el otro, que se cubría ligeramente tras su amigo, por si había que echar a correr.

Proaza siguió a lo suyo, sin responderle, aunque había perdido el hilo. Miró las huellas de las zapatillas que habían contaminado la escena con su curiosidad infantil y las comparó con sus piecitos de ratón:

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Por la chapa esa del cinturón. Y por la pipa...

—¿Qué pipa?

—La que llevas debajo de la camiseta. Se te nota mazo.

—Estaba buscando a los que han borrado las pruebas de la escena del crimen —chasqueó la lengua y los miró fijamente, con los brazos cruzados—. Porque aquí había unas huellas que yo debía inspeccionar para poder atrapar a un asesino y alguien las ha pisoteado. Eso es un delito muy grave ¿sabéis? ¿No habréis visto, por casualidad, a los que han hecho esto?

—No, señor —empezaron a alejarse del inspector, caminando prudentemente hacia atrás—. Han sido «los otros», ¿verdad, Chon? —Y le dio con el pie. Chon, muy asustado, afirmó con la cabeza.

—Pues tened cuidado, porque hay un criminal que anda suelto. —Proaza estiró el cuello, como si estuviera observando algo detrás de ellos—. Puede estar oculto en cualquier lugar. Cuando veáis a «los otros», les decís que voy a tener que interrogarles. Ya pasaré más tarde, para llevarles a comisaría.

—Vale, nosotros ya nos vamos —salieron pitando y cuando estuvieron a una distancia razonable, se pararon a mirar de nuevo.

Proaza no sabía dónde empezar a buscar. Los agentes que habían preguntado por los invernaderos, se encontraron con el recelo de los trabajadores, casi todos africanos. En uno de ellos, los temporeros nuevos llevaban una tirita en la articulación del antebrazo, cosa que llamó la atención del policía e incluyó en su informe. «Les hacemos unos análisis, para comprobar que están sanos», dijo el encargado. Por lo demás, nadie había visto nada. Y en medio de aquel paisaje desesperante, frente a la cantera de Cabezo Gordo, solo había invernaderos de plástico vestidos de fantasma, polvorientos olivos retorciéndose al sol y algún que otro cobertizo para los aperos. En uno de ellos se anunciaba: «Iplasca, S. A. Riegos Los Alcázares», seguido de un número de teléfono. A unos cientos de metros, un tractor rompía el silencio, manejado por alguien que llevaba un gorro chino de paja. El conductor no paraba de mirar, extrañado, sin duda, de que en medio de aquella solana pudiera haber algo interesante. El inspector sacó el móvil, entró en Google Maps, tecleó «Los Infiernos, Torre Pacheco» y pudo ver, sin moverse del sitio, el pueblo a vista de pájaro: un grupo de casas, una iglesia y un bar. 32 habitantes. Según la patrulla que husmeó por la zona, tampoco vieron nada, por lo que dedujo que allí no iba a obtener resultados y decidió ahorrarse el viaje. Necesitaba conocer mejor a

Gustavo, ver qué hacía y cómo se movía cuando estaba vivo. Leyó su dirección en el expediente, puso el coche en marcha, abrió las ventanillas, dio la vuelta allí mismo y se dirigió a Los Alcázares, el lugar donde vivía la víctima hasta el viernes. Ya era hora de ver la cara de sus padres, observar su dolor y tratar de obtener alguna información con la que poder empezar a trabajar.

Los Alcázares, al igual que Santiago de la Ribera y Lo Pagán, se encuentra situado en el litoral del Mar Menor, protegido por una serie de torres de vigilancia costera, que en tiempos pasados defendían la albufera de los piratas berberiscos. Tan solo treinta años atrás, se hallaba dividido en dos mitades que pertenecían a San Javier y Torre Pacheco, hasta que decidió segregarse; desde entonces, es uno de los lugares favoritos de veraneo en la zona. Los padres de Gustavo vivían en la calle Isla de Tabarca, en una casa baja rodeada de jardín, adosada a otra de idénticas características e igual de coqueta. Había un limonero, que le recordó al de la casa de Virginia, cuando se apoyaban en él hasta que su madre la llamaba y se daban el beso de despedida, el mejor del día, porque sabía a limón y a ella. Cuando se acercó a la verja, un caniche rabioso le ladró y le dio un buen susto, porque iba pensando en sus cosas y no se lo esperaba. Era el perro de la familia, defendiendo su territorio con ladridos de juguete. Un hombre gritó:

—¡Cállate, Doggy!

Doggy se calló.

Proaza iba a tocar el timbre, pero el hombre ya lo había visto, de manera que se quedó con el dedo en el aire. «Yo...», intentó decir, pero el hombre se le adelantó:

—¿Desea algo? —Doggy volvió a ladrar—. ¡Que te calles, coño...! —Y le alejó de la verja barriéndolo con el pie.

—Inspector Proaza, de la Policía Judicial —puso cara de afectado, le estrechó la mano a través de la verja y le dijo que lo sentía.

—Muchas gracias, inspector, pero creo que usted busca a la familia de Gustavo, ¿verdad? Pobre chico...

—Sí, bueno...

—Es ahí, en la casa de al lado.

Le dio las gracias y se marchó luciendo una sonrisa que no le apetecía para nada. Llegó a la cancela de la casa gemela, intentando que esta vez no le pillara desprevenido ningún perro, levantó la yedra que cubría el número de la casa y lo cotejó con el del expediente. No tenía limonero y sintió una ligera decepción. Como la verja estaba abierta, entró y subió al porche. La puerta era verde. Pulsó el timbre.

Era una familia conmocionada y cargada de odio. Muy pulcra, eso sí. Estaban hundidos y no sabían qué hacer, salvo gestos crispados y movimientos bruscos de rabia contenida; se movían en círculos, como fieras enjauladas, alrededor de la mesa del salón, reflejados en los muebles, que no tocaban para no mancharlos. En la pared había unos cuadros horribles con motivos de caza, alrededor de una escopeta paralela; en una vitrina, un montón de animalitos de cristal estaban expuestos en

grupos, con sus sonrisas de mentira intentando alegrar el salón. Dos tórtolas disecadas les contemplaban desde una rinconera. Todo estaba tan limpio, brillaba tanto y olía tan bien que Proaza no se atrevió a rozar nada. Permaneció el tiempo justo de hacerles unas cuantas preguntas y echarle un vistazo a la habitación de Gus: carteles de grupos que no conocía, la guitarra sobre la cama recién hecha y la funda abierta. El amplificador junto a la puerta, los altavoces en el suelo, junto a un montón de CD desparramados, las estanterías cargadas de detalles diversos y vacías de libros. Un atrapa sueños colgaba a un metro escaso de la almohada...

Cuando salió de la casa llevaba una foto de Gustavo con Tati, celebrando algo con sus colegas en el local de ensayo. Se estaban besando. Ahora sabía que Tati era su novia, que era vegana y que siempre estaba discutiendo con Gus, por la política y por lo de comer carne. «¿Por comer carne?», se extrañó el inspector. «Le obligó a hacerse vegetariano —clamó la madre con los ojos enrojecidos tras las gafas—, para no hacer sufrir a los animales...». «Y ahora, fíjese —continuó el padre que no podía parar de frotarse las manos—, han sido ellos los que se lo han comido...». El inspector formuló sus preguntas, pero los padres no conocían a nadie que necesitara un trasplante, ni su Gus tenía enemigos, ni problemas económicos, ni se metía en peleas. «Era muy pacífico y muy ordenado, él solo pensaba en su música y era feliz...», decía la madre, tirándose de los pelos. «¡Y en la Tati esa de los cojones!», añadió el padre, cada vez más cabreado.

—Hasta que conoció a esa pellejo, ni siquiera le interesaban las noticias y, ya ve usted, últimamente no hacía más que cuestionarlo todo y de mala manera: que si la puta crisis, que si los cabrones de los políticos... Decía que no iba a votar más, porque la democracia era una estafa —se llevó las manos a la cabeza, se masajeó la calva e intentó estrujarla—. Eso no lo ha aprendido en esta casa, se lo puedo asegurar. Porque nosotros hemos pasado por una dictadura y sabemos que tener esta democracia es mejor que no tener nada —resopló, liberando la tensión—. Todas esas ideas se las metió la golfa esa en la cabeza, porque mi hijo no era así antes.

—¿Venía Tati a su casa a menudo?

—Por Dios, ¿cómo iba a venir si no se separaba de esos chuchos? Se presentó una vez sin avisar y me lo dejó todo lleno de pelos. Estuve limpiando pelos una semana entera. Esa chica convirtió a mi hijo en un rebelde y un extraño. ¡Ay, mi niño...! —La madre no lo pudo soportar más y se retiró llorando a su habitación, agitando las manos, como si limpiara el polvo que había en el aire.

—¿Cómo es que no denunciaron la desaparición?

—Porque para nosotros no había desaparecido —el padre abrió la ventana, sacó un cigarrillo suelto del bolsillo de la camisa y lo encendió con el mechero de adorno que había sobre la mesa. Una huella delatora quedó grabada en el metal—. Gus no dormía siempre en casa; muchos fines de semana salía el viernes y no aparecía hasta el lunes —dio una nueva calada y se encogió de hombros, algo más calmado—. No podíamos preguntarle nada, porque se molestaba.

—¿Puede darme la dirección del local donde ensayaba?

—No es un local. Tocaba en el garaje de la casa de un amigo, en Torre Pacheco.

—¿Y cómo iba hasta allí?

—¿Por qué lo pregunta? —Colocó el cigarrillo en vertical porque no sabía dónde echar la ceniza, a pesar de que había un cenicero sobre la mesa.

—Porque necesito saber cómo se movía y por dónde. En algún punto de su rutina, alguien que también la conocía debió interceptarlo.

—¿Y no pudo ser por casualidad? —En lugar de echarla en el cenicero de cristal, la descargó en la otra mano.

—Es lo menos probable, pero sí, también pudo ser.

—Casi siempre cogía el 64, para ir a ensayar. Aunque Marcelo, el batería, lo pasaba a recoger de vez en cuando.

—Antes dijo que no tenía problemas económicos. ¿Trabajaba?

—Sí, por las mañanas... En la tienda de componentes informáticos que hay en la plaza, junto al Ayuntamiento. Informática Crespo. No tiene pérdida.

Al salir a la calle todo parecía más viejo y más sucio, en contraste con el salón de las visitas que no se podía tocar. Sentado en el coche, con las ventanillas bajadas, miró la foto pensando que ahora tenía una cara y una historia que rastrear. Pero aún le faltaba saber dónde vivía la chica. Podía habérselo preguntado a los padres de Gustavo, y aún estaba a tiempo de hacerlo, pero no le apeteció verles la cara de nuevo.

Se dirigió a la plaza del pueblo, donde Francisco Crespo, el dueño de la tienda, confirmó que se trataba de un buen chaval, trabajador y responsable, que conocía a Tati, una buena chica, y a las dos perras, unos animales impresionantes.

—Lo que me extraña es que hoy no ha venido y eso no es propio de él. Suele llamar cuando se retrasa.

—¿Cuándo fue el último día que vino a trabajar?

—El viernes.

—¿Los sábados no trabaja?

—Solo viene de lunes a viernes por las mañanas.

—¿Tenía problemas económicos?

—No, que yo sepa. Espere... ¿ha dicho tenía? No me diga que le ha pasado algo.

Proaza no se lo dijo, aunque suponía que cuando abandonara la tienda, el hombre no tardaría en enterarse.

Estuvo un buen rato sentado en el coche sin pensar en nada, empapando la camiseta de sudor, mirando a las familias pasar con las bolsas, las sombrillas, los flotadores y las sillitas plegables en dirección a la playa, desconectados entre ellos a través de sus móviles y *tablets*, que los conectaban a otros que no estaban allí. Le apetecía darse un baño y como llevaba un bañador en el maletero, empezó a darle vueltas a la idea. De pronto dejaron de pasar veraneantes y la calle quedó desierta, suspendida en la calma. Unos pájaros piaron, se escuchó el lejano claxon de un

camión en la AP-7, y hubo unos segundos de silencio mientras unos hilachos de nubes se deshacían en el cielo... Cuando el azul quedó limpio, percibió y experimentó la quietud total. Sin ninguna referencia en movimiento en la que apoyarse, dejó de sudar y se le quitaron las ganas de ir a la playa. Quería seguir así el resto de su vida. Sin pensar. En paz con el mundo. Pero no pudo ser. El móvil del inspector vibró, y el correo de Rosa con el listado telefónico de Gustavo y la dirección postal de Tatiana Rodríguez apareció en la pantalla.

Tati es vegana

La calle de Jaime I el Conquistador marca el límite municipal de la zona de Lo Pagán que pertenece a San Pedro del Pinatar. En el número 54, según el padrón, vivía Tatiana. Para acceder a la puerta, el inspector tuvo que sortear una rotonda, subir una pronunciada escalera, transponer un rellano cargado de tiestos, escalar cuatro peldaños más y empujar una pequeña verja, que chirrió escandalosamente como si se estuviera quejando. Cuando consiguió vencer su resistencia, pulsó el timbre. Oyó que bajaban el volumen de la música y tras unos eternos segundos apareció un hombre que aparentaba cincuenta años, con el pelo suelto hasta los hombros, despeinado, vestido únicamente con un pantalón árabe a rayas. Su mirada era dura e insolente.

—Buenos días —se identificó enseñando la placa—. Inspector Proaza.

—¿Y qué es lo que quiere?

—¿Podría hablar un momento con Tatiana Rodríguez?

—¿Para qué la busca?

—Eso no se lo puedo decir, es oficial.

—¿Trae una orden de detención o algo así?

—No es necesario, yo solo quie...

—Pues váyase a tomar por culo —y le cerró la puerta.

Al inspector le sorprendió la reacción. Se quedó pasmado, sin saber cómo actuar. Iba a decir algo, pero decidió callar antes de hacer más el ridículo. No es que hubiera mucha gente mirando, pero no podía entrar ahí si el hombre no quería, estuviera su hija dentro o no, y tener que regresar a Cartagena a por la orden no le hacía gracia. Iría a tomarse una Coca-Cola y a pensar, a ver que se le ocurría...

Entonces, la puerta del número 56 se abrió misteriosamente y apareció una mujer mayor, vestida con un camisón translúcido y unas zapatillas de felpa con pompón. La anciana le miraba desde su parte del rellano, entornando los ojos y haciéndose sombra con el abanico para darse glamur.

—No se lo tenga en cuenta, comisario —dijo replegando el abanico con energía—. Es que es anarquista y siempre está de mal humor. Pero es un buen hombre y me trae el pan... Yo es que no puedo, porque tengo este dolor en los riñones... Y la cadera, que cuando me levanto tengo que ir arrastrando los pies. El otro día me dio un vértigo. Ya ni con el bastón...

Proaza estuvo a punto de decirle que solo era inspector, pero sabía que tenía que salir pitando de allí inmediatamente, antes de que le soltara una nueva parrafada. No fue lo suficiente rápido y consiguió pillarle de nuevo.

—He oído que está buscando a Tati.

La vieja le había atrapado. Sudando a pleno sol, rodeado de geranios, sobre un

rellano recalentado como un horno, al que no llegaba la sombra del toldo.

—¿No vive aquí?

—A veces sí y a veces no, ya sabe cómo son los jóvenes. En mis tiempos estas cosas no pasaban. Ni las más guapas nos hubiéramos atrevido. Si supiera usted lo que yo veo desde aquí... Pero es una buena chica, eso sí. Es una de esas que no comen carne, la pobre, y está siempre con lo de los animales; los cuida mucho y tiene buenos sentimientos. Pero luego soy yo quien aguanta los ladridos de los perros y a los gatos, que entran en mi casa cuando les da la gana por la ventana de la cocina y mordisquean los bizcochos. ¿Puedo denunciarlo?

—Sí, claro... ¿Decía usted que sabe dónde está Tati? —Había que ser rápido si quería meter baza.

—Eso yo no lo sé —intentó poner cara de serie B, pero solo consiguió que le salieran más arrugas—. Puede que esté en la casa okupada.

—¿Una casa okupada, dice? ¿Dónde?

—Yo solo sé que la están arreglando, y que está por ahí, en el campo, en las afueras de Lorca.

—¿No sabrá usted por casualidad el nombre de la calle?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Cree que yo me meto en la vida de la gente? —gritó mirando hacia la vecina del bajo.

—¿Y cómo puedo asegurarme de que no está aquí?

—¿Ha oído ladrar algún perro?

—No, pero...

—Pues eso quiere decir que Tati no está, porque ella no va a ningún sitio sin sus perros —asintió con la cabeza, confirmándose a sí misma lo que acababa de decir.

Pensando en el sentido del mensaje y en las huellas de perros, «que siempre van con Tati», recordó las marcas que había junto al cadáver, los mordiscos y zarpazos en la madera del poste de la luz, y no pudo evitar establecer relaciones. Sintió un escalofrío.

—¿Cómo son los perros? Supongo que con tanto gato deben de ser tranquilos.

—Solo si le conocen y no mira a Venus a los ojos, que tiene muy mala sombra a veces. Luna, la blanquita, es más tranquila y va a lo suyo, a comerse todo lo que encuentra por ahí. Lo sé porque la niña le grita que deje de comer huesos, que un día se va a atragantar, porque ya le ha pasado otras veces. Plutón es el más pacífico de todos, aunque es el que más impone porque es negro y muy grande; no suele ladrar, solo te mira con cara de pena para que le des galletas. Eso sí, cuando Venus gruñe a alguien, los otros dos te acorralan y te muerden. Yo lo he visto, comisario. Un día va a ocurrir una desgracia.

—¿Me está diciendo que los perros de Tati atacan a la gente?

—Sí, pero son unos animales muy nobles. Solo defienden su territorio...

Proaza oyó abrirse la puerta del anarquista y giró la cabeza. Había tenido el detalle de ponerse una camiseta de tirantes negra, manchada de polvillo naranja a la

altura de la barriga. Iba descalzo. Le hizo una seña al policía que pareció amigable:

—Ande, pase.

Al inspector le sorprendió la invitación y el nuevo tono. Se despidió de la anciana, «Gracias, señora», subió los cuatro escalones, intentando no tropezar con alguno de los tiestos y entró en la casa. A través de la puerta aún se la oía parlotear, como si el inspector todavía siguiera allí. En el recibidor olía a animales, pero el salón era fresco y parecía ventilado. Se veía cómodo e informal. Había un equipo de música, de los antiguos; detrás del plato unos auriculares y un gigantesco póster de Led Zeppelin, con Jimmy Page sacándole humo a su guitarra de doble mástil y Robert Plant, con la cabeza echada hacia atrás, lanzando uno de sus impresionantes gritos. *El cuarto estado*, ocupaba la pared de enfrente junto a cuatro máscaras venecianas; una tela hindú servía de cortina y protegía su intimidad de la curiosidad de la anciana. El hombre se presentó como Izan Rodríguez y le ofreció la mano, cinco gatos le miraron desde el sofá, como al intruso que era.

—¿A qué se debe este cambio de actitud? Hace apenas cinco minutos, solo le faltó morderme.

Izan sonrió, no le dijo al policía que se sentara porque ya era mayorcito para tomar esas decisiones cuando quisiera; él permaneció de pie. Apareció un nuevo gato, con un solo ojo, que decidió frotarse contra la pierna del policía.

—¿Quiere beber algo?

—Un vaso de agua me vendría bien.

Se quedó de pie, fingiendo que le interesaba el cartel del *IX Encuentro del Libro Anarquista*, pero lo que en realidad miraba por el rabillo del ojo eran las herramientas de albañilería, una bolsa con cables y unas cajas con tejas que había junto a la puerta, que tenían toda la pinta de ser las responsables del tono anaranjado de la camiseta. Cuando le ofreció el vaso de agua, Proaza, lo vació de un trago.

—Vaya, parece que tenía sed. ¿Quiere más?

—No es necesario, muchas gracias.

—Verá, es que he estado escuchando lo que le contaba esa mujer sobre mi hija y no quiero que se forme una idea equivocada de ella.

—Gracias a esa mujer ahora sé algunas cosas que antes no sabía.

—Claro, claro... Ahora sabe que las perras de mi hija se dedican a atacar a la gente y eso no es cierto. Verá, sé que si la está buscando acabará por encontrarla, de manera que le diré dónde está. ¿Qué es lo que quiere exactamente?

—Necesito hablar con ella. ¿Dónde puedo verla?

—En Lorca, en el kilómetro 2 del Camino de Vega. A la izquierda de la carretera hay una casa abandonada, con la bandera okupa sobre la fachada. No tiene pérdida. Unos amigos la están restaurando y ella les ayuda.

—¿Con el permiso de los dueños?

—Eso no lo sé. Pero si quiere ahorrarse el viaje, Tati participará mañana en una acción antitaurina frente a la Plaza de Toros de Murcia. Si necesita hablar podrá

encontrarla allí, porque ella no se esconde de nadie.

—No he dicho que lo esté haciendo.

—Pero yo debo asegurarme de que usted lo entienda perfectamente, porque tengo que velar por la seguridad de mi hija.

—¿A qué se refiere, porque ahora sí que no le entiendo?

—A que usted, seguramente, llevará un arma cargada y lo que no quiero que pase es que si la ve correr, o saltar, o gritar, o hacer alguna de las cosas que suelen hacer los jóvenes, reciba un disparo de esos que se pudieron evitar.

—Yo no voy por ahí disparando a la gente, oiga.

—Pero viene a mi casa con una pistola.

—Es mi trabajo y debo cumplir con el reglamento —dijo el inspector, y aprovechó para cambiar de tema—. ¿Son grandes los perros?

—Sí.

—¿Son peligrosos?

—Venus y Luna son perras muy pacíficas y no debe temerlas. Ellas huelen el miedo y se ponen en guardia por instinto, como cualquier animal, para defenderse.

—¿Y qué me dice de Plutón, el perro negro?

—Eso se lo ha contado la vieja, ¿verdad? —El hombre se echó a reír—. Mi hija solo tiene dos perras.

Proaza decidió mostrarle el mensaje, ahora que se había vuelto más comunicativo, pensando que con un poco de suerte podría aclararle algo.

Mientras lo leía se le formó una media sonrisa:

—Sí, eso es propio de Tati. Cuando se enfada tiene la lengua muy afilada, y como había roto con él y estaba de mala leche...

—¿Desde cuándo eran novios?

—A ellos no les gustaba llamarlo así, pero sí, era su novio y llevaban juntos unos cuatro meses.

—¿Sabe usted por qué rompieron?

—Claro que lo sé. Me lo contó ella misma. Dejó a Gustavo porque fue con sus amigos a una despedida de soltero a comer cochinito.

—¿Por ir a la despedida de soltero o por estar con sus amigos?

—Por comer cochinito.

—¿Es musulmana?

—¿Quién, Tati? No. Ella no profesa ninguna religión.

—Entonces, ¿por qué le molestó que Gustavo comiera cochinito?

—Tati es vegana desde que era pequeña, ama a los animales y no se alimenta de ellos —abrió un cajón del mueble donde almacenaba rotuladores, lápices y material de escritorio, revolvió unos papeles y sacó un cuaderno con la tapa repleta de dibujos; dentro había una hoja de papel cuadriculado escrita a bolígrafo—. Siempre ha tenido un gran corazón, siente mucha empatía y no soporta el sufrimiento ajeno. Lo que hicieron esos chicos fue comerse un bebé de cerdo como una celebración, un bebé

arrebatado a su madre a las pocas semanas de nacer, para que Gustavo y sus amigos pudieran darse el gusto —le tendió la hoja—. Cuando escribí esto tenía nueve años. ¿Quiere leerla?

Estaba escrita con esmero, como si el tema mereciera todo el esfuerzo y la dedicación de la niña. La letra era de color violeta, redondita y con carácter:

«Papá, me encuentro un poco débil, y no quiero ponerme malita, así que a lo mejor podemos llegar a un acuerdo: al mes me quitas una de mis pagas (10 €). Yo vuelvo a comer algo de carne (poca, solo la necesaria), pero solo carne biológica/ecológica, y con esos 10 € pagas la diferencia entre la carne normal y la ecológica. A ver qué te parece. Un beso.

»Tati«

«PD: Si no aceptas, me informaré mejor sobre el vegetarianismo y seguiré comiendo solo verduras, queso y esas cosas. Lo siento, pero lo paso muy mal sabiendo que un animal tiene que morir para que yo me lo coma. Siento ser un problema».

Más abajo, escrito con rotulador rojo y una letra apresurada de adulto, alguien había puesto:

«Vale. ¿Dónde se compra? La pago yo.»

—Me dijo que había visto la carne ecológica en la página web de Alcampo y hacia allá fuimos a comprarla, todos felices porque habíamos encontrado una solución al conflicto. A partir de ese día mi mujer y yo, por respeto a los sentimientos de mi hija, empezamos a comer cada vez menos carne.

—¿Usted, también es vegano?

—No, soy vegetariano.

—Me estoy haciendo un lío con todo esto. ¿Qué diferencia hay entre un vegano y un vegetariano?

—Supongo que un mayor grado de implicación es lo que marca la diferencia. El vegetariano adopta una dieta más flexible. A mí no me parece mal un poco de queso con miel, pero a mi hija sí.

A Proaza no se le iba de la cabeza la imagen de los perros de Tati atacando a Gustavo, en medio de una discusión acalorada.

—¿Discutían a menudo?

—Aquí nadie ha hablado de discusión. Yo solo he dicho que rompió la relación, que le dejo por imposible. Tenían diferentes intereses en la vida que no pudieron conciliar. El noviazgo sirve para conocerse y eso es lo que hicieron.

El padre apartó a uno de los gatos y se sentó en el sofá.

—¿Alguna de ellas mordió alguna vez a Gustavo?

—Era el que más las mimaba y el que las sacaba al campo, a cazar. Adoraban a ese chico.

—¿Cazaban animales?

—Así es como lo llamaba Gus para hacerse el machote, porque venía de una familia de cazadores, pero lo que hacían era correr por el monte detrás de las piñas que él les tiraba mientras gritaba: «¡Busca, busca...!»». Decía que habían perdido su instinto animal y que él trataba de estimularlo.

—Entiendo. ¿Cree que es posible que las perras de Tati pudieran atacarle?

—No sé adónde quiere ir a parar con eso, pero no me parece probable que atacaran al muchacho. Cuando aparecía por aquí se le echaban encima moviendo el rabo y haciéndole fiestas, le recibían contentas y felices, sin dejar de saltar. Solo le gruñía Venus, cuando la miraba directamente a los ojos. Eso lo hacía jugando, para chincharla —el hombre frunció el ceño, pareció darse cuenta de algo y preguntó—: ¿Por qué me pregunta todo esto? ¿Le ha pasado algo a Gus?

Proaza dijo que no podía desvelar más detalles del caso, porque se trataba de una investigación abierta y le preguntó al padre si podía echar un vistazo a la habitación de Tati.

—Si no le importa que yo esté delante...

Siguió a Izan y a dos de los gatos, y se encontró con un cartel rojo y negro pegado en la puerta del dormitorio. Tati era una persona comprometida con algo. Alternando letras blancas y negras se leía: «Liberación Animal: Las vallas se saltan, las jaulas se abren». El gato tuerto apareció y se restregó de nuevo en la pierna del policía.

Como estaba haciendo su trabajo, que él consideraba necesario y no tenía que dar explicaciones a nadie salvo a su jefe, se tomó su tiempo para comprender a Tati según su habitación. Frente a la ventana había un escritorio abarrotado de objetos: panfletos, rotuladores, un candelabro con un dragón encaramado a una columna, un cenicero repleto de tobos y ropa arrugada, unos calcetines, varias camisetas, gomas para el pelo, un bote de crema, horquillas, un cepillo para el pelo, un vaso con agua y el tallo de un poto echando raíces; la silla, tenía tres patas gemelas y una huérfana. El colchón descansaba sobre el suelo, la cama deshecha, en cuyo centro descansaba el mando a distancia de la tele, un pequeño portátil con la pantalla rota y un gato negro como la noche. Como cabecera tenía la foto ampliada de un hermoso tigre, acechando. En la pared opuesta, una televisión de treinta y dos pulgadas; sobre unos ladrillos cubiertos de terciopelo, un disco duro multimedia conectado al televisor, más un par de altavoces que había sobre el suelo a pie de cama, junto a unas chanclas de color lila. Un expositor de ropa le servía de armario y zapatero al mismo tiempo. En las estanterías, hechas con cajas de fruta de diferentes colores, vio un montón de DVD y libros que no le sonaban: *Más que palabras*, *R-209*, *Jaulas vacías*, *12 Monos*, esa le sonaba... Había libros de Chuck Palahniuk, Lucía Etxebarria, una recopilación

de Miguel Hernández y muchos *fanzines*. Las paredes estaban llenas de rabia, rabia contra el sistema, contra los banqueros, los políticos, los militares, los policías, y los que comen carne, rabia por la manera en que funcionaba el mundo y rabia porque parecía que iba a seguir así durante un tiempo si no se hacía algo inmediatamente. Ese algo es lo que estaría haciendo Tati en esos momentos, fuera lo que fuese, porque las paredes gritaban por ella. La matrícula de un coche estaba clavada en la pared, entre un póster de Limp Bizkit y un cartel anunciando un concierto de No Relax y Banda Bassotti. Las cortinas eran rojas y vaporosas, como la lámpara, pero había que forzar la vista para apreciar los detalles. Las retiró de la ventana y el espejo de la habitación devolvió la luz reflejada multiplicada por dos. Al gato no le gustó y se marchó de mala gana. Entre una lámina de una pintura de Klimt y unos dibujos de Manara había una foto grapada a la pared: Tati posando con Venus y Luna. Miró al padre, que dijo que sí con la cabeza. Podía llevársela.

Antes de ir a la casa okupada, decidió pasarse por su apartamento para comer algo y cambiarse de camiseta, que seguía oliendo a autopsia. Pero, cuando estaba llegando, recibió una llamada de su madre, que había hecho paella con *caramales*, por si quería pasarse. «Me espera Virginia, Mamá». «Que tonto eres, hijo, pues le llevas un platito también a ella». Así que tuvo que aguantar las últimas noticias del clan familiar: que la Toñi se había embarazado otra vez, que el abuelo se había vuelto a caer y se había roto la cadera, que su prima Ana Mari se casaba y ya habían elegido la fecha para la boda. Que le habían invitado a él y a Virginia, porque ella había contado que su Juanito tenía novia. «¿Vais a ir, no? Es Ana Mari, tu prima. Tienes que comprarte un traje».

—Ahora tengo mucho trabajo, mamá, no sé si podré.

—¡Si es un domingo! No me digas que trabajas los domingos —y le enseñó el *afoto* de la prima y lo guapa que estaba, le dijo que *anjolá* pudiera ir, que no le hiciera el feo, que se lo iban a pasar muy bien. Todo eso bajo la batalla de gritos de un grupo de contertulios que parecían que iban a matarse en la tele, porque unos opinaban que la princesa Letizia estaba deprimida y otros que no. Consiguió escapar, antes de que llegara su padre del bar.

Cuando por fin entró a su apartamento, encontró a Virginia con el portátil abierto, modelando un niño de color que jugaba a volar. Le gustaba dibujar con los cascos puestos, aislada del mundo. La música para ella era tan importante como para él, aunque sus preferencias eran otras. A ella le gustaba sobre todo el *rock* español y los cantautores. No podía trabajar si no era siguiendo el ritmo de alguna canción. Virginia decía que la música le inspiraba mientras dibujaba...

—He traído paella de mi madre.

Dijo sí con la boca cerrada y sonó: «him».

—¿Ese es el cuento del que me hablaste ayer?

Aunque seguía con la boca cerrada Proaza entendió: «ahá».

No quería que perdiera la concentración, de manera que se dio una ducha y

preparó la mesa, satisfecho con lo que habían decidido el domingo, en la playa de La Ribera, fresquitos y al sol, con unos calamares y unas cervezas.

Virginia le estuvo contando que había visto un documental titulado *El hambre*, que le había impresionado mucho y se había hartado a llorar. Parece ser que en algunos lugares de África, cuando se va acercando la noche, ponen un puchero con agua a calentar al fuego y recogen piedras que echan a la cazuela como si fuera comida, evitando que los niños se den cuenta. Mientras se hace la cena les cuentan un cuento, tan largo como sea necesario, hasta que los peques se duerman. Esa noche sus hijos tampoco cenarían, pero al menos dormirían satisfechos y con una sonrisa...

—Joder, Vir, se me acaba de cerrar el estómago.

—Pues yo tengo que hacer un cuento sobre ese tema. Se me ha quedado dentro y hasta que no lo saque en forma de historia, sé que no voy a poder descansar. Tengo las imágenes en la cabeza y mañana empezaré a dibujarlo. Lo que no tengo claro es el título.

Después hablaron del caso que acababa de resolver, de la redada que hizo con Paco y de los problemas que tenía Virginia en casa de sus padres, por culpa, casi siempre, de la loca de su hermana.

—No la soporto. Está en la edad del pavo y la gilipollas no deja en paz a nadie. No hace más que quejarse y echarle la culpa de todo a los demás. Habla siempre a gritos y no puedo concentrarme.

—Ponte tapones en los oídos.

—Ya me pongo los cascos, pero aun así la oigo. Lo que hago es que me voy a dibujar a San Pedro, a la Casa de la Cultura.

—Mejor todavía, vente al apartamento a vivir conmigo —le ofreció.

—¿Y eso? ¿A cuento de qué viene?

—Hay sitio... —Proaza empezó a trastear con el móvil, se metió en su cuenta de correo en Gmail y rescató el borrador del mensaje que escribió la madrugada del sábado. Le dio a enviar y esperó—. Aunque tengo otros motivos.

—¿Y me los vas a contar?

—Ya te enterarás.

En ese momento Virginia recibió un correo, lo miró, vio que era de él y le ofreció una sonrisa. El texto era breve. Solo ponía: «te quiero», con letras minúsculas.

Virginia le besó.

—¿Estos son tus motivos? —Él afirmó con la cabeza, como un niño complaciente.

—Además, no me gusta verte agobiada.

—Eres un cielo, pero no deberíamos forzar las cosas porque yo tenga problemillas domésticos. Sé cómo llevarlos, créeme.

—Pero si tus problemillas me los acabas de contar ahora mismo, Virginia.

—¿Y...?

—Ese mensaje estuve a punto de enviarlo el sábado, a las cinco y veinte de la

mañana, pero no lo hice porque no quise despertarte. —Le enseñó la fecha y la hora en la que lo había escrito—. ¿Lo ves? Después, con el barullo de la redada, lo olvidé.

Pasaron el domingo juntos, y también la noche. Al día siguiente, cuando se levantó por la mañana para ir a comisaría, Virginia dormía a su lado... Le llevó el desayuno a la cama y se sintió genial, diferente, repleto. Quedaron en que empezaría a llevar sus cosas poco a poco, sin prisas, porque ella tenía que encontrar su sitio en la casa y hacerlo suyo. «La orientación es muy importante, ¿lo sabías?».

—Eres una bruja, eso es lo que sé.

Cuando salió de la ducha preparó la mesa y la rescató casi a la fuerza de su mundo interior.

Mientras comían la paella recalentada, recordó el CD que Garrido le regaló el sábado, una recopilación de canciones románticas elegidas por él. Le había hecho prometer que lo escucharía con Virginia, y Proaza siempre intentaba cumplir sus promesas. Abrió la bandeja del equipo e introdujo el disco. Sonaron los acordes de guitarra del primer tema, una canción de José Córdoba, y con su voz algo cascada, a lo Sabina, cantó: «*Abracadabra, te quito despacio el sostén y a mordiscos las bragas...*». Como no se lo esperaban, los dos se miraron, Proaza no pudo aguantar la risa y expulsó todo el arroz que tenía en la boca sobre la blusa de Virginia.

—¡Serás guarro...! Mira como me has puesto.

—No te enfades, cariño, yo te lo limpio... —Juanito destrabó los botones de la blusa, pidiéndole perdón a besos, porque iba a regalarle cien blusas mucho más bonitas que esa, le quitó con delicadeza el sostén y a mordiscos las bragas, pero con cuidado, porque Vir aún no había pasado por casa de sus padres para recoger sus cosas y no tenía otras.

Eran casi las seis de la tarde, cuando terminaron de tomar el segundo café con pastas y se despidieron sin ganas.

—Ten cuidado —dijo ella desde la puerta.

Una hora y siete minutos después, iba en su viejo Opel Corsa recorriendo Murcia, la huerta de Europa, como la llamaban algunos, dejando atrás sierras, cultivos, invernaderos como castillos, más campos y más sembrados y más castillos invernadero; de vez en cuando la singularidad del paisaje quedaba alterada, y aparecían en la distancia diminutas casitas con tractores de juguete labrando la tierra a su alrededor, naves industriales derivadas invadidas de camiones o algún que otro silo. Se distrajo con la música y, en lugar de ir por el túnel de Lorca, abandonó la Autovía del Mediterráneo y tuvo que atravesar la ciudad y aguantar todos sus semáforos en rojo con resignación, para llegar a la carretera que le había indicado el padre de Tati. No le costó reconocer el lugar, nada más pasar el kilómetro 2, a la izquierda, como había dicho Izan, bajo la falda de la Sierra de Peñarubia.

Aparcó el coche junto a una furgoneta y dos bicicletas, en una explanada de tierra a un lado de la casa. Era una sólida construcción de dos plantas, con el tejado hundido por el centro, como si le hubiera caído un obús. Una bandera negra con un

círculo blanco atravesado por un rayo pendía sobre la fachada, sobre una consigna que explicaba de una manera clara y contundente los motivos por los que pensaban permanecer allí. Rodeó la casa hasta la parte trasera, sorteando escombros de ladrillos, grumos de hormigón y tejas partidas. Encima de unas cajas de fruta había un microondas y una televisión de tubo; un montón de sacos, unos tablones, una verja arrancada, una espuerta de goma con herramientas y una manguera conectada a un grifo; un tanque metálico y unos bidones de plástico conteniendo un líquido amarillento que le llamó la atención. Un cable iba, trazando un camino de topo, de la casa al poste de la luz, enterrado bajo el suelo, sin que se hubieran molestado en ocultar demasiado la forma en que obtenían la electricidad. La fachada estaba llena de pintadas, pero una destacaba, por el tamaño y por el significado: un preso escapando por una ventana con las rejas rotas. Por si no se entendía el mensaje, alguien había aclarado: «Abajo los muros de las prisiones».

Se entraba a la vivienda por un chapucero añadido a la parte trasera que cumplía la función de garaje sin coches, un techo de placas onduladas, apoyado sobre dos paredes y una columna central. El cierre metálico permanecía semiabierto, para que entrara el aire y la luz, supuso.

Asomó la cabeza tímidamente y preguntó:

—¿Hay alguien?

Le respondieron el arrullo de las palomas. Pasó al interior e insistió forzando la voz:

—¡Policía! ¿Hay alguien en la casa...?

Solo cuando entró en el garaje, quedaron atrás los sonidos del campo y reparó en la música; era de un grupo español que no conocía, aunque le sonaba. Venía de la planta de arriba, imponiendo su ritmo guitarrero y machacón a través de los golpes. Sonaba bien. La entrada del garaje comunicaba con la cocina, que también parecía la sala de estar, con un par de sofás, un sillón, sillas de diferente forma y color, que tenían toda la pinta de haber sido rescatadas de las calles, y el esqueleto de una mecedora. Había algunos pósteres decorando las paredes; el de Metrópolis era el que más llamaba la atención. Oyó un par de mazazos, seguido del ruido de los escombros al impactar contra el suelo. Fue en la segunda planta, justo sobre él, y unas partículas de polvo cayeron del techo. Se cubrió la cabeza instintivamente. Hizo ademán de retirarse, pero no pasó nada más. Se oyeron unas risas, y registró en su mapa mental que había mujeres y hombres. Continuó avanzando y se reanudaron los mazazos. Pasó junto al frigorífico, empapelado de consignas: «Carne es asesinato», «Los animales no son objetos», «Beganisboa justizia da»; a su derecha había una alacena que servía de despensa. La cocina estaba a medio montar, pero ya tenía encanto. Había algunos estantes con especias, un manojo de romero colgado de un clavo, paños de cocina sujetos a un alambre y el hueco de una calabaza que servía de cubertero. La pared del fregadero lucía un desconchón descomunal; como no tenía ventana habían pintado una con cortinas y todo, alrededor del cartel de la película *El*

Hobbit y el efecto lograba engañarte. Cuando alcanzó el vano de la puerta estuvo a punto de enredarse un pie con el cable del frigorífico, que atravesaba la cocina hasta alcanzar el enchufe que había en el otro extremo de la sala. Desde el umbral vio la barandilla de la escalera, o lo que quedaba de ella; una telaraña se mecía bajo el dintel de la puerta, acunada por la corriente. Los escalones no ofrecían mucha estabilidad, pero seguro que resistirían, porque arriba había gente y de alguna manera habían tenido que subir. No tuvo que preocuparse por el crujido de la madera, ya que la música se escuchaba mucho más fuerte y cubría los demás sonidos. Incluso podía distinguir la letra:

*«Bobo viste como hay que vestir.
Bobo come lo que hay que comer.
Bobo piensa lo que hay que pensar.
Hoy cualquiera es como bobo...»*

Cuando ya estaba arriba una tabla podrida cedió, metió la pierna por el hueco hasta la rodilla y una esquirla de madera astillada se le clavó en el muslo. Sintió un dolor horrible, una descarga que le recorrió todo el cuerpo, y tuvo la impresión de que se había desgarrado profundamente la piel. Notó la humedad de la sangre bajo el pantalón y el sudor en la nuca. Nadie se habría dado cuenta del accidente, de no ser porque Evaristo Páramos, el cantante de The Kagas, terminó de cantar justo en ese momento.

—¿Qué coño ha sido eso?

—No sé.

—Ha venido de la escalera...

Se oyeron pasos apresurados. Demasiados. Algo cayó al suelo de forma estrepitosa, tres siluetas oscuras surgieron dirigiéndose hacia él, cubiertas con pasamontañas negros y armadas con palos; dos nuevas figuras se les unieron por detrás, una de ellas tiró el palo contra la pared, de una manera que le resultó un tanto amenazadora, la otra llevaba una maza sujetada con ambas manos. Pensó que estaba en peligro. Entonces reparó en que llevaban las cabezas cubiertas con turbantes al estilo bereber, o algo parecido, y tuvo la certeza de que había caído en medio de una célula islamista; por eso Tati no perdonó lo del cochinitillo a Gus, porque los musulmanes tienen prohibido comer cerdo, y por eso lo mató, dándoselo a comer a sus perros. El tanque que había visto abajo y los bidones servirían para fabricar explosivos, sin duda. Sintió pánico y notó un sudor frío en la espina dorsal. Proaza estuvo a punto de echar mano al arma, pero en el último momento algo le dijo que no estaba interpretando la escena correctamente. Lo que él había creído ver como pasamontañas o turbantes no era otra cosa que las camisetas envueltas alrededor de la cara, que dejaban únicamente los ojos para ver, con el fin de protegerse de la polvareda que estaban armando con los escombros; los palos no eran armas, sino

escobas, rastrillos y palas. El de la maza la apoyó sobre una pared, se quitó la camiseta de la cara, le tendió la mano y le ayudó a sacar la pierna.

—¿Estás herido?

—No te preocupes, no es nada.

—Hay que verlo, tío, antes de que se te infecte —entonces vio la placa, sobresaliendo por debajo de la camiseta y se puso tenso—. ¿Eres policía?

—No. Sí... —Se estaba aturullando, pero una vez que consiguió ponerse en pie, acertó a explicarse y consiguió darle las gracias al de la maza, que se llamaba Ernesto—. Perdonad que no me haya identificado. Me llamo Proaza y soy inspector de la Policía Judicial.

Nadie dijo nada, como si a todos les hubiera mirado Medusa y se hubieran convertido en fotos. Una chica con coleta rasta y el pelo rapado en las sienes reaccionó la primera, aunque se tomó su tiempo:

—¿Qué quieres?

—Necesito hablar con Tatiana Rodríguez por un asunto oficial.

—¿Para qué?

—Eso no puedo decírtelo, es confidencial.

—Vaya, todas tus excusas terminan en «al». ¿Estás aquí para detenerla?

Estuvo a punto de responderle que eso era secreto judicial, pero lo cambió a medio camino y dijo:

—No puedo desvelar datos de una investigación en curso. Pero puedo aseguraros que no estoy aquí para eso.

—¿Y por qué debemos creerte? —intervino de nuevo Ernesto.

—Porque la dirección de esta casa me la ha dado su padre. Izan Rodríguez, el que os ayuda con el tejado.

Después de esa revelación las tensiones desaparecieron, pero no la desconfianza. Uno de ellos, con el pelo recogido como una escarola, empezó a liarse un cigarro como si allí no hubiera pasado nada; otro, al que llamaron Arturo, con las orejas como dos acericos, por la cantidad de chatarra que llevaba clavada, dijo: «Yo me abro, troncos», sacudió la camiseta para quitarle el polvo, que fue a parar a la del inspector, y se la puso de nuevo; descendió por la escalera, como si los peldaños quemaran, y ya no le volvieron a ver. Bajaron a la planta baja y, en torno al sillón, le contaron que Tati no había estado ahí desde hacía unos días. Él sabía que mentían, porque según las localizaciones del listado telefónico de Gustavo, en la última semana le habían llamado nueve veces desde allí mismo, utilizando la SIM de Tati.

—La podrá encontrar mañana en la acción que *Animal Free* ha organizado a las doce, frente a la Plaza de Toros de Murcia. Ahora, seguramente, estará en casa de alguna amiga, cerca de la plaza, para no tener que madrugar y no agobiarse.

Proaza lo entendió, aunque también podía ser que le estuvieran mareando a propósito, mandándole de aquí para allá para darle tiempo de escabullirse a ella. Seguramente el padre la había llamado al móvil mientras él venía de camino, y Tati

se había largado. Empezaba a sospechar que tampoco la iba a encontrar en Murcia al día siguiente. Ella sabía dónde estaba él y él no sabía dónde estaba ella. Cojonudo. Les dio las gracias y se marchó, medianamente satisfecho, aunque antes Marisa, la chica de la coleta, le limpió la herida y se la curó con mucha delicadeza, poniendo caras, eso sí, porque no era profunda, pero sí extensa. Le había rasgado la piel, nada más, aunque pareciera tan aparatosa, no tenía de que preocuparse. «¿Eres enfermera...?», preguntó. «No, pero tengo conocimientos prácticos y un botiquín en condiciones». Al ver el bulto que le hacía la pistola bajo el pantalón le preguntó:

—¿Has disparado alguna vez a alguien?

—No.

—Pero algún día «tendrás que hacerlo», ¿verdad?

—Espero que no.

—Ya...

—Oye, Marisa, ¿qué son esos bidones y ese depósito que tenéis en la entrada?

—*Biodiesel*. Hacemos *biodiesel* con el aceite usado de freír y lo utilizamos como combustible. ¿Qué pensabas?

—No, nada... Solo sentía curiosidad.

Mientras el coche del inspector se perdía en la distancia, Marisa le despidió agitando la mano, camuflando tras su sonrisa una fantasía. «Qué bueno está...», pensó. Después, se dirigió al frigorífico, sacó un móvil, lo liberó de la bolsa de plástico, le colocó la batería, se metió en pleno campo y llamó a Tati: «Oye, que mejor no vengas por aquí. Ya nos vemos mañana, ¿vale?». Introdujo de nuevo el móvil desarmado en la bolsa y lo dejó en el frigorífico. Una hora después aparecía Tati, sonriente, con su mata de pelo rojizo, su mochila rota y sus dos perras, porque cuando Marisa le dijo que no fuera por allí quería decir justo lo contrario. Había que establecer ciertos códigos para sobrellevar la conspiración revolucionaria.

Proaza circulaba medio adormilado por la A-7, contemplando cómo se ponía el sol detrás de Sierra Espuña, a su izquierda. Cuando giró a la derecha para incorporarse a la RM-2, el sol le fue deslumbrando desde el retrovisor. Estaba cansado y se le cerraban los ojos. Después de cruzar el río Guadaletín aparecieron a su izquierda las estribaciones del Parque Nacional Carrascoy y El Valle, un paisaje abrupto situado entre las comarcas de la Huerta de Murcia y el Campo de Cartagena. Con buena vista y un cielo despejado, se podían ver águilas sobrevolando las crestas. Conforme se iba acercando a su destino, la luz del día se fue convirtiendo en recuerdo y el terreno allanando. Eran casi las nueve de la noche cuando Proaza dejó atrás la carretera de Jimenado, entró en el pueblo por la calle Industria y enlazó la avenida Baltasar Garzón, dejándose guiar por el GPS del móvil, en dirección a su destino. Torre Pacheco es un municipio que, al carecer de playas, tiene como principal actividad económica la agricultura intensiva con tecnología punta; eso era al menos lo que proclamaban los carteles de la última Feria Agrícola del Mediterráneo, celebrada en mayo, que todavía podían verse con colores desvaídos, en alguna

marquesina. Terminó de atravesar el pueblo, tomó la carretera de Los Alcázares y, cuando ya pensaba que el GPS le estaba engañando, le informó, con alegría de robot, que había llegado a su destino.

Detuvo el coche junto a Novedades Agrícolas, frente a la entrada de la calle Florida. Aparcó bajo el cartel que anunciaba: «Riego por goteo, Calefacción, Ventilación y Humidificación». Era un barrio tranquilo de la periferia, donde una mayoría de trabajadores marroquíes y ecuatorianos se repartían el trabajo agrario. El número al que se dirigía era el de una casa baja, coqueta y blanca, con el tejado de pizarra; unos naranjos rodeados de geranios, jazmines y palmas alegraban el jardín. Cuando estuvo ante la puerta del garaje escuchó unos ruidos que recordaban vagamente la música que pretendían versionar sin conseguirlo. Llamó a la puerta y esperó. El sol ya se había puesto, estaba cansado y en lo único que pensaba era en regresar al apartamento para darse una ducha y ver una peli con Vir. Un magrebí pasó disimuladamente junto a su coche y miró dentro; el rotativo y todo lo que necesitaba para ser identificado como el coche de un policía estaba a la vista, así que el hombre aceleró el paso, no fueran a pedirle los papeles y a darle de hostias una vez más. Proaza volvió a llamar y volvió a esperar. «Paciencia —solía decirle su maestro de aikido—, hay que dejar que sean las fuerzas las que vengan a uno y no al contrario». Bostezó, olfateó los jazmines, acarició los geranios, se dio la vuelta y observó la casa de enfrente; dos siluetas oscuras fumando en el porche apartaron la vista y se removieron inquietas cuando él los miró; un par de caladas después, apagaron el cigarrillo y entraron dentro. La tercera vez que llamó, ya habían terminado de asesinar el tema que estaban ensayando, y entonces sí que le oyeron. Abrió la puerta un joven en bañador y tirantes, partiéndose de la risa. Se secaba el sudor de la cara con una toalla verde, tenía el pelo rapado y dos patillas huérfanas haciendo compañía a las orejas; el *piercing* en la nariz le recordó a una res: «Ya era hora, cabronaz...», antes de terminar, se dio cuenta de que estaba insultando a alguien que no conocía.

—¿Quién eres tú...?

—Inspector Proaza —el aroma del hachís le dio de lleno en la nariz.

—¿Qué pasa? ¿Estamos haciendo mucho ruido? —Se puso un poco nervioso, por el olor, pero le entró la risa y echó la cabeza hacia atrás buscando la complicidad de alguien que el policía no veía.

—No, no es eso —se dio cuenta de que no lo sabían aún—. ¿Puedo pasar?

—Vale —se encogió de hombros—. Pasa, pasa...

El lugar era pequeño, con capacidad para un par de coches no muy grandes, aunque en lugar de eso estaba ocupado por cuatro altavoces, tres amplificadores sembrados de ceniceros y latas cerveza, las jirafas de los micrófonos, un órgano cubierto por una bandera jamaicana, algunos atriles para partituras y una batería que ocupaba buena parte del garaje. En el bombo se leía el nombre del grupo: Metano. Había un montón de banquetas apiladas en un rincón, en cuya cima un ventilador cumplía su trabajo a duras penas; junto a la pila de banquetas se encontraba un

maletín de herramientas abierto y varias cajas de cartón con unos plásticos dentro. El suelo estaba repleto de cables rojos, azules, negros y amarillos, serpenteando entre las patas de araña de las bases de los micrófonos. Las paredes estaban empapeladas de pósteres y carteles de conciertos, el que dominaba el local era uno de Jimi Hendrix, de colores psicodélicos. Metano, aparecía en los carteles como teloneros de Lagarto Amarillo, Huecco, Macaco, Canteca de Macao..., pero todos eran montajes hechos con Photoshop, para crear un ambiente profesional, hacerse ilusiones y darse ánimos.

—A los vecinos no les importa que toquemos en el garaje —el que hablaba era Marcelo, atrapado detrás de la batería. Tenía cara de listo, peinado de Tintín, pantalones cortos y una camiseta con las mangas cortadas. Hacía pesas—. Se lo preguntamos en su día y les pareció bien.

—No es por eso por lo que estoy aquí. Quisiera haceros unas preguntas sobre Gustavo Alveroa —como se quedaron callados, añadió—: Si no os importa.

—Pues hoy no ha venido —respondió el que le abrió la puerta, que era el más chulito.

—Sé que no ha venido, pero no es con él con quien quiero hablar, sino con vosotros. ¿Cuánto tiempo hace que no viene a ensayar? —preguntó al aire, a ver quien le contestaba.

—No sé... Creo que el miércoles o el jueves fue el último día que se dignó aparecer —dijo de nuevo el de la puerta.

—Fue el jueves —respondió el del bajo, un chaval alto con el peinado de Loquillo.

—Fue el miércoles —le contradijo un tipo bajo con voz de contralto; los ojos rojos, unos auriculares en el cuello y unas muñequeras llena de remaches. En el hombro tenía un tatuaje *old school* de un corazón atravesado por una daga, envuelto en una leyenda que decía: «I love you, Blondie». Estaba descalzo y tenía la sonrisa relajada de los fumaos.

—Sí, fue el miércoles —confirmó el batería—, porque el jueves estuvimos ensayando la de Manu Chao, ¿os acordáis?, y esa no le hace gracia a Gus. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Entonces, ¿no veis a Gustavo desde el miércoles pasado?

—Es que últimamente pasa del grupo.

—Desde que se echó novia —añadió Marcelo.

—¿Notasteis algo extraño?

—¿Algo extraño de qué...?

—En su comportamiento.

—Desde que empezó a salir con Tati todo su comportamiento es extraño, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Problemas de pareja?

—Más bien problemas existenciales —el que hablaba era el del bajo—. Tati le está haciendo la polla un lío con eso de los animales. Su novia es vegana, ¿sabes?

—¿Gustavo, también era vegano? —Se le había escapado *era*.

—Se hace el vegano, que no es lo mismo.

No se habían dado cuenta.

—¿Qué quieres decir?

La mano con la que no sujetaba el bajo la tenía vuelta hacia atrás y salía un hilillo de humo aromático y delator. El inspector le dijo que podía seguir fumando si quería, que no necesitaba esconder el porro. Eso le tranquilizó y con la euforia, se le soltó la lengua:

—Pues que con ella se comporta como si lo fuera, pero con nosotros come de todo. En la despedida de soltero del primo de este —dijo señalando al batería y dándole un caladón al canuto—, nos pusimos todos ciegos de cochinillo. *Acho*, no veas como tragaba el Gus.

—¿Por eso discutieron?

—Discutir, discutir, lo que se llama discutir, no es exactamente lo que pasa con Gus y Tati. Se miran, ponen caras, hacen gestos, suspiran y esas cosas. Últimamente lo hacen tan a menudo que ya estoy acostumbrado a verle serio. Hasta toca mejor cuando se mosquea.

—*Acho*, pero cuando Tati y Gus están bien da gusto verlos, ¿eh, colegas? Hacen una pareja cojonuda y te ríes un montón con ella. A mí me pone que venga a vernos tocar.

—Y a mí, aunque Venus acojona a veces.

—¿Le habéis notado preocupado o atemorizado?

—Estaba asustado. Esta vez la cosa parecía más seria.

—¿Tenía miedo?

—La última vez que hablé con Gus estaba acojonado, porque Tati se había enterado de la despedida de soltero.

—¿Y qué podía hacerle Tati, para que se acojonara?

—Pues dejarle, tronco. Siempre discutiendo por la puta carne, con lo rica que está —se relamió y pasó el peta al de los tirantes—. Le llamaba carroñero y roba huevos, cuando no comía comida vegana. Tío, si hasta te miraba mal cuando pedías un café con leche.

—¿Por la leche?

—Por eso. Al final tuvo que dejar de comer bollicaos, con lo que le gustan.

—¿Y dices que hablaste con él después del miércoles?

—Creo que fue el jueves cuando me llamó y me dijo que Tati sabía lo del cochinillo. Había quedado con ella al día siguiente para hablar y dejar las cosas claras. Supongo que por eso no ha venido y no responde a los *WhatsApp*, porque se han reconciliado y prefieren estar juntos o porque se encuentra hecho polvo y no tiene ganas de amargarnos.

—El viernes no vino por otro motivo —aclaró el policía.

—¿Y nos lo vas a decir, tronco? Porque nosotros estamos respondiendo a todas

tus preguntas y tú no sueltas prenda.

—Claro que os lo voy a decir. ¿Tenía problemas económicos?

—Ya está bien, ¿no? —El que hablaba era el de los tirantes. También hacía pesas y tenía tatuado en el antebrazo el martillo de Thor—. ¿Qué es lo que pasa con Gustavo?

—Estoy buscando a su asesino —dijo, sin andarse por la ramas, porque necesitaba ver sus reacciones. Por otro lado, no tenía sentido ocultarlo, ya que una vez que saliera del garaje llamarían a su casa—. El sábado de madrugada alguien lo mató. ¿Creéis que pudo ser Tati?

Ninguno le respondió. El inspector vio las cuatro caras congeladas en el tiempo y en el espacio. O eran maestros de la interpretación o la noticia los pilló totalmente desprevenidos y los convirtió en estatuas. Cuando Marcelo consiguió reaccionar, frunció el ceño e inclinó la cabeza, como si le costara comprender lo que había dicho el policía, miró al de los tirantes que seguía sin reaccionar, al bajito de la voz de contralto y después al del bajo, que era el más alto de todos, buscando confirmación a lo que acababa de oír. Hizo un gesto con las manos, como si no supiera qué debía hacer con ellas, le tembló la barbilla, apretó las mandíbulas y se deshizo de las baquetas en una explosión de rabia: una rebotó en el suelo y desparramó las colillas del cenicero que volcó, la otra se estrelló contra la pared, haciéndole una muesca al póster de Jimi Hendrix. Entonces, ante la sorpresa de Proaza, el batería se echó a llorar, Loquillo apoyó el bajo en el amplificador y se arrugó en el suelo como un abrigo sin percha, el de los tirantes empezó a temblar y se abrazó a sí mismo, quemándose la mano con el canuto. Miraba fijamente al inspector, con ojos de ido. Consciente de que había provocado esa conmoción emocional sin pretenderlo, decidió no forzar su suerte, les dijo que sentía su pérdida y que podían seguir con lo suyo. Abandonó el garaje algo nervioso y acelerado, sintiéndose un poco culpable.

Animales de laboratorio

Una figura vestida de negro vigilaba agazapada detrás de unos arbustos. Llevaba una pequeña mochila a la espalda, también negra, conteniendo un par de palancas, una cizalla, alicates, una cuerda de escalada, arnés, mosquetones y un frontal de lente azul. También llevaba nueces, una botella con agua, una lata de queroseno, citronela, barritas de incienso, un mechero, un pequeño transportín y trapos de algodón. La batería del móvil y la SIM, ocultas en distintos bolsillos. Todo perfectamente sujeto, para evitar sonidos delatores. Para asegurarse, la figura hizo un movimiento rápido de espalda, como un animal sacudiéndose el pelaje. No había nada suelto. La noche estaba tranquila, los grillos cantaban, todos los animales no humanos de la zona hacían sus ruidos y vivían sus ajetreadas vidas, ajenos a los planes de los animales humanos. A esa hora, los laboratorios siempre se encontraban vacíos, pero debía comprobarlo antes de llevar a cabo la acción. Después de observar pacientemente que nada se movía por los alrededores, se puso el pasamontañas, reptó bajo la alambrada y decidió aventurarse hacia la ventana del animalario. Sabía que, de haber animales, estarían enfermos o muertos. No había elegido esa noche al azar. Había trabajado para ellos meses atrás, cubriendo con cámara oculta las atrocidades que les hacían, y conocía sus rutinas y sus plazos de entrega. Durante ese tiempo consiguió grabar escenas de tortura escalofriantes: fue testigo de cómo les aplicaban sustancias irritantes en las zonas más sensibles para pruebas de toxicidad de unos cosméticos que nadie necesitaba; vio como les obligaban a ingerir productos tóxicos para testar medicamentos; vio como les extirpaban glándulas sin anestesia, como les provocaban parálisis, los sometían a descargas eléctricas y a radiaciones para comprobar su resistencia; también vio cómo los quemaban vivos con un soplete, para testar cremas... No se le iba de la memoria los chillidos angustiosos, los ojos desorbitados y el olor del miedo. Los científicos habrían podido mitigar su sufrimiento, pero preferían evitar gastos en analgésicos aligerando el protocolo. Aunque su trabajo solo consistía en asearlos y alimentarlos, los cuidaba con mimo, les daba cariño y hacía lo que estaba en su mano para tranquilizarlos y aliviar su dolor. Verlos sufrir día tras día fue demasiado fuerte, hasta que ya no pudo soportarlo más y tuvo que dejarlo, sintiendo una punzada de culpa, porque sabía que les abandonaba. Ahora pensaba desprestigiar la credibilidad de esta empresa, iba a destruir todos los datos de sus experimentos y les iba a arruinar. Que empezaran de nuevo, suponiendo que los socios y accionistas estuvieran dispuestos a perder su tiempo y su dinero con ellos.

Tuvo la primera dificultad cuando intentó abrir la puerta de hierro y vio que no iba a ser capaz con ninguna de las palancas. Se puso de puntillas y miró dentro a través del panel de cristal, estaba tan oscuro que no se veía nada; se levantó el

pasamontañas y pegó la oreja a la puerta, pero tampoco escuchó sonido alguno. No había alarmas, eso lo sabía, pero todas las ventanas estaban enrejadas. Todas, menos los ventanos de ventilación. Decidió probar por ahí. Subió sin ninguna dificultad al techado asfaltado de la entrada, desde allí pasó a una cornisa que le llevó al ventanuco por el que iba a entrar. Colarse no fue problema, aunque una vez dentro tuvo que encender el frontal, porque no veía absolutamente nada. Un resplandor azul iluminó el suelo. Abajo pudo ver una traviesa metálica en la que apoyarse. Se puso el arnés, fijó la cuerda de escalada y descendió lentamente; una vez en el suelo, recogió el material y lo guardó de nuevo, bien ordenado en la mochila. Lo primero que hizo fue comprobar que estaba en el sitio correcto: el Centro de Datos del departamento informático. Después, introdujo *FIRE* en el sistema, un troyano que él mismo había creado para corromper el *software* interno de los servidores. El programa se encargaría de formatear y borrarlo todo a través de la Intranet, cuando se conectara a los servidores y al almacén en la nube. A *FIRE* apenas le llevaría unos minutos.

Empezó a romper las pantallas de ordenador, las impresoras, las pizarras, los discos compactos y las carpetas de informes. Lo amontonó todo en el suelo y lo roció con citronela, para camuflar su olor. Paseó por los distintos laboratorios, encontró más informes y discos y los echó al montón, con más monitores y teclados. Después de destrozar todo lo que pudo, usó el pulverizador de nuevo y pasó al animalario, iluminado por una luz tenue. Como suponía, estaba vacío. Habían terminado una buena tanda de experimentos y todos se encontraban muertos. Escuchó un chillido y en una de las jaulas se movió algo. Había un conejo agitando los bigotes, con un ojo irritado debido a la prueba *Draize*. Dos ratones se encontraban en la jaula de plástico, la del puto laberinto. Cogió algunos informes de testado, la carpeta de los nuevos proyectos, unos CD etiquetados LR50 y un disco duro externo conteniendo las cuentas de clientes y proveedores. Les enviaría el material grabado, pidiéndoles que dejaran de experimentar con animales si no querían verlo en YouTube asociado a sus marcas. Ordenó la mochila para que los ratones estuvieran cómodos y metió al conejo con cuidado en el transportín; destrozó las jaulas y escribió FLA en una pared con *spray* negro. Después, la oscura figura salió de los laboratorios como una exhalación, empapada en sudor. Antes de abandonar el complejo, dejó constancia en la fachada principal de la empresa, utilizando el aerosol, de que allí se torturaba a animales inocentes. Esa noche dos ratones correrían libres por el campo. Al conejo tendría que curarlo antes.

En lugar de volver a casa, se montó en la bici y enfiló hacia el polígono industrial donde estaba la fábrica de embutidos de Granjafría. Sabía que los lunes por la tarde limpiaban la flota de camiones, que permanecían vacíos durante toda la noche, oreándose en el aparcamiento.

Cuando llegó a la puerta de la verja, la figura sacó la cizalla e introdujo la cuchilla en el interior del arco del candado, hizo palanca, se escuchó un chasquido seco y la cadena quedó colgando, balanceándose. Le llevó poco más de quince minutos

empapar los trapos e introducirlos en los depósitos, con media barrita de incienso pinchada y encendida. Después, vació el queroseno que quedaba en la lata, dibujando una caprichosa ese sobre el suelo, abandonó la fábrica, sorteó el guijarral y se alejó unos cien metros, escalando un repecho. Desde allí, al amparo de unas matas, la figura observó el aparcamiento, tumbada sobre la pinocha crujiente. Una sombra inmóvil, invisible, una mancha humana camuflada en la noche. Los camiones estaban lo suficientemente alejados de las instalaciones para que el fuego no representara un peligro para nadie. Un búho ululó y unas patitas de roedores reaccionaron, removiéndose inquietas en el interior de la mochila. Su instinto aún parecía funcionar. Introdujo la mano e intentó tranquilizarlos. Fue entonces cuando la brasa del incienso alcanzó el trapo empapado, un pequeño destello iluminó los bajos de uno de los camiones, hubo un fogonazo y una serpiente de fuego despertó, recorriendo el aparcamiento, majestuosa e implacable, prendiendo uno tras otro los depósitos de todos los camiones. Le hubiera gustado quedarse a disfrutar del espectáculo, pero no podía ser. Nunca podía ser. Dos horas después, pedaleaba tranquilamente a veinte kilómetros de allí comiendo nueces. Pensaba en el tema de Ska-P que solía escuchar cuando tenía doce años, cuya influencia era responsable, en parte, de las acciones que esa noche había llevado a cabo. Al llegar a su destino, la canción le daba vueltas en la cabeza, convertida en una necesidad imperiosa, y no se acostó hasta que dio con ella y pudo escucharla en la *tablet*. Limó las cuchillas de la cizalla al compás de la música, para eliminar muescas que pudieran identificarla. A pesar del tiempo que había pasado desde entonces y de que se habían vuelto algo comerciales, el grupo no había perdido la frescura de sus letras, que seguían reflejando la actualidad. Le recordó otros tiempos, cuando aún creía que se podían conseguir cosas repartiendo panfletos e informando a la gente. Terminó de limpiar las herramientas con los auriculares puestos, antes de guardarlas en un agujero a ras del suelo, disimulado tras el zócalo, bajo el cartel de la película *Scott Pilgrim contra el mundo*. La batería y las guitarras rabiaban, el teclado y la fanfarria sonaban a ritmo de *ska*, mientras toda la flota de camiones de Granjafría desaparecía entre las llamas, convertida en cenizas.

6

¡Eh, torero!

El martes por la mañana, el comisario De la Mata tampoco fue puntual. A los inspectores no les importó, porque se estaban entreteniéndolo con Andreu Baró, el nuevo subinspector en prácticas, un *mosso d'Esquadra* que intentaba prosperar. Después de escuchar las anécdotas de las cargas en las que había intervenido, Marín decidió darle un consejo. Le dijo que en la Policía Judicial, había que ser más precisos.

—¿A qué te refieres, inspectora?

—A que cuando se comete un crimen, no salimos a la calle y nos liamos a tiros con la gente hasta que damos, por casualidad, con el asesino.

El *mosso* soltó una carcajada. Nadie más se rio.

—¿Lo dices por algo, inspectora?

Marín le miró desde abajo, porque era bajita, aunque tenía más presencia que él. Se acercó medio paso y le dijo:

—Lo digo porque he visto en YouTube como pegáis a la gente que no ha hecho nada, salvo permanecer sentada. Lo digo porque aunque haya un uno por ciento de manifestantes que os tire piedras y os escupa, el noventa y nueve por ciento restante, son ciudadanos inocentes ejerciendo un derecho constitucional.

—Nosotros cargamos cuando nos lo ordenan y esos vídeos no muestran el contexto, solo enseñan lo que les interesa a ellos.

—¿A ellos? ¿Quiénes son «ellos»? ¿El enemigo? Esos vídeos muestran que hay policías pegando a gente desarmada en un país democrático. No hace falta interpretar nada. Cargáis indiscriminadamente sobre personas indefensas porque no os enseñan a discernir y actuáis como borregos —eso le tocó la fibra al madero, que apretó los puños y torció la cabeza como si fuera a embestir. Marín le miró con incredulidad—: ¿Vas a pegarme, machito? —El subinspector en prácticas no sabía qué hacer con tanta energía contenida. Parecía que iba a explotar—. ¿No tenéis a compañeros infiltrados entre los manifestantes para identificar a los traviesos? ¿Qué sentido tiene si-no-vais-a-por-ellos-y-solo-a-por-ellos? ¿Por qué seguís pegando a la gente cuando ya está inmovilizada en el suelo?

—Inspectora, esta conversación es absurda. Yo recibía órdenes del jefe de grupo, y tenía que cumplir. Eso es lo que me enseñaron.

—Claro, y el jefe de grupo de un político que no estaba allí. Así podéis justificaros todos y dormir tranquilos. Pues entonces volvamos al principio, subinspector Baró: en el Grupo de Homicidios de la Policía Judicial, que es dónde estás ahora, hay que ser analíticos y aprender a diferenciar. Lo cuestionamos todo, hasta las órdenes, si es preciso, pero nunca agredimos a un ciudadano, ni lo

detenemos sin pruebas.

De la Mata estaba en el vano de la puerta escuchando, agarrando el pomo con una mano, pensando que Marín era un poco inocente, porque la teoría y la práctica, el código y la calle, a veces no concuerdan. ¿Qué era eso de que no se detenía a ciudadanos sin pruebas? Él mismo había encerrado a gente, impulsado por una sospecha que resultó estar mal fundamentada. Y Barba y Utrero, seis de lo mismo, y no digamos Garrido, que ha batido todos los récords. Ella era cauta, sin duda, y de momento siempre había actuado respetando el procedimiento, lo que la volvía efectiva, pero lenta.

—Bueno, niños, se acabó el recreo —llevaba bajo el brazo una copia de cada expediente—. Marín, ¿tienes el caso cerrado?

—Y el informe casi terminado, comisario.

—Así me gusta. Dámelo dentro de media hora. Este nuevo caso es para ti. Ha aparecido un torero asesinado en su propia finca, en Lorca. Pinito de la Vega se hacía llamar en sus buenos tiempos, porque se encontraba retirado desde hacía cuatro años. Le han hecho todas las perrerías que les hacen a los toros, incluido lo de la puntilla y el sable. Le han cortado las dos orejas y el rabo, y la cabeza la han puesto de adorno en la pared, con un *post-it* en la boca que pone «Torero Asesino», escrito con rotulador. En la pared opuesta han pintado con *spray* verde y amarillo el símbolo anarquista con una L y una F rellenando los huecos de la A.

Todos miraron las fotos. Al torero no le faltaba detalle, tenía hasta las banderillas clavadas. Estaba de rodillas sobre un charco de su propia sangre, humillado, con las orejas y el pene sobre las manos en forma de cuenco. El estoque le atravesaba la segunda vértebra de la columna, que es donde un buen matador debía clavársela al toro, y le sobresalía por el abdomen. La cabeza se encontraba en la pared de trofeos, con la montera puesta y los ojos muy abiertos untados de vaselina.

—¿Alguna pregunta, Marín?

—¿Por qué la vaselina en los ojos?

—Aún no se sabe. El forense estará allí en estos momentos. Ve tú misma y pregúntaselo a él. Seguro que te da más de una respuesta... —Y rio para sí mismo con su ocurrencia—. Ah, el subinspector Andreu Baró será tu compañero. Ponle a trabajar y haz que aprenda el oficio. Bienvenido, Andreu. Vas a investigar con una inspectora de primera. Aprovéchalo.

El *mosso* movió la cabeza y compuso una expresión entre la alegría y el llanto. Presa de emociones encontradas le tembló la barbilla, pero consiguió contenerse.

—¿Alguna pregunta? —Ese día le había dado por la coletilla de la pregunta.

—No, señor.

El comisario miró a Barba y a Utrero. Barba y Utrero se miraron. La comparación del ADN había dado negativa y el caso se iba al garete. Pero sabían qué la mujer era culpable de algo. Lo llevaba en la cara.

—Pues entonces tenéis que coger el caso desde el principio y centraros en otras

cosas que no sean la mujer propiamente dicha. Volved a mirar el seguro, la herencia y las cuentas bancarias. Cotejad bien las fechas y las cifras, buscad relaciones e incongruencias. Mirad los mensajes y correos de nuevo, los del marido y los de ella, los analógicos y los digitales, de antes y después de la muerte. Si es culpable y lo hacéis bien, algo os saltará a la cara y os conducirá hasta ella.

—¿Tenéis preguntas?

Garrido le dijo que había mandado una copia del caso a Estupefacientes y que el informe estaría terminado por la tarde, después de la siesta. No tenía ninguna pregunta. Al comisario no le hizo gracia la impertinencia y se lo hizo saber ladeando la cabeza con un gesto afilado que todos pudieron ver.

Proaza estaba pensando en cómo sería la acción que los animalistas iban a llevar a cabo en Murcia y en cómo sería llegar allí y no encontrar a Tati, cuando la mirada del comisario le pilló por sorpresa. Tuvo que rascarse una oreja y reacomodarse en la silla para ganar tiempo mientras salía del trance.

—¿Me has oído, Juanito?

—Sí, señor. La que le envió el mensaje era su novia, después de haber roto con él. Ella es activista por los derechos de los animales y esto parece más bien un caso de tráfico de órganos. A Gustavo Alveroa le robaron el corazón, al parecer, para un trasplante ilegal.

Fue el silencio más espeso del mes, y el más recordado posteriormente. Todos miraban al inspector, esperando que explicara con todo lujo de detalles, cómo había llegado a ese veredicto en tan solo veinticuatro horas. El joven inspector lo explicó con soltura, dejando claro que las evidencias en las que se apoyaba se las había proporcionado el forense.

—¿Has hablado ya con Tati? —preguntó Garrido y aclaró—. La del mensaje cabreado.

—Estoy en ello.

—¿No se te habrá escabullido?

—Pues no... —Y contó a grandes rasgos la entrevista con los padres y el jefe de Gustavo, el padre de Tati, los comentarios de sus amigos en la casa okupada y lo que averiguó en el garaje de los colegas de Gus; no mencionó a la cotilla ni el incidente de la tabla rota—. Dentro de un par de horas la veré junto a la Plaza de Toros de Murcia. Estará participando en un acto autorizado contra la tauromaquia.

—¿No es mucho suponer que Tati esté allí, esperándote para que la interrogues? —se cachondeó Garrido.

—Ya verás como está... —Entonces recordó el CD que les grabó y le dijo bajando la voz—. Oye, Paco, muchas gracias por la recopilación de parte de Virginia. Nos reímos un montón.

—¿Nada más...?

El inspector jefe Marcelino Barba, con su cara de granito, los observaba cuchichear sin exteriorizar nada. Su falta de expresión le ayudaba a permanecer

invisible, como una estatua que de tantas veces que has visto ya ni la miras. El comisario dijo: «Ale, ale, a trabajar...» y se fue a su despacho. Marcelino no se movió; Adolfo mareaba la ceniza del cenicero con el extremo de un lápiz; Proaza y Garrido seguían con sus cuchicheos y con sus risas; Marín salió mosqueada de la sala con el nuevo expediente en la mano, seguida por Andreu Baró, un metro más grande que ella, sumiso como un perrito.

Una hora después, la inspectora Marín y el subinspector Baró contemplaban la escena del crimen en El Burladero, el nombre que el torero había dado al cortijo. Los agentes de la Científica, vestidos de blanco, espolvoreaban los muebles concentrados en su tarea, aislaban huellas, pasaban la torunda, recogían sus muestras, de pie y en cuclillas, etiquetando y guardando bolsitas e inspeccionando minuciosamente todas las superficies sospechosas. El secretario judicial y el forense, hacía un buen rato que habían abandonado la casa. Dos agentes de la Policía Nacional custodiaban la entrada y la salida. Los atendía Jacinto Montero, el hermano mayor de la víctima, un tipo grande y seguro de sí mismo, un ganadero que había abandonado la cría del toro de lidia por el comercio de la carne para el consumo, mucho más seguro y lucrativo. Era uno de los principales proveedores de Granjafría y quería ampliar el negocio para abarcar un poco más. Esa era su forma de mantenerse vivo, porque un hombre sin ambición es un timorato y un mierda, según afirmó. Por eso no se casó, para que nadie pudiera mangonearle, ni en los negocios, ni en la vida. Y para lo demás están las putas.

—Vivimos tiempos de duelo para La Fiesta. Todos esos maricones, defensores de los animales, desprecian la tradición y están a punto de acabar con ella —dijo de un tirón—. Antes, esta profesión era respetada, salías a la calle y la gente te saludaba con auténtica alegría; ahora cualquier *hippy* te llama asesino si te reconoce. Se creen valientes porque se desnudan en la calle y se untan con pintura roja para llamar la atención. Qué sabrán ellos lo que es el valor: plantarse delante de un toro a pecho descubierto y mirarle a los ojos sin pestañear. Se llaman pacifistas, pero solo son unos sensibleros y unos cobardes. Por eso le han atacado así, a traición, en la intimidad de su casa. No es justo, inspectora, que los asesinos de mi hermano anden sueltos por ahí...

—Les cogeremos —aseguró Marín.

—Dios, que lo ve todo, acabará por impartir justicia —sentenció la asistente.

—No me cabe la menor duda —dijo Marín siguiéndole la corriente—. Su hermano, ¿tenía enemigos? ¿Algún competidor? ¿Había alguien más en el cortijo ayer por la noche?

—Ni enemigos, ni competidores. Él solo tenía admiradores de su arte. Era una buena persona y un matador de toros *arrojao*, como pocos.

—No me ha contestado a la tercera pregunta.

—Perdone, no la recuerdo...

—¿Había alguien más en el cortijo entre las doce y las tres de la madrugada?

—Nadie más. El pobre hombre vivía solo, con sus trofeos, sus recortes de prensa y sus fotografías. Ya nadie se acordaba de él, ni siquiera le escribían. Es como si todos hubieran olvidado la aportación que hizo a la cultura del toreo, su famoso molinete.

—¿Cómo era la relación con su hermano?

—Cordial, muy cordial. Era el pequeño, por Dios. No estará insinuando, aquí con mi hermano de cuerpo presente...

—Yo solo recojo información. Es usted el que ha hecho la insinuación. Cuénteme cómo era su relación. ¿Se veían a menudo? ¿De qué hablaban cuando estaban juntos? ¿Le notó asustado últimamente?

—Estaba cabreado porque unos gamberros le habían pintado la puerta de los establos. Escribieron que era un asesino y que iba a pagar por ello. Esos del FLA se la tenían jurada.

—¿Sabe lo que significan las siglas?

—Frente de Liberación Animal —ahí se le agrió la expresión—. Unos payasos que saben de animales lo que otros les cuentan. Otros de la misma calaña que ellos, claro. ¿Han hablado con toreros y ganaderos? ¿Han preguntado a un mayoral, que cuida y da de comer a cien animales a los que conoce por su nombre? Mientras ellos se dedican a pintarrapear las fachadas de las plazas, los ganaderos cuidan de sus camadas, que de no ser lidiadas morirían sin gloria en el matadero. Mi hermano, de chaval, mientras ellos se comían los mocos, hacía autostop para ir a los tentaderos, persiguiendo un sueño que consiguió convertir en realidad. Así es como se forja un hombre.

La inspectora le reprendió con la mirada, porque nuevamente había dejado una pregunta sin responder.

—¿De qué solían hablar?

—Yo intentaba animarle. Era mi hermano pequeño y quería hacer negocios con él. La emoción de la lucha es lo que mantiene vivo al hombre. Hay que moverse, avanzar, cambiar, le decía, pero él no quería salir de su agujero. No pude convencerle y cayó en depresión. Cuando le pintaron los establos se estaba recuperando gracias a los cuidados de Brunilda. Se encontraba retirado y no molestaba a nadie. No le veo ningún sentido a esta salvajada.

—Le pregunté antes si le notó asustado.

—A mi hermano no le asustaba nada.

Marín no le quitaba ojo, y grababa la declaración con el móvil para no perder detalle.

—¿Y...?

—Nos veíamos una vez a la semana, a veces dos. Brunilda le atendía. Se encargaba de cuidarle, de sus medicinas, de la comida.

—¿Estaba enfermo?

—No. Bueno, sí. Se estaba medicando —esto era peor que un examen, pensó el

ganadero, que se iba calentando y le estaba entrando la mala hostia.

—¿Por qué motivo?

—Tenía depresión, como ya le he dicho.

—¿Le preocupaba algún nuevo asunto?

—Yo creo que por ahí no va bien, inspectora. A mi hermano no le preocupaba ningún asunto porque nada le importaba ya desde que abandonó los toros. La emoción, el miedo y la duda de cada corrida le ayudaban a vivir. Era como una adicción. El toreo le llenaba tanto que cuando lo dejó se encontró sin saber qué hacer, con su desazón y su zozobra a cuestas. Siempre estaba triste. Yo intentaba atraerle a mi círculo, los negocios, para que se sintiera vivo de nuevo. Habríamos hecho un excelente equipo, él valiente y artista, yo estratega. ¿Sabe que Lorca es la tercera ciudad más importante de la región? Su economía se basa principalmente en la agricultura, pero ojo, que la ganadería porcina y la industria derivada también tiene su peso. Podríamos haber formado la empresa de elaborados cárnicos con más volumen de venta de la zona, los proveedores de toda la carne de Granjafría. Yo le contaba todo esto, pero él ni siquiera me escuchaba, porque quería conservar la dehesa como campo bravo, en plan romántico, a pesar de que se estaba llenando de matorrales y árboles nuevos. Un sinsentido, porque ya no había toros pastando y corriendo por allí. Fingía que me atendía, pero yo veía que estaba deseando que me largara para seguir con sus manías y sus cosas.

—¿De qué manías estamos hablando?

—¡Oh, nada serio! No vaya a pensar cosas raras.

—¿Nada serio?

—Bueno, fumaba marihuana —movió la cabeza y se encogió de hombros, como dando a entender que eso era cosa de críos—. Le pillé algunas veces fumando y ya ni siquiera disimulaba cuando nos veíamos. Tenía unas cuantas plantitas, ahí en el jardín. Él decía que le hacía más llevadero lo suyo.

—¿Qué es lo suyo?

—El cáncer que creía tener, porque mi hermano era hipocondriaco y cada mes tenía una enfermedad diferente. La única que no se inventó fue su depresión. Él decía que la marihuana le ayudaba a seguir adelante. Yo lo entiendo, a mí también me ayuda a seguir adelante mi coñac de las cinco.

—¿Tomaba antidepresivos?

—Se tomaba todo lo que le daba Brunilda, cada pastilla a su hora y las gotitas en la leche. En eso esta mujer no le ha dejado pasar ni una, y además cocina estupendamente. Es chilena, ¿sabe?, y hace una paletilla al horno, con una salsa de por allí, que está para chuparse los dedos. ¿No quieren quedarse a comer?

—Muchas gracias, pero tenemos trabajo.

—Pues ustedes se lo pierden. ¡Qué paletilla! Brunilda, ¿me preparas una con mucha salsita?

—¿Tendré que dejar mi puesto, señor? —Desde el umbral del salón la criada le

miraba con una mezcla de pena y desprecio, sin ocultarlo.

—No creo que sea necesario, Brunilda. No debes preocuparte por eso, porque alguien tiene que cuidar de esta casa.

Más relajada, la asistente hizo una reverencia a medias, se retiró a comprobar lo que hacían esos tipos misteriosos de los maletines y a preparar la paletilla, con algún que otro escupitajo, para darle cuerpo a la salsa.

Antes de salir, Marín confiscó un diario que el hermano del ganadero guardaba en un cajón de su escritorio y observó la escena de nuevo desde distintos ángulos. El torero estaba vestido de luces, con la insignia de la ganadería y cinco banderillas clavadas en la espalda; la sexta se encontraba tirada en el suelo. La camisa blanca y toda la pechera del chaleco estaban empapadas de sangre. Las manos se las habían colocado mostrando una ofrenda, las orejas y el pene del torero. Muy elaborado le parecía a ella. Tenía marcas en las muñecas, posiblemente de bridas, algunas uñas las tenía partidas y con costras de sangre. ¿Se había resistido? El estoque le sobresalía del abdomen y se le clavaba en el muslo, apuntalando el tronco para mantenerlo erguido. Se acercó lo que pudo, evitando pisar el charco de sangre. La puntilla la tenía clavada en el cuello, por debajo del corte; la cabeza se encontraba un metro más arriba ensartada en la pared, adornando el pabellón de trofeos, con la montera ladeada, los ojos entreabiertos cubiertos de vaselina y un *post-it* amarillo pegado en la boca acusándole: «Torero Asesino». En la pared de al lado habían escrito «FLA», con una letra distinta. Necesitaba tener la escritura de esos dos. Sacó su espejo de mano fingiendo que se le había metido algo en el ojo, pero lo que en realidad le interesaba era ver el reflejo de ambos cuando creían que nadie los miraba, por si captaba algún gesto o algún tipo de seña. Después de observarlos sin resultados, se retiró una mota de rímel imaginaria y guardó el espejo en el bolso. Miró una última vez al hermano, que se aclaró la garganta e intentó sonreír justo en ese momento, pensando que ya se iba la pesada de la inspectora, pero no, porque aún le pidió que anotara la dirección postal de su empresa y el *e-mail* en una tarjeta, por si tenía que visitarla o ponerse en contacto con él. Se despidió de la mujer: «¿Y lo van a dejar todo así, manchado de polvos...?». «Son pruebas, Brunilda. De momento no toque nada», y la hizo escribir su nombre y su teléfono en la misma tarjeta, que guardó en el bolso por si necesitaba llamarla. En la cocina, Marín percibió un olor acre que no supo reconocer. Cuando le preguntó a Brunilda, esta le contestó que se trataba de uno de los ingredientes de la salsa, el aceite de rosa mosqueta. Abandonó el cortijo, seguida por el *mosso*, que no había abierto la boca ni aportado una idea.

Marín se lo dijo.

—No sabía lo que esperabas de mí, inspectora. Me he limitado a escuchar y a aprender, como ordenó el comisario.

—Entonces hiciste bien. Somos sabuesos y seguimos un rastro, no lo olvides. Lo que espero de ti, es que actúes en consecuencia. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Creo que sí. Te expresas con mucha claridad.

—Pues, entonces, vamos a ir a ver a Luzón.

—¿Quién es Luzón?

—Gonzalo Luzón es el patólogo forense.

Proaza conducía su Opel Corsa por la A-3, escuchando un debate radiofónico sobre la crisis. Estaba cansado de oír siempre lo mismo: que les habían timado unos banqueros ambiciosos, que les seguían engañando a través de sus amigos en el gobierno y que las cosas iban a seguir así durante el tiempo que fuera necesario, porque los que mandaban, así lo habían decidido. Se preguntaba qué tipo de gilipollas se queja de lo que ha elegido él mismo. De ahí pasó a preguntarse qué cosas había elegido él, realmente, y así pudo elaborar una lista mental de las que podía quejarse y otra de las que no... Como se conocía, antes de empezar a pensar en círculos y acabar mareado apagó la radio y puso un CD de Paradise Lost. Nick Holmes le atrapó y lo introdujo en su mundo de metal gótico; al compás de su voz de ultratumba, las guitarras de Mackintosh y Aedy, ametrallaban las banderolas de los campos de golf que se cruzaban en su camino. Solo así pudo olvidarse de todo hasta que llegó a su destino.

La Plaza de Toros de Murcia se encuentra en la Ronda de Garay número 48. Es un edificio del siglo XIX, formado por un polígono de ochenta lados, tres de los cuales, forman el cuerpo central, donde se encuentra situada la entrada principal, que era el lugar donde se iba a realizar la acción. Antes de aparcar el coche, el inspector comprobó que había cierta expectación alrededor de la verja. Las cámaras de 7RM, la televisión autonómica de Murcia, cubrían el evento; había, además, corresponsales de *La Verdad* y de *La opinión de Murcia*, el periódico digital de la región. Aparcó el vehículo en una calle no muy cercana, para evitar posibles daños si había disturbios, y fue caminado hasta la entrada, donde habían extendido una enorme lona blanca sobre la que los animalistas permanecían tumbados en silencio, vestidos únicamente con ropa interior negra, unas banderillas pegadas a la espalda y sangre pintada. En el perímetro de la acción, algunos estaban sentados, con las piernas cruzadas o sobre los talones, sujetando la consigna «Tauromaquia Abolición», escrita en diferentes idiomas sobre el logo rojo y negro de *Animal Free*. Entre los que no participaban directamente en la acción observó algunas camisetas donde se sugerían con diferentes argumentos que se hiciera vegano. Los activistas gritaban consignas antitaurinas: «Ni Matadores, Ni Mataderos», «La Tortura no es Cultura». Los taurinos les increpaban: «¡Mariconas!». «¡Guarros!». Dos lecheras repletas de antidisturbios parecían proteger la puerta más que a la gente. Entonces la vio, cubriéndose el pecho con el cartel. Su mensaje decía: «Zezenketaren Kontra». La miró con disimulo, pero ella no dejaba de seguirle con los ojos y así supo que le había reconocido.

Estaba llorando.

Cuando terminó la acción, ya vestida, en lugar de huir, fue ella la que se dirigió hacia dónde se encontraba el inspector, seguida por sus dos perras, que habían estado al cuidado de Marisa, la okupa que le curó la pierna la tarde del lunes. Tatiana Rodríguez era una chica de estatura media, delgada, con el pelo rojo ondulado, la piel clara y los ojos verdes. En su vestimenta podía apreciarse que cumplía con todo el *pack* anarquista, incluido el parche de lona del FLA cosido en la riñonera. Transmitía una gran energía y seguridad en sí misma y tenía una belleza natural. Te miraba con arrogancia, como si se las supiera todas, disimulada bajo una capa de falsa humildad. Llevaba un libro de Jonathan Safran Foer en la mano. Proaza leyó el título: *Comer animales*. Tati se detuvo ante el policía y le soltó a bocajarro: «Tú eres el que quiere hablar conmigo, ¿no?». Las perras, cada una a un lado. Luna, un chuchó con el pelaje blanco y manchas marrones, movía el rabo, la lengua le colgaba a la derecha de la boca y parecía contenta, pero Venus, una mezcla de podenco y pastor alemán de color canela estaba tensa, con la mandíbula apretada, mirándole fijamente, olfateando su miedo.

Se sentaron en una terraza, bajo una sombrilla que los protegía del sol, para estar más cómodos y poder hablar tranquilamente. Pidió un café con hielo y ella un mosto y un cuenco de agua para las perras, que no se sentaron hasta que se comieron el aperitivo de Tati. Sabía lo que le había pasado a Gus, sí, porque la puta de su madre la había llamado esa misma mañana y se lo había contado, echándole la culpa de todo a ella. «Decía que lo habían matado mis perras, que yo era una salvaje y que ojalá me pudriera en la cárcel». Todavía no podía creer que Gustavo estuviera muerto. Le tembló la barbilla. «¡Estate quieta, Venus!». Proaza intentaba no mirar a la perra, por si se mosqueaba, pero como no quería parecer insensible con los animales, acarició a Luna, que se dejó hacer encantada. Venus levantó la cabeza y le mostró los colmillos. El inspector retiró la mano como si le hubiera dado un calambre.

—Deberías acariciar también a Venus, para que no se sienta celosa.

—Oye ¿puedo hablar tranquilamente? —El jadeo de los animales le distraía y le inquietaba—. Tengo la impresión de que tu perra está a punto de atacarme cada vez que me muevo.

—No te preocupes, que estando yo aquí, jamás te hará daño. Lo que pasa es que es joven y está alerta.

—¿Alerta, por qué? La otra también es joven y está relajada, ¿no?

—Porque Luna es sumisa y deja que sea Venus la que vigile la manada.

—¿Una manada de dos? —A Proaza se le puso una sonrisa un poco tonta.

—Una manada de tres, donde yo soy la hembra dominante.

—O sea, que tú eres la dueña, la que manda —intentaba comprenderlo en sus propios términos.

—Yo no soy la dueña de nadie. Ellas son mis compañeras.

—Ya. Lo que no entiendo es cómo habéis llegado a ese acuerdo. ¿Os habéis

sentado y lo habéis decidido entre todas? —Tati soltó una carcajada—. Quiero decir, ¿cómo sabes que un día no va a cuestionar la jerarquía y te va a arrebatarse el mando y a lo mejor una mano?

—Lo hace constantemente, pero yo no lo permito.

—¿Qué es lo que hace constantemente, cuestionarte o morderte la mano?

—Intentar imponerse. Eres muy gracioso, ¿lo sabías?

—Vaya vida tranquila, ¿no?

—Es una vida maravillosa. Soy libre y puedo hacer lo que me dé la gana. Tengo excelentes amigos y dos compañeras que me quieren y me protegen.

—Y eres jefa de una manada.

—Eso también —la sonrisa de Tati ya no fue tan auténtica. La gracia estaba dejando de tenerla—. Pero no se trata de un cargo, tal como lo das a entender, sino de una responsabilidad.

—Si alguien estuviera muy enfadado contigo y te atacara, ¿cómo reaccionaría Venus? ¿Mordería al agresor? ¿Luna haría manada con Venus o con Gustavo? Porque Gustavo también formaba parte de la manada cuando estaba contigo. ¿O no?

—Vaya, vaya, con el inspector. ¿Así que es ahí donde me querías llevar? Supones que cuando Gustavo y yo rompimos, tuvimos una discusión acalorada, y no fue así.

—¿Ah, no? ¿Y este mensaje que le enviaste? —Le tendió una copia impresa.

—Eso fue por lo del cochinito, para intentar que se pusiera en el lugar del animal y entendiera lo que había hecho.

—Lo que hizo fue ir a un restaurante a comer. ¿Es eso tan grave?

—Teniendo en cuenta toda la información que conocía sobre ese tema, y desde nuestro punto de vista, sí. Él sabía lo que hacía, me lo ocultó y me enteré porque se le escapó a su padre.

—¿Me contestas sinceramente a una pregunta, Tati? Quiero entender la manera de pensar de un vegano, pero no lo consigo porque no termino de ver dónde está el límite.

—Porque no lo hay.

—¿Entonces, ser vegano es como pertenecer a una secta o algo así?

—¿De qué hablas? Aquí cada uno va por su cuenta. No es un credo, es una actitud que tomas ante la vida. ¿Qué pregunta era esa que querías hacerme?

—¿Me verías como un asesino si te digo que el domingo comí una ración de calamares?

—No lo sé. ¿Era necesario matar a ese animal? ¿Qué es lo que piensas tú?

—Pues que nos estamos desviando. Estoy tratando de encontrar a las últimas personas que vieron a Gustavo. Dices que la ruptura no fue dramática. ¿Cómo reaccionó él?

—Yo no he dicho que no fuera dramática. Gustavo no paró de llorar, Venus y Luna le lamían intentando consolarle, pero yo ya no quería estar con él. Ya no había conexión, ¿entiendes? Mi idea de un compañero con el que compartir el día a día no

es precisamente una persona que me miente y piensa con el paladar. La mentira es una traición y Gus lo había hecho de la peor manera posible. Le dejé en el chiringuito tomándola y a pesar de que estaba hecha una mierda, me fui a un concierto con mis colegas. La verdad es que estar distraída me ayudó a sobrellevarlo bastante bien.

—¿Qué fuisteis a ver?

—A Extremoduro.

—¿Y a qué hora dejaste a Gustavo?

—Sobre las siete de la tarde del viernes.

—¿Dónde está ese chiringuito?

—En Los Alcázares.

—¿Había allí alguien que conocierais?

—Yo no vi a nadie, desde luego. A lo mejor Gus, que era del pueblo, pero no me comentó nada.

—¿Viste algo que te resultara extraño?

—¿Cómo qué?

—Algo que te llamara la atención. Ando un poco perdido y, si te soy sincero, no sé por dónde tirar.

—Era viernes por la tarde... —Tati pareció concentrarse—. Estábamos allí sentados, tomando unas cervezas. Venus y Luna, tumbadas a nuestros pies. El camarero nos puso marineros de aperitivo, porque dijo que se le habían acabado las anchoas. Le dije que no comíamos carne y él respondió que los boquerones no eran carne. Se los llevó de vuelta y nos trajo unos tacos de tortilla. Estuve a punto de decirle que no comíamos huevos, pero me callé, porque al tío no le hizo gracia llevarse los marineros de vuelta y sabía que no lo iba a encajar bien. Se los dimos a las perras.

—Tienes buena memoria.

—Fue un día intenso y lo recuerdo todo con claridad. Gus estaba sentado frente a mí, yo tenía el mar de cara. Hacía mucho calor... Me quedé con él intentando consolarle, hasta que un idiota encendió un petardo y tuve que irme, porque a Venus le asustan y se pone a llorar. No recuerdo nada extraño.

Cuando Tati se marchó, Proaza se quedó a terminar su bebida y pedir otra más, porque el calor era insoportable y no le apetecía exponerse al sol. La vio alejarse, con Venus y Luna trotando a su lado, acariciándolas y prestándoles continua atención. Al pasar junto a una ventana, la activista se paró, se aseguró de que nadie la veía, abrió la puerta de una jaula de alambre que estaba sobre el alféizar, sacó con mucho cuidado al pajarito verde que había dentro y lo echó a volar. Miró al inspector, se encogió de hombros y le saludó con la mano, sonriendo.

Marín y Andreu observaban el cadáver del torero, desnudo sobre una fría mesa de acero, ella con la boca cerrada y él con la boca abierta. El forense simpatizaba con el subinspector en prácticas, porque conocía la mala leche de la inspectora y porque su expresión contenida indicaba que ya había empezado a experimentar en sus propias carnes.

—Esto que tenemos aquí —dijo señalando el pegote de vaselina—, es una distracción.

Cómo la inspectora se conocía el guion y le apetecía ir directa al asunto, preguntó:

—¿Otra distracción más?

—No se cachondee, Marín. Se dice que, antes de salir al ruedo, a los toros les echan vaselina en los ojos, para dificultarles la visión. También que los golpean en los riñones y en los testículos para debilitarlos —señaló las marcas de tortura en los riñones y genitales del torero—. Que los pinchan con agujas estambreras para disminuir su fuerza —contaron treinta y dos pinchazos—. Que les tapan la nariz con estopa, para provocar que jale el aire por la boca y se canse antes —la estopa extraída estaba junto a la cabeza—. Todo esto, según dicen los expertos, son leyendas urbanas, aunque los animalistas afirman que es cierto. Pero eso en este caso es irrelevante, porque el *quid* de la cuestión es que se trata de una distracción muy elaborada —les contó que la cabeza la habían cortado con un hacha, de dos o tres golpes, probablemente; que las orejas y el pene se los había amputado con un cuchillo curvo muy afilado y que el hombre había sufrido lo suyo antes de morir—. ¿Quiénes utilizan cuchillos tan afilados y efectúan unos cortes tan precisos? ¡Si lo tienen chupado!

—¿Y lo de la distracción? —Marín se impacientaba—. ¿Me lo va a explicar o es el enigma del día?

—Acabo de explicárselo. ¿Es que no me escucha, inspectora?

—Han disfrazado la escena para ocultar uno o varios hechos punibles —aclaró el *mosso*.

—¡Coño, la explicación del manual! Veo que al menos hay alguien atento. Gracias, Andreu —señaló con el dedo el ojo del torero—. Para ocultar que le habían extraído las córneas le echaron el pegote de vaselina y para camuflar eso, añadieron todos los demás elementos: nariz tapada, agujas, golpes... ¿Me siguen o voy demasiado deprisa? Si a todo eso le añadimos que vestía de luces y que pasó por todo el proceso por el que pasa un toro de lidia: el sello clavado en el lomo, la suerte del picador, las seis banderillas, el estoque en la vértebra correcta y la puntilla en la nuca; que le cortaron la cabeza y la colocaron en la pared, como un trofeo... No sé usted,

pero yo veo una distracción para ocultar las córneas extraídas y, posiblemente, algún otro motivo que se me escapa, porque hubiera podido ahorrarse el trabajo machacándole la cabeza o echándole ácido en los ojos, que es mucho más sencillo.

—Está claro —se atrevió a decir el *mosso*.

—Es eso lo que me induce a pensar que el motivo se encuentra oculto. No está a la vista, inspectora, así que no lo busque en esa escena tan exquisita.

—¿Y por qué hizo lo que hizo, según usted? —preguntó Marín.

—Ese «según usted», sobra, Marín —ceño fruncido, giro de cabeza a lo De Niro y tono de reproche—. Debería darle pistas falsas para retrasarla, pero Andreu no se lo merece. El asesino le estaba dando una lección al muerto, eso es de cajón. Se enfrentan ustedes a alguien que sabe una barbaridad de toros y tiene acumulado mucho rencor, un artista frustrado, me temo. Mire esto, inspectora, ¿no le parece curioso...? —Y le señaló algo en un riñón—. Estaba desarrollando un adenocarcinoma renal. La mayoría de los tumores renales son asintomáticos y se detectan accidentalmente, como ha sido el caso.

—El ganadero nos dijo que su hermano era hipocondríaco, y que creía tener cáncer —recordó Andreu.

—Pues parece que acertó —respondió el forense—. ¡Mire, mire, Marín! —Dijo, emocionado como un niño, señalando la cabeza del torero—. La vaselina se está derritiendo y se le están cerrando los ojos. ¿No parece que llora...?

Nada más salir de Anatómico Forense, a Marín le entró como una especie de fiebre. Todos los forenses terminan trastornados, así que no trataba de entenderle. Hablar con Luzón solía crisparle los nervios, pero le había hecho enfocar el asunto de una manera que a ella no se le hubiera ocurrido. Aunque la sacara de sus casillas, siempre daba en el clavo el muy cabrón, como si llevara una bola de cristal dentro de ese melón que tenía por cabeza.

—Así que está claro, ¿eh, Andreu? Pues, empecemos entonces. Mientras yo conduzco, vas a llamar a Rosa y le vas a pedir que solicite una orden de registro para Cárnicas El Burladero, en el polígono industrial Los Peñones, en Lorca; quiero que investiguen las cuentas, para ver si tenía problemas de solvencia. Cuando la tenga, que envíe una copia a mi correo y otra al *e-mail* del ganadero. Después, cotejas la letra de esta tarjeta con la de la pared del salón y la del *post-it* —le tendió las fotos del expediente con las pintadas, el diario y una bolsa de pruebas con el *post-it* y la tarjeta dentro—. A ver si encuentras coincidencias.

—¿Tengo que cotejar las del diario también?

—Claro, hombre, así descartamos definitivamente el suicidio —aunque aparentaba estar seria, Marín se reía por dentro—. Dime, Baró, ¿por qué decidiste dejar a los *Mossos d'Esquadra*?

—No puedo hacer dos cosas a la vez, inspectora. ¿Qué te interesa más, el trabajo o el cotilleo? —Marín le contestó que el cotilleo, y el *mosso* le dijo que no fue solo él, que una tercera parte de la Brigada Móvil había pedido el traslado o se lo estaba

pensando—. Había mucha presión. Todo el mundo nos criticaba: si no hacíamos lo que nos mandaban, nos expedientaban, y si lo hacíamos, podíamos vernos imputados en los tribunales, y las sanciones corrían de nuestra cuenta. Además, con el pedazo de número que nos iban a poner en la espalda estábamos vendidos. Era un despropósito.

—Ese número es una garantía para el ciudadano, ese que enseña su identificación cuando tú se la pides. Lo que nunca he entendido —dijo Marín—, es que veinte o treinta tíos hagan correr a miles de personas, por muchos escudos y porras que lleven.

—Yo tampoco. La primera vez que cargué en una manifestación me pareció estar viviendo una escena surrealista. Iba hacia ellos y los veía apartarse a través de la transparencia del escudo, una marea de gente huyendo despavorida, antes de empezar a repartir leña. Me sentí como Moisés en el mar Rojo.

—¿Qué crees que sucedería si al frente de una manifestación se pusieran los que tienen conocimientos de boxeo, artes marciales o algún otro tipo de lucha?

—Pues que nos darían de hostias, eso es lo que sucedería.

Una pausa en la charla, un silencio para asimilar contenidos. Marín siguió con sus preguntas:

—¿Y tus familiares, qué opinan?

—La única que no me juzga es Natalia —se le formó un amago de sonrisa—. Es mi novia, ¿sabe? Mi hermano me mira de mala manera y me llama cabrón, cuando salimos en los telediarios... Mis padres mueven la cabeza con tristeza, haciéndome sentir incómodo —se encogió de hombros—. Joder, si hasta los vecinos murmuraban cuando me cruzaba con ellos. Un día alguien escribió en mi buzón: «Fascista», rascando la pintura con una llave; otro día pintaron en la fachada, junto al portal: «Aquí vive un perro de los banqueros». Si te digo la verdad, inspectora, sentí miedo y tuve un poco de paranoia. Por eso, cuando vi la plaza de subinspector en la Judicial, me la preparé a conciencia y aquí estoy.

—¿Has dejado a toda tu familia en Barcelona?

—Natalia va a venir cuando le cumpla el contrato —ahora la sonrisa le iluminó la cara—. De aquí a mes y medio estaremos juntos de nuevo.

—Ya verás cómo te sientes mejor cuando encierres a tu primer asesino. Es una labor de limpieza y seguridad que la gente suele agradecer.

—Somos como leucocitos, inspectora, detectamos sustancias dañinas en las arterias de la gran ciudad y las neutralizamos.

—Vaya, Andreu, si eres todo un poeta. No me digas que eso venía en el temario.

—No, eso es cosecha mía.

—No me malinterpretes, Andreu, pero creo que con el tiempo hasta puede que me caigas bien —se le escapó una mirada cómplice y le tendió la mano—. Bienvenido al Cuerpo. No te lo dije antes, pero te lo digo ahora.

—Gracias, inspectora, espero estar a la altura. Ya verás como aprendo rápido. ¿Puedo fumar?

—No.

Cometetu.com

A las dos de la tarde Proaza decidió ir a comer en Los Alcázares, al aire libre, en el mismo chiringuito donde Tati se despidió de Gustavo y a pocos kilómetros del garaje donde este solía ensayar con sus amigos. Como la investigación avanzaba, estaba razonablemente satisfecho. No pensó en ese instante en el que tendría que tomar nuevas decisiones que pondrían a prueba lo que iba descubriendo, porque lo que necesitaba en esos momentos, era respirar el aire salado, observar el cielo y el mar y dejar de mirar a la gente que había a su alrededor con ojos de policía. Se relajó. Mientras le servían el menú pidió unas marineras y una Coca-Cola. «Con hielo, por favor», sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y llamó a Virginia para decirle que no le esperara a comer. Después, entró en Google Chrome, escribió «vegano» y el motor de búsqueda le mostró en 0,21 segundos 4 860 000 resultados. Se concentró en mirar los titulares y empezó a informarse.

¿Qué es un vegano?

www.haztevegetariano.com/p/926/que_es_un_vegano

El veganismo es la filosofía y práctica de la vida compasiva. El término «vegano» fue acuñado para distinguir a los veganos de los vegetarianos, aunque los...

Después de leer el artículo, pasó a la siguiente noticia:

Igualdad Animal revela el sadismo y la brutalidad ocultos en la granja de cerdos de El Escobar de Murcia (vídeo)

<http://www.igualdadanimal.org/noticias/6361/detenido-el-encargado-de-las-instalaciones-de-la-granja-el-escobar>

Detenido hoy el encargado de las instalaciones de la Granja El Escobar. Con esta, son ya cuatro las detenciones realizadas por la Guardia Civil a partir de la publicación de las imágenes obtenidas por Igualdad Animal sobre las terribles matanzas llevadas a cabo en esta explotación ganadera.

Le sirvieron dos platos: ensalada y chuletas de cerdo a la plancha con patatas fritas. Bebió un trago de Coca-Cola, cortó un trozo de carne y lo ensartó con el tenedor sobre tres crujientes patatas, rebañó el aceite y se lo llevó a la boca.

«Mmm...». Sabroso. Masticó unas cuantas veces con los ojos cerrados, hasta que a la carne se le fue el sabor y se transformó en un estropajo en la boca. Las patatas ya se encontraban en el estómago, esperando que cayera la siguiente tanda... Un nuevo trago de Coca-Cola y la bola entró. Continuó leyendo más cosas sobre veganos:

La flota de camiones de Granjafría, destruida por una célula del FLA.

por vegans el 3-7-2012 12:45 UTC publicado 3-7-2012 14:05 UTC

Esta mañana ha resultado desastrosa para la factoría de Granjafría en Lorca. A la conocida marca de congelados cárnicos le han quemado todos sus camiones frigoríficos, en lo que ha sido calificado como un salvaje acto de terrorismo. El sabotaje fue perpetrado de madrugada, y ha sido reivindicado por el Frente de Liberación Animal (FLA).

Pinchó en la noticia y la leyó completa. En la misma página había un enlace a otra noticia relacionada con Lorca y el FLA: «Unos laboratorios que testaban los productos de prestigiosas marcas de la industria cosmético-farmacéutica, han sido destruidos por vándalos del grupo terrorista FLA...». ¿Qué estaba pasando? Buscó algo más sobre el FLA pero no encontró nada que fuera tan reciente. Una mosca revoloteaba y la espantó con la mano. ¿Dónde había visto recientemente esas siglas, además de en la riñonera de Tati? Siguió comiendo, pero la carne se había enfriado y ya no le apetecía. La mosca se posó en el plato. Lo apartó a un lado y terminó la ensalada.

Cuando pidió la cuenta le preguntó al dueño si conocía al joven de la fotografía, el de la coleta y la camiseta roja. «¿Lo recuerda del pasado viernes, a las siete de la tarde? —Placa a la vista—. ¿Qué me podría decir de él? ¿Estuvo con alguien además de la chica de la foto o se quedó solo durante todo el tiempo que pasó en el chiringuito?».

—Si me fijé en él, fue porque esa misma tarde, el figura se morreó con dos tías. Una es esa de la foto, un poco seca pero toda una belleza.

—Y la otra, ¿cómo era?

—La recuerdo muy bien. Aunque por aquí pasan muchos pibones, ya me entiende, recuerdo que tenía el pelo negro, recogido, y que era muy guapa. Era bajita, sonreía mucho y andaba muy derecha. Estuvieron hablando y bebiendo. Se besuquearon. Los hay con suerte...

—No lo sabe usted bien —respondió el inspector, sabiendo que no captaría la ironía—. ¿Se fueron juntos?

—Los vi subir a la Volkswagen de la chica, que estuvo parada con ellos dentro durante un buen rato, por lo menos media hora. Como tenía cortinas no se veía lo que hacían dentro, pero ya lo puede imaginar... Después, de pronto, dejé de verla. Ya no estaba. Se fue. Finito. Adiós...

—¿Por qué afirma que la furgoneta era de ella y no de él? —Le interrumpió Juanito.

—Porque tenía las cortinas de nubes azules y rosas y porque estuvo viniendo durante toda la semana, aparcaba la furgo ahí y se sentaba en esa mesa para hablar por teléfono y hacer crucigramas, más tiesa que un palo. Con su moño bien puesto para parecer más alta. Todos los días a la misma hora. El viernes también —cogió la gamuza y limpió el mostrador, aunque ya estaba limpio—. Desde entonces, Eva no ha vuelto por aquí. Se llamaba Eva ¿sabe? De tanto oírla hablar me quedé con el acento. Hablaba como la escritora esa, la chilena que sale por la tele. Sí, hombre... ¿Cómo se llama?

—¿Isabel Allende?

—Esa.

—¿Algo más que recuerde: *piercings*, tatuajes, lunares...?

Tardó un momento en contestar:

—Nada de eso, inspector. Tenía los ojos oscuros, como el pelo, casi podría asegurar que eran negros..., y unos pechos, así como dos pitones, apuntando al respetable —entonces preguntó—: ¿Ha pasado algo?

—Lo siento, pero no puedo responderle —le dio las gracias y abandonó el chiringuito.

Caminó por el Paseo de Manzanares, sin rumbo fijo, dejando que los estímulos playeros acapararan su atención. Cuando se cansó de caminar, giró a la derecha y desembocó en la calle Espejo, buscó un locutorio y se coló dentro a navegar por Internet. Encontró los perfiles de Tati y Gustavo en las cuentas que tenían abiertas en las redes sociales. A Gustavo enseguida le descartó, porque solo hablaba de música, clásicos de los 70 y conciertos inolvidables, fotos de los ensayos y demás; por los videoclips de las últimas semanas, parecía que últimamente le había dado por Muse; compartía selecciones de *upchucky.com*, noticias de *El Mundo Today* y poco más. Lo único relacionado con Tati eran las fotografías en las que aparecía con ella y una sentencia de León Tolstoi, en la que le había etiquetado, remarcando una de las citas más difundidas por los veganos: «Mientras haya mataderos habrá campos de batalla», decía el escritor, y a Proaza le pareció toda una declaración de intenciones. Entró en el muro de Tati y allí la cosa cambió: reseñas de acciones, noticias y eventos antitaurinos, fotos de ella en la cama con sus gatos, fotos con Gustavo y sus dos perras. Había que reconocer que cuando estaba relajada, Venus tenía una cara muy bonita. Se entretuvo leyendo una lista de veganos famosos: Bryan Adams, Carl Lewis, Sinead O’Connors, Elijah Wood, Natalie Portman, Joaquín Phoenix, Steve Jobs... Era bastante extensa, tenía 643 «Me gusta», había sido compartida 78 veces y se utilizaba en las redes sociales para demostrar que se podía triunfar en la vida y que no te volvías idiota aunque dejaras de comer carne, sino todo lo contrario. Le llamó la atención la silueta contrastada de unos niños, con un texto entrecomillado en su interior: «Si no nos dejáis soñar, no os dejaremos dormir». Como era una amenaza y

las amenazas a veces se cumplen, decidió escarbar por ahí. Era una entrada compartida desde *cometetu.com*, un *blog* de noticias antiespecistas y acciones veganas, cuya cabecera mostraba el mandil y las botas de un matarife chorreando sangre. Allí se encontraban las dos reseñas sobre el FLA, editadas cuando solo habían pasado unas horas de los hechos. Las que leyó desde el móvil en el chiringuito eran posteriores a las de este *blog*. ¿Por qué? ¿Es que el administrador del sitio poseía información de primera mano? ¿Podía ser el *blog* del propio saboteador? Miró todas las entradas y le llamó la atención un icono mostrando una llave de boca fija entre dos engranajes, con el título «Pasatiempos». Al pincharlo se abrió una entrada con un código QR, que escaneó con el móvil, pero solo aparecieron unos números que podían ser la contraseña de un juego, el número de serie de un programa craqueado o cualquier otra cosa: «38.481394 0.306685 07072012». Había visto antes las siglas del FLA, durante algún momento de la mañana, pero no conseguía recordar dónde.

El buen doctor

En el Hospital Los Brezos, el anciano recibió la noticia del doctor con resignación. Siempre había tenido mala suerte en la vida y no veía el motivo por el que eso tenía que cambiar precisamente ahora. Antes de marcharse, el doctor le comentó como de pasada lo del «turismo del trasplante», safaris que se hacían en países intermediarios como Sudáfrica, Egipto y Pakistán, donde tal vez podría conseguir un órgano a buen precio. Cuando vio que el interés del anciano afloraba, cambió de táctica y empezó a meterle el miedo en el cuerpo, porque el miedo alimenta el deseo.

—Es mejor que nada y, si sobrevive y todo sale bien, se habrá ahorrado un buen dinero.

—¿Cómo que si sobrevivo?

—Debido a las escasas garantías sanitarias de algunos países, nadie le puede garantizar que no vayan a surgir complicaciones.

—¿A qué tipo de complicaciones se refiere?

—Al VIH o la hepatitis C, por poner solo dos ejemplos.

—Vaya panorama que me pinta, doctor.

—Tenga en cuenta que las condiciones sanitarias de esos lugares no son las mismas que las de un país avanzado, como el nuestro —la mirada del doctor le reprendió suavemente, por no haber sido capaz de deducir algo tan obvio—. Aquí se ofrecen unas garantías que ellos no se pueden permitir. Cumplimos unos protocolos mínimos de, en fin, no quiero aburrirle con tecnicismos.

—¿Pero es que eso se puede hacer aquí?

—Aquí se puede hacer de todo lo que uno quiera, pero con discreción —el doctor hizo el gesto ambiguo de la discreción—. Aunque es más caro.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Por un hígado sano tendría que abonar ciento setenta mil euros. Ahí entra todo, incluida la recuperación, por supuesto.

—Pero ¿eso es legal?

—Mire, se trata de su vida y usted debe decidir sin presiones externas —se levantó del sillón y se puso a su lado, con la mano sobre el hombro del paciente, ofreciendo consuelo profesional—. Medítelo con calma y tómese su tiempo, pero sea realista y no olvide que el cáncer de hígado, de momento, no tiene cura —y negó con la cabeza sutilmente, provocando el efecto de una condolencia.

El anciano se ensimismó unos instantes echando cuentas, tomó nota mental de lo que le había dicho el médico y se despidió de él. Ya no arrastraba los pies como cuando entró en la consulta, lo que era buena señal.

Cuando el viejo se marchó, marcó el número de Eva.

—¡Te he dicho un montón de veces que no me llames Eva por teléfono!

—Sí, ya sé, pero es que los negocios van bien y llamarte Eva me pone. ¿Tenemos un H-G-A?

«Qué sutil era el gilipollas: Hígado del Grupo A, por si los tenían pinchados».

—Lo tenemos... y, si no, lo buscamos.

—Así me gusta, que seas positiva —soltó un beso antes de colgar, tiró el móvil sobre el sillón, estiró los brazos, desperezándose, abrió el cajón nevera del escritorio y se sirvió un generoso *bourbon*, sin hielo, «¡Qué cojones!».

Cómo le gustaba Eva, sobre todo si la comparaba con su mujer, que había empezado a descuidarse. Aquí había un pellizco que le iba a solucionar su problemilla de liquidez y tenía que celebrarlo.

Después de hablar con el encargado del invernadero, Eva también lo celebró. «Tenemos uno, sí», había dicho el hombre. «Un argelino está dispuesto a vender su riñón a cambio de diez mil euros». El temporero ignoraba que acababa de vender el hígado y que de eso no tenía dos. Nunca lo sabría, porque después de la operación no se iba a despertar. Lo importante era que el asunto ya estaba en marcha. Ahora solo tenía que esperar a que el viejo se decidiera. Para matar el gusanillo lio un porro de maría, de la del cortijo, abrió una cerveza y se tumbó sobre la cama, escuchando a todo volumen a The Smashing Pumpkins, pensando en lo bonito que sería tener un hijo con un doctor de verdad. Tendría el futuro asegurado. Si no era con este, buscaría a otro o rompería el condón y no se lo diría, porque llevaba un tiempo sintiendo cómo se le despertaba el instinto maternal y era incapaz de ignorarlo.

Proaza tenía a una joven con nombre y acento chileno en la que centrar la investigación, más una Volkswagen California blanca a la que rastrearía al día siguiente. Era algo, desde luego, o al menos eso quiso creer. A las siete de la tarde, fue a entrenar a su clase de aikido, donde se dio una paliza de hora y media practicando inmovilizaciones. Como hacía semanas que no utilizaba la postura de *suwari waza*, acabó con los aductores tensos y las rodillas escocidas, por lo que se demoró un poco más con los estiramientos al terminar la clase. El profesor se le acercó y le dijo que todavía utilizaba la fuerza muscular, que era mucho más económico y contundente sumar la inercia del contrario a la fuerza de la gravedad. «Te está sangrando la pierna», dijo antes de darle una palmada en la espalda y marcharse a machacar al siguiente grupo de alumnos. Después de la ducha y de curarse la herida que se hizo con la tabla, decidió pasar de la Coca-Cola que solía tomar con los compañeros del gimnasio y regresó pronto al apartamento. Y allí estaba

Virginia, rodeada de cajas con libros y carpetas repletas de dibujos, en la parte más luminosa del salón, donde había montado su estudio: un rinconcito con salamandras sobre las paredes e ilustraciones de Mordillo y Matthews, que te atrapaban con su magia. Después de besarla en la nuca, se le fue la vista al dibujo que había pegado con celo sobre la pared: Arzach, sobrevolando el mundo interior de Moebius en su pájaro lampiño. Estuvieron cenando con el ordenador de Virginia sobre la mesa, viendo los modelos de su nuevo cuento y discutiendo el título. Cuando ya estaban en la cama, cogió la novela que estaba leyendo, pero antes de abrir el libro recordó lo que le había dicho su madre sobre la boda de su prima.

—No pienso ir, Vir.

—¿No fue esa la que te metió mano en una excursión?

Él tenía nueve años recién cumplidos y su prima once. Fue el verano que recibieron la visita de sus tíos y sus primas de Huelva. Toda la tropa: tito Pepe, la tía Remedios, Ana Mari y Rociito, que acababa de nacer. La familia al completo fue a la playa, a poner las toallas, pringarse de crema y asarse a fuego lento, haciendo el recorrido etílico por los chiringuitos, alborotando, porque gritar y divertirse son sinónimos, como todo el mundo sabe. Después de comer, todos cayeron groguis. Mientras el resto de la familia dormía la siesta, Juanito y Ana Mari estuvieron jugando a las cartas en la habitación, en calzoncillos y bragas, porque hacía calor y en esos tiempos no tenían aire acondicionado. Entonces empezó a empinársele el pito y él, como sentía vergüenza y no sabía qué hacer para que no se notara, se metió en la cama, se cubrió con la sábana y se hizo el dormido. Ana Mari se introdujo con él bajo la sábana, silenciosa y decidida, lo abrazó por detrás como una niebla cálida, le plantó la mano en el pito y fingieron que dormían durante un rato.

—Pasé mucha vergüenza...

—Pobrecito. ¿Quién fue entonces la de la excursión?

—Esa fue Belén, la chica nueva que llegó a mediados de curso cuando estaba en 2.º de la ESO. Nos ponía locos a toda la clase. Llevaba falditas, mallas muy ajustadas y unas camisetas muy camisetas. Por si fuera poco, tenía la manía de poner sus cosas en la parte más alta de la taquilla y para recogerlas se ponía de puntillas. Una mañana fuimos de excursión toda la clase a la isla Perdiguera, en el barco que sale del embarcadero de Lo Pagán. Desde el principio le dio por arrimarse al grupo que formábamos el Guille, el Largo y yo, pero siempre a mi lado, rozándose todo el rato y sonriendo de una manera muy rara.

—Es que eres muy mono, Juanito.

—Ya. Estábamos sentados dentro, a la sombra, uno al lado del otro, yo junto al cristal. El Guille y el Largo habían salido a que les diera el sol, porque se estaban quedando fríos o eso dijeron. Entonces, cuando menos lo esperaba, la mano de Belén saltó sobre mi pantalón, de manera casual, como si debajo no hubiera un volcán. Creo que me puse de todos los colores, permanecí ahí quieto, tragando saliva, con la bragueta a punto de reventar y sin saber qué hacer. Cuando regresaron los otros, ella

retiró la mano y pude moverme.

—Menudo mal rato, ¿no?

—No te lo puedes ni imaginar. Me sentí acosadísimo.

—¿Y no hicisteis cositas en la isla?

—Algo hicimos, sí, pero siempre obligado o manipulado por ella. Creo que nos dimos algunos besos, me enseñó lo bonitas que eran sus bragas y poco más.

—¿Os enrollasteis a la vuelta?

—No. Al día siguiente la tomó con el Largo, utilizando el mismo método que usó conmigo.

—Es un método que no falla —la mano de Virginia descendió sobre el objetivo—. Se te está poniendo dura, Juanito. ¿Es un homenaje a Ana Mari o a Belén?

A Virginia la conoció un año después, en 3.º de la ESO. Era el primer día de curso y él estaba sentado en la parte de atrás del aula, solo, en el único pupitre que encontró vacío. La clase ya había comenzado. Don Joaquín, el profesor de Educación Artística y Visual, explicaba el puntillismo, cuando un aroma de vainilla lo envolvió y alguien muy ligero y silencioso se sentó a su lado. Ni siquiera miró a la intrusa, hasta que dijo: «Hola, soy Vir». Él se giró y, al ver la sonrisa radiante de ella, se le iluminó la cara sin poder evitarlo y, sin saber por qué, se sintió feliz y un poco nervioso: «Hola, Jua..., Juanito me llamo», dijo atropellándose, y la sonrisa de ella se hizo más amplia, como si hubiera descubierto una joya en su tartamudeo. Entonces, empezaron a dibujar. Se trataba de hacer un tema libre, usando únicamente puntos con el rotulador. Juanito pintó una nube, porque no se le daba bien dibujar y así no se complicaba la vida, primero a lápiz y después, rellenando con rotulador azul la parte más oscura de la nube, punto a punto. Es una técnica que engancha, porque cuando tienes muchos puntos juntos empiezas a ver los espacios que hay entre ellos y sientes la urgencia de rellenarlos, alejas el dibujo y vuelves a ver espacios... Nunca se acaba. Después de media hora de picotear el papel con el rotulador, estaba satisfecho y un poco ilusionado, hasta que vio el dibujo de ella y se quedó pasmado. Virginia había dibujado la cabeza de un tucán, utilizando magenta, amarillo y azul; superponiendo unos puntos a otros consiguió nuevos colores y un realismo que te impulsaba a querer tocar el dibujo para ver si era cierto que no tenía relieve, «¡Joder!», dijo Juanito, impresionado, y no acertó a decir más. «Te ha quedado muy chula esa nube —dijo ella, sin darle importancia a su dibujo—. Si le pones aquí unas colinas y al fondo la línea del mar...». Le hizo caso en todo, porque ella tenía imaginación y él no, y terminó haciendo un trabajo sencillo, pero vistoso, del que se sintió orgulloso por primera vez en mucho tiempo. Ver a Virginia dibujando le hizo cuestionar su postura de racaneo en clase, porque se dio cuenta de que podía disfrutar si vivía cada trabajo como un juego o un reto. Una tarde, cuando salían del instituto, después de la clase de Biología, ella dijo con una extraña intensidad en los ojos: «Mola aprender cosas, ¿a qué sí?». Y él dijo que sí, porque detrás de todo lo que decía Virginia, siempre había fuerza y seguridad. Entonces, sin venir a cuento, le preguntó si todavía no se había

dado cuenta. «¿De qué...?», quiso saber él. «De que estamos hechos el uno para el otro», respondió ella, como si fuera la cosa más divertida y evidente del mundo. «Yo lo tengo clarísimo, no sé tú». «Yo también», dijo él, sin saber en lo que se metía, y le embargó una inmensa alegría por tener la suerte de compartir con ella esa revelación. A partir de ese día, cuando se miraban, siempre sentía lo mismo o el eco de lo mismo, como si le hubieran colocado en el pecho un receptor que reaccionaba únicamente a los estímulos de ella. Aunque sus compañeros de clase llevaban meses considerando que estaban enrollados, la primera vez que se besaron ya estaban casi a mitad de curso y quedó conmocionado durante todo el día, porque, aunque había estado con otras chicas, nunca había experimentado nada igual. Juanito enmarcó la cara de Virginia con sus manos y la miró como el tesoro que era, sin atreverse a besarla de nuevo para no dejar de mirarla. «Esto es amor», dijo ella, que parecía saberlo todo mejor que él. Desde entonces, nunca había querido a nadie como a Virginia y no concebía la vida sin ella. Algo muy fuerte les mantenía unidos y en sintonía, algo más poderoso que la simple atracción física. Podían estar una semana, un mes o un año sin verse y, cuando se encontraban de nuevo, era como si nunca se hubieran separado, porque cuando no estaban juntos el tiempo era vano y corría de otra manera.

Esa noche no había ni pizca de brisa y el calor era insoportable. Cuando Virginia se quedó dormida, él aún seguía dando vueltas, con el cuerpo empapado en sudor y las siglas del FLA dentro de su cabeza, emitiendo un mensaje intermitente. Dejó la novela sobre la mesilla de noche y apagó la luz. Pasó el camión de la basura y, con el ronroneo, se olvidó del tema y se quedó dormido.

Ecotage

En la mochila llevaba una camisa violeta, un *spray* de pintura roja, un martillo con punta de diamante, un tirachinas, tuercas, silicona, un *edding* 800 negro y un montón de pegatinas que fue distribuyendo pacientemente por todos los semáforos y farolas que encontró en su camino. Eran las doce y media de la noche, pero hacía calor; llevaba el pelo recogido bajo la gorra y la visera bien baja, para evitar que alguna cámara pudiera grabar su rostro. Vestía de negro. Al pasar junto a una peletería, escribió sobre el escaparate: «Piel = Asesinato», y adornó la puerta con pegatinas de focas con la cabeza machacada sobre la nieve, armiños encerrados en diminutas jaulas y un zorrillo desconcertado y triste, olfateando el cadáver sin piel de su madre. Todas tenían el mismo mensaje: «Los Animales No Son Recursos». Siguió paseando y empapelando. Cuando se le acabaron las pegatinas utilizó el rotulador. Pasó junto al escaparate de una carnicería, en cuyo interior, el cerdo humanizado de Granjafría vestido de carnicero, te sonreía, invitándote a entrar. «Hijos de puta», pensó. Sacó el martillo con punta de diamante y lo utilizó para reventar la luna del escaparate. Siguió caminando, sellando con silicona las cerraduras de todas las carnicerías, pescaderías y pollerías que encontró en su camino. Al pasar junto a un *Burger*, sacó el aerosol y escribió en la puerta: «Venta De Cadáveres». La pintura se secó casi al instante, aunque unas gotas rojas resbalaron por el cristal. Se alejó hasta una esquina, cargó el tirachinas con un par de tuercas y disparó a la parte baja de la luna, lejos del centro, que es donde son más resistentes. El estruendo del escaparate al romperse rasgó la noche, se activaron las alarmas, las del *Burger* y las de los coches cercanos, salpicados de cristales. Se metió en un portal y esperó unos minutos. Los vecinos comenzaron a asomarse. Abrió la mochila, sacó la camisa violeta y se la puso sin abrochar, guardó la gorra, se soltó el pelo, Sonrió, encendió un cigarrillo y salió a la calle hablando por el móvil.

—Mira que se lo dije... ¡Pues ahora que se joda! Eso le pasa por burlarse del sufrimiento ajeno.

Los agentes de la Policía Local ignoraban que no había nadie al otro lado del teléfono. Tampoco le prestaron demasiada atención, ya que estaban a lo suyo, intentando entender que relación podía haber entre el cristal roto de un *Burger* y una pintada anarquista con unas iniciales dentro.

Al doblar la esquina guardó el teléfono, se puso los auriculares y se alejó tranquilamente en dirección opuesta, ajena a las sirenas, siguiendo el ritmo de «Salta la luna». Se cruzó con un coche patrulla, circulando a todo gas con las luces de emergencia encendidas, dirigiéndose al lugar de los hechos. Ni siquiera reparó en ella porque aún no sabían lo que buscaban. Otra patrulla pasó con la sirena aullando.

Veinte minutos después ya estaba de nuevo con sus perras, caminando junto a ellas bajo la luz de las estrellas, respirando la noche, satisfecha, pletórica, libre.

El que aquí entre, que abandone toda esperanza

En el interior de la gorra, el activista llevaba un pequeño dispositivo de cámara oculta, que integraba una tarjeta microSD con capacidad para almacenar 64 GB de imágenes y vídeos. Vestía un mono azul de trabajo, guantes, botas de goma y una gorra con la visera hacia delante. Eran las ocho de la mañana y empujaba un cubo lleno de desperdicios: trozos de carne con tumores, huesos quebradizos, vísceras enfermas e intestinos, el resultado de la limpieza en la sala de despiece. Al pasar junto a las celdas de gestación se puso la mascarilla y las gafas protectoras, porque los índices de amoniaco eran muy elevados y sabía que dañaba los ojos. A través de los cristales empañados, vio las estrechas jaulas de hierro donde las cerdas permanecían encerradas durante cuatro meses, daban a luz a los lechones, los alimentaban sin poder moverse durante veintiún días y, después, veían como se los arrebataban para llevarlos a los corrales de engorde. Así durante seis u ocho partos, con el cuerpo cubierto de úlceras necrosadas y las articulaciones artríticas, que nadie curaba porque no interesaba; hasta el bendito día en que recibieran un disparo en la cabeza y una cuchillada como premio por toda una vida de aportar beneficios a don Jacinto Montero, el dueño del matadero. Sobre el suelo enrejado de plástico, se encontraban los cadáveres cubiertos de heces de los que no habían sobrevivido, aplastados por la madre o devorados por sus hermanos. A pesar de las gafas, le escocían los ojos. El activista tiraba del cubo y recogía con el rastrillo los restos de los lechones. Algunos de ellos aún se movían cuando los echó al contenedor del patio. Lo que más le impresionó en su primer día de trabajo en el matadero, fue que de entre el montón de cadáveres y restos, le contemplaran ojos vivos, parpadeando, por los que no podía hacer nada. Se consoló pensando que al menos, estarían al aire libre durante unos minutos o unas horas, dependiendo de lo que durase su agonía.

Le costaba contener los nervios y no sabía si estaba parándose más de lo necesario o si grababa demasiado poco. Como la lente de la cámara estaba sobre la visera, tenía que mirar directamente y debía hacerlo sin levantar sospechas. Nadie tenía que darse cuenta de lo que estaba haciendo, por su seguridad, más que nada. Los corrales de engorde tenían música para mitigar la ansiedad de las crías, pero el ruido de lata que salía de los altavoces baratos provocaba el efecto inverso. Mientras recogía sus restos, filmó cómo les amputaban el rabo con unas tenazas, cómo les hacían dos cortes con un cuchillo de hoja curva y les extraían los testículos, pellizcándolos y tirando de ellos, cómo les cortaban los dientes que más sobresalían y cómo los marcaron con crotales en las orejas. Menudo día estaban teniendo los peques. Para ser unos cachorros de apenas un mes habían aguantado lo suyo. Unos bebés que sufrían y gritaban como sufren y gritan todos los bebés, un sufrimiento que

se podría evitar con un poco de anestesia. Recogió la carne del suelo y salió de allí. Ya tenía buen material, pero quería grabar cómo les degollaban y les abrían en canal, siempre que fuera posible. Lo ideal sería poder grabar todo el proceso, pero no le apetecía que le pillara Ramón, el encargado, y le pidiera explicaciones, aunque por seguridad, las tenía preparadas.

Ramón andaba de acá para allá por el edificio, haciéndose el importante, supervisando el despiece, atendiendo incidencias y controlando la velocidad de las cintas transportadoras de la cadena para que se cumplieran los tiempos. Todo estaba más o menos en orden y hacía un buen rato que no le picaban los dedos, salvo el zagal ese, el nuevo, que le parecía que estaba perdiendo el ritmo. Por cierto, ¿qué coño hacía parado?

—Ya he terminado, señor. Estaba buscándole para ver qué más puedo hacer, porque lo he limpiado todo.

Un punto para el chaval, que le había llamado señor. Hinchó el pecho, se colocó bien los bolígrafos del bolsillo y le dijo que no se quedara quieto, que siempre había mierda en algún sitio, que su misión era recorrer la planta de procesamiento, limpiando y recogiendo, y que si veía alguna bombilla fundida o cables mordisqueados, debía comunicárselo. Así, poco a poco, ampliaba las responsabilidades del chico, que parecía espabilado.

—¿Hay ratas?

—¿He dicho yo algo de ratas?

—No, señor. ¿Quién mordisqueea entonces los cables?

En lugar de responderle, dijo:

—¡Vamos, vamos, y déjate de cháchara...! A limpiar y a recoger, y cuando esté el cubo lleno, lo vacías en el contenedor del patio y vuelta a empezar.

La siguiente vez que vació el cubo, el activista entró por el área de carga y descarga; la dársena se encontraba en la parte trasera del segundo edificio, por dónde los animales accedían a los corrales del interior del matadero. La mayoría de ellos veían la luz del sol por primera vez, sin saber que sería la última. Siguió el recorrido de los cerdos para documentar el sacrificio. Procuraría centrarse en uno y seguirlo hasta el fin, para intentar grabar las emociones del individuo y su drama particular, no el barullo del grupo. Mientras recogía los excrementos, que iban dejando debido al miedo y a las descargas de los chuzos eléctricos con que los manejaban los operarios, consiguió diferenciar a uno de ellos: tenía una mancha negra parecida a un flequillo, además era un poquito más alto y se le seguía mejor. Al pasar junto a él lo acarició y le rascó tras las orejas. El animal estaba nervioso, inquieto, agotado, y se le apoyó en la pierna. Tenía miedo de ese lugar nuevo, pero también sentía curiosidad y mucha hambre, olisqueando y tocándolo todo con el hocico, con ansiedad, devorando las heces que encontraba en el cemento, porque llevaba sin comer veinticuatro horas. Una vez en los corrales tuvo que aguardar su turno, mientras escuchaba los chillidos de los que iban delante de él, que estaban siendo sacrificados en ese momento. El del

flequillo levantó la cabeza, extrañado, intentando averiguar de dónde salían esos gritos terribles, pero le distrajo el chorro de agua de la manguera, porque antes de la matanza tenían que ducharlos, para eliminar el estrés producido por el viaje y evitar que la carne perdiera calidad. Entonces vinieron los empujones, las patadas y los golpes, de los que se libró porque fue el primero en dirigirse inocentemente hacia la manga de manejo y el primero en detenerse horrorizado por lo que vio al final del pasillo. Abrió tanto los ojos que la cámara captó su expresión asombrada e incrédula. Intentó volver atrás y ahí recibió el primer golpe en el lomo con una barra de hierro, y sintió un agudo pinchazo cuando un segundo impacto le astilló la vértebra. Intentó escapar, pero otro operario le arreó una patada en el hocico que lo encauzó de nuevo. Se lamió la sangre. Iba el tercero y ya no tenía escapatoria, a menos que saltara por encima sus compañeros. Miró al activista, como pidiendo ayuda. Urko tragó saliva, sabiendo que a pesar de ser la única persona de ese lugar que le había mostrado cariño, no podía hacer nada por él. La cámara recogió el momento en el que se daba la vuelta, estiraba el cuello y levantaba una pata, como si el cerdo hubiera comprendido que no era nada bueno ir hacia donde se dirigían todos, donde estaba sucediendo aquello tan horrible. Perdió el equilibrio y cayó al suelo, que estaba resbaladizo por el agua de la ducha y la suciedad de los animales, algunos le pasaron por encima, aplastándole la articulación, rompiéndole la pata trasera y desgarrándole la oreja a la altura del crotal, que quedó colgando. Consiguió levantarse de nuevo, arrastrándose hacia atrás, pero una descarga eléctrica le mostró el camino correcto. Intentando alejarse del dolor se dio de bruces con el portón abierto, quiso recular y le clavaron un gancho de la carne en la mejilla, tiraron de él y le colocaron en el umbral de la entrada. Cuando le llegó el turno, un operario vestido con un mandil y unas botas de goma que habían sido blancas antes de que la sangre las tiñera de rojo, le agarró por las orejas y tiró con fuerza de él, arrastrándolo al interior. Como no podía levantarse le dieron dos patadas más e hicieron bromas sobre su cojera. Intentó protegerse en un rincón, temblando y meándose de miedo, cuando alguien le colocó los bornes de una tenaza eléctrica en el cuello y le aplicó una descarga de setecientos voltios. El animal se contrajo y la cámara grabó el movimiento involuntario de las extremidades. No estaba muerto, solo ligeramente aturdido. Le fijaron la pata lesionada a una cadena, que lo levantó del suelo y lo condujo, suspendido, por unos carriles hacia el matarife, que introdujo la hoja del cuchillo entre el cuello y el brazo, para seccionarle la arteria y sangrarlo. Un torrente de líquido oscuro se derramó sobre las botas del operario. Mientras se desangraba, movía la cabeza y las patas, contorsionándose y luchando por su vida. Estaba claro que no quería morir. Se estaba ahogando en su propia sangre y la pata rota de la que colgaba se le estaba desgarrando. Cuando lo echaron al tanque de escaldado el animal pataleó, nadando enloquecido en el agua hirviendo, derramándola fuera. Un minuto después dejó de moverse y quedó listo para el desuello. Solo cuando la sierra de esquinado lo partió por la mitad, el activista volvió a respirar. El suelo estaba ahora más resbaladizo. El

olor a sangre era muy intenso, como a metal, y había una sensación de peligro flotando en el aire que le creaba ansiedad, provocándole ardores en el estómago. Trataba de mantener sus emociones bajo control, intentando parecer distante y evitando pisar el enorme charco de sangre. Solo esperaba que las imágenes del vídeo salieran enfocadas y bien encuadradas. Una pata amputada que había por el suelo le hizo patinar cuando la pisó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Como era el nuevo, los empleados veteranos celebraron la gracia, le dieron palmadas, algunos consejos bienintencionados y siguieron con su trabajo.

El que manejaba la sierra hizo su labor sin aparente esfuerzo, pero con miedo. Después del accidente que sufrió un trabajador de otro matadero de Lorca, al que le cayó una canal de toro encima, se habían vuelto cautos y se aseguraban, quizás demasiadas veces, de que las cadenas de las vías aéreas eran seguras y que las patas de los animales no estaban rotas. El matarife que lo cortó en dos despreciaba el trabajo de los mondongueros y los destazadores, que apenas se manchaban con sus guantes de malla, porque el trabajo de verdad, el que entrañaba auténtico riesgo, lo hacían siempre ellos. Estaba sudando con el puto mandilón de los cojones, las manos empapadas dentro de los guantes de goma y el moño de las uñas picándole de nuevo. Y no podía rascarse, joder. No se fijó en la pata rota, que pasó por encima de él y no le aplastó porque ese día estaba de suerte. Esa vez, la canal se alejó por el carril del techo hasta la sala de oreo. Cuando la puerta se cerró y los ventiladores se pusieron en marcha, el peso del cuerpo terminó de desgarrar el músculo de la pierna, que quedó sujeta a la cadena como un pingajo haciendo remolinos en el aire, mientras noventa kilos de carne se precipitaban contra el suelo. Se produjo un ruido sordo que astilló el palé de madera que había debajo. Si hubiera pasado un operario en esos momentos, el peso de la canal podría haberlo matado y el cerdo del flequillo al menos se habría vengado, pero hasta en eso fue desafortunado. En unas horas le recogerían del suelo, le envasarían troceado en bandejas, envuelto en plástico, con un código de barras indicando su valor. Ya nadie podría reconocerle jamás.

Los empleados del matadero no miraban a los ojos de los animales, no veían su miedo, ni pensaban que cada animal que mataban sentía dolor, tristeza y desesperación, porque no podían permitirse la compasión; a ellos les impulsaba un objetivo legítimo: un contrato que cumplir y una familia que mantener. Para el activista, eso no justificaba maltratar y torturar animales, ni descargar su mala leche contra ellos, porque podían elegir no hacerlo, de manera que quien estaba allí y hacía lo que hacía, era porque quería. Ahora tenía el vídeo y lo colgaría en YouTube, tal como había sido grabado, sin cortes ni comentarios, para que el que quisiera saber supiera y que cada cual lo interpretara a su manera. En eso consiste el periodismo de investigación, en mostrar sin interferir.

Después de limpiar el cubo y aparcarlo junto a los contenedores, se despidió de Fermín, que le devolvió el saludo desde la cabina de la excavadora. Una mujer que parecía cumplir con su deber le preguntaba algo a través del sonido del motor, con

autoridad y energía. Le dio mala espina. Apagó la cámara y se dirigió discretamente a los vestuarios. Se quitó la ropa de faenar, la dobló y la metió en una bolsa dentro de su taquilla, guardó la cámara en la mochila, le puso el candado y se duchó como nunca antes se había duchado. Se frotó con una rabia que le pareció excesiva, aunque no se resistió, porque a lo mejor se lo tenía merecido. Todos tenemos nuestro porcentaje de responsabilidad sobre lo que pasa en el mundo. Así que se dejó hacer, permitiendo que su cuerpo se limpiara a través del dolor de todas las inmundicias que ese lugar le había metido dentro. Ya vestido, observó por última vez la ropa manchada de sangre que nunca más volvería a ponerse, cerró la taquilla con ella dentro y tiró la llave por el desagüe. Cuando se colgó la mochila sobre el hombro y se enfrentó a sí mismo en el espejo, sin pronunciar una sola palabra, prometió a su imagen reflejada que volvería de nuevo a esa mierda de sitio para quemarlo.

Buscando a Eva desesperadamente

De la Mata estaba de mala hostia, porque un político entrometido, amigo de ganaderos, se había atrevido a decirle que diera prioridad al caso del torero, y que metiera de una vez entre rejas a esos terroristas defensores de los animales. Allí nadie sabía lo qué le había respondido De la Mata, pero todos podían imaginarlo. Lo que sí sabían era que el comisario aborrecía a los políticos, desde la bofetada que le propinó al subinspector general de la Policía, cuando ordenó cargar en una manifestación contra los funcionarios del Cuerpo y se topó con él. Nada más y nada menos que Octavio de la Mata, joven, cabreado y con la razón de su parte. Al igual que el comisario, que fue desterrado a Murcia, ese cargo aprendió, que las órdenes no debían darse a la ligera y que lo que uno hacía en la vida, para bien o para mal, tenía consecuencias.

Al ver las fotos del torero asesinado en el escritorio de Marín, Proaza recordó que fue el día anterior, por la mañana, cuando vio las siglas por primera vez.

—Tengo algo que tal vez pueda guardar relación con vuestro caso. —dijo sentándose junto a Aurora Marín y Andreu Baró. Les comentó las noticias de los dos atentados perpetrados en Lorca por el FLA.

—Pues no te digo que no. El ganadero tiene sus instalaciones en Lorca, en un polígono cercano al de Granjafría, y a su hermano le hicieron una pintada los del FLA en la puerta de los establos. Déjame ver... —Marín agrandó la fotos de las noticias en la pantalla táctil y las envió vía WhatsApp a su móvil—. Gracias, Proaza. Te debo una, como decís vosotros...

—Con los anarquistas hemos topado... —sentenció Garrido.

—¿Qué pasa con los anarquistas? —arremetió Marín. Paco sabía que el padre de la inspectora era de la CNT.

—Nada, nada... Que las leyes y la autoridad no son para ellos. Hasta que las necesitan, claro. Son saboteadores en potencia con ínfulas de iluminados.

—¿Todos?

—La mayoría. Cuando protestan siempre provocan disturbios. A mí me parecen unos gamberros: la sociedad es una mierda, rabieta y hago una pintada donde me da la gana; que no consiguen lo que quieren, rabieta y quemo el cajero de un banco. Como no aceptan a la policía, tienes que obligarlos y entonces te acusan de torturador. Con lo bien que se vive cuando hay orden y es otro el que toma las decisiones...

—Dijo la oveja —continuó Marín—. ¿Simplificas la lucha social por algo en particular o simplemente porque te incomoda?

—¿Eso es lucha social? Yo diría más bien que es vandalismo. Son unos exaltados

que han leído los mismos libros y no dan más que problemas. ¿Has hablado alguna vez con alguno de ellos? Se creen guerrilleros en la cúspide de la lucha obrera, más rojos que los rojos, opinan de todo y siempre están de mala leche, echándote la culpa de que esto no sea la utopía que ellos buscan. Mira tu caso: como ahora no les gustan los toros van y se cargan a un torero. ¡Ole sus huevos...!

—Gracias por resolverme el caso. Pero estás hablando de una filosofía política que comparten millones de personas en todo el mundo: rojos, azules y negros no son más que palabras. Háblame de individuos concretos, señala a alguien con una huella dactilar y deja a un lado la ambigüedad de los colores, porque yo necesito pruebas e indicios que seguir, no prejuicios de bar con los amigos... —empezó a ordenar las fotos en silencio, ignorándole. Andreu la miraba sin saber qué hacer, toqueteando su copia del expediente con cara de nada. Le hubiera gustado meter baza, pero cualquiera decía algo.

—Eso me ha gustado, ¿ves? Has sido directa y sutil al mismo tiempo. Siempre aprendo algo de ti, Aurora.

—Vete a la mierda, ¿quieres?

—Vale, pero después, que ahora estamos hablando.

Marín se volvió hacia él, con las manos abiertas como dos abanicos. Garrido le guiño un ojo.

—Sé que te pongo...

—Lo que pasa es que no ves más que el síntoma y no te paras a pensar en lo que lo provoca. Eso se llama ir a la raíz y es lo que hacen los radicales a los que no comprendes. Hay gente que se calienta en los partidos de fútbol y en los toros, en las discotecas y en los bares, incluso en las rebajas, pero eso está perfectamente asumido porque forma parte del tinglado y da beneficios. Pero si te exaltas ante las injusticias y las desigualdades sociales, si pretendes que el mundo sea un poquito mejor porque entiendes que puede ser posible, la cosa cambia.

—Tú porque vas con ellos y no eres objetiva, pero tienes que reconocer que distorsionan su mensaje para llevar razón: que si los políticos son unos corruptos, que si los banqueros unos ladrones, el Estado que no sirve para nada, al igual que las cárceles. No olvides que desprecian las leyes que tú defiendes y que quieren destruir la sociedad.

—Quieren un cambio social, no destruir la sociedad...

—Ya. Si por ellos fuera nos quedaríamos sin curro. Ahora, como les ha dado por ser veganos, no podemos comer carne sin que unos impresentables nos miren mal y nos llamen asesinos. A saber qué será lo siguiente que les moleste... Son como los ecologistas con su cambio climático y sus centrales nucleares, que tienen cuatro verdades y media que no paran de repetir para que te hagas socio y puedan sacarte la pasta.

—Veo que generalizas y lo mezclas todo, para que veamos que dominas multitud de temas. Como algunos veganos son anarquistas, seguro que visten de negro, llevan

palestino y ponen bombas. Te ha faltado hacer una gracia sobre las focas y las ballenas, pero olvidas que cuando esos vándalos, como tú los llamas, consiguen mejoras sociales, te beneficias de ello. Eso, Paco, es hipocresía.

—¿Qué es lo que han hecho por mí? A ver, cuéntame...

—Paco Garrido no eres solamente tú, también lo es el suelo que pisas, el agua que bebes y el aire que respiras. Contrasta tus fuentes que están un poco rancias, y muestra respeto por los inconformistas, porque ellos son el ojo crítico de la sociedad, el motor que hace avanzar el mundo.

—¿Y eso no es generalizar?

Marín no le contestó, porque cuando Paco discutía era siempre con la intención de ganar; lo que realmente le interesaba era imponer su criterio y chingar al contrario, no lo que pudiera sacar del debate ni el tema en sí, que le importaba una mierda. Batallaba para quedar por encima y poder elevarse sobre el otro. Recogió las fotos, ordenó los informes, los metió en sus respectivos expedientes y echó una mirada a Andreu, que como no sabía qué quería la inspectora, se puso firme.

Proaza dejó de prestarles atención, encendió su ordenador, abrió Google Chrome y entró en el *blog* de *cometetu.com* a curiosar. Desde allí enlazó con el sitio web del *Frente de Liberación Animal*. Le impresionó la foto de un activista vestido con ropa de campaña, flanqueado por una liebre y un dóberman, El tipo parecía un guerrero, sujetando una cizalla con la mano izquierda; era un atardecer y las figuras se veían a contraluz. Sobre las lejanas nubes se fundía con el sol el símbolo anarquista, con las siglas del FLA en su interior. La página parecía un lugar organizado y claro. Exponían su filosofía en rojo y negro, distribuían fotografías, vídeos y noticias de denuncia; desde la pestaña «Enlaces» podías acceder a noticias de otros *blogs*, sobre acciones y tácticas de sabotaje contra las industrias que conseguían su dinero explotando a los animales. Tenían una sección de «Música» y otra de «Literatura» antiespecista, una pestaña de «Acción Directa», «Libro de Visitas», «Contacto» y una titulada «El FLA», donde podías enterarte de su trayectoria desde 1976, cuando se formó en Inglaterra, hasta nuestros días. Pero por más que buscó no encontró ni una sola referencia a las acciones que habían tenido lugar en Lorca, firmadas, supuestamente, por ellos mismos. Tampoco encontró nada sobre la muerte del torero. ¿Qué es lo que no entendía? Como seguía teniendo dudas, llamó por teléfono a Tati, aunque aún no sabía qué era lo que iba a preguntarle.

—He visto en las noticias un par de atentados en Lorca de tus amigos del FLA — el inspector entró a lo bruto.

—¿No me digas? No sabía nada del asunto.

—¿Qué no sabías nada? No me mientas, Tati, que yo mismo vi los enlaces en tu muro de Facebook.

—Pues si no quieres que te mienta, deja de interrogarme.

—No te estoy interrogando. Que yo sepa no has cometido ningún delito. Puedes colgar, si no quieres que hablemos —al otro lado de la línea se escuchaban

martillazos y el sonido de una sierra eléctrica.

—Mira, tío, no me caes mal, pero no pienso ayudarte a que investigues a gente con la que tengo más en común que contigo. Lo entiendes, ¿verdad? Y no te ofendas, que no es nada personal, como suele decirse.

—Así que no quieres ayudarme. ¿Por qué?

—Porque no me fío de los maderos, sencillamente.

—¿Ese es tu argumento?

—Ese es el motivo, tronco. Mi argumento es que sois los defensores de los ricos y nos obligáis a cumplir las leyes que ellos mismos aprueban para protegerse y exprimirnos; que los políticos a los que defendéis nos han convertido a mi padre y a mí en parados de larga duración; que cuando salimos a protestar, haciendo uso de nuestros derechos, nos apaleáis; que os comportáis como chulos cuando identificáis y detenéis a la gente; que torturáis a los ciudadanos; que mientras hacéis recortes en Educación y Sanidad, os gastáis millones de euros en material antidisturbios para reprimirnos... ¿Quieres que siga?

—Pero bueno, Tati, si yo nunca le he pegado a nadie. No olvides que soy el que está investigando el asesinato de Gustavo —el inspector se salió por la tangente—. ¿No quieres que encuentre al monstruo que le mató?

—¿Para meterlo en una celda?

—No, para darle un premio. Porque tú estás en contra de las cárceles, ¿no?

—No te cachondees, ¿vale?

—Perdona, Tati. Si recurro a ti es porque tengo curiosidad y no entiendo bien determinadas cosas. No tiene nada que ver con mi caso —y no le mintió. Como vio que guardaba silencio siguió—. Yo te hago una pregunta, y, si te parece bien, la contestas. Para mí el mundo de los veganos es algo nuevo, totalmente desconocido. Yo no sabía que existíais hasta hace un par de días.

—El mundo de los veganos es el mismo mundo que el tuyo. Solo hay un mundo, el que vosotros estáis jodiendo.

—Vale, pero no me refiero a eso. ¿Firmáis FLA, porque forma parte del mensaje vegano promover el sabotaje?

—¡Qué fuerte, colega! ¿De dónde sacas que yo firmo? ¿Estás tratando de implicarme en alguna de vuestras mierdas?

—¡Que no, joder...! Solo ha sido una manera de expresarlo. Como vi el parche que llevabas en la riñonera he dado por hecho que simpatizabas con ellos, nada más. No estés a la defensiva, mujer, que mi departamento no lleva lo tuyo.

—Eso ha tenido gracia, ¿ves? —Tati suspiró—. Imagino lo que has querido decir, aunque no hayas sabido explicarte, porque tienes un cacao mental que flipas. Hay veganos que no aprueban las acciones del FLA, hay veganos que sí, hay veganos cristianos, musulmanes y ateos, albañiles, artistas y alcaldes, intelectuales y analfabetos. Ser vegano quiere decir que no utilizas a los animales ni para comer, ni para vestirte, ni para nada que perturbe su vida.

—Ok, ahora lo comprendo. Entonces ¿no todos los veganos sois anarquistas?

—Joder, tío, que corto eres. Acabo de explicártelo.

—Vale, vale... ¿Y qué pasa con Venus y Luna y los seis gatos que tienes en casa?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde quedaron sus vidas cuando decidiste arrastrarlos a tu guarida?

—Qué pesado eres, tronco. No sé a cuento de qué viene eso, pero sus vidas se fueron a la mierda cuando los abandonaron en medio de la calle. Mejor en mi casa que en la perrera. ¿Es que no lo entiendes? ¿No encaja eso en tu mollera especista? Me jode que estés husmeando en mi vida y que no hagas más que preguntarme gilipolleces, porque te resulta exótico esto de conocer a una vegana. Por cierto ¿sabes ya quién ha matado a Gus o estás atascado? Porque podrías ponerte a hacer tu trabajo y dejarme en paz de una puta vez.

El inspector le dio las gracias, colgó y decidió concentrarse en su caso, después de prometerle que ya no volvería a llamarla. Lo que ninguno de los dos sabía era que el nombre de Tati estaba a punto de salir a relucir en la investigación de Marín.

Sin salir de la sala, consiguió que Tráfico le proporcionara la información que necesitaba sobre furgonetas registradas a nombre de Eva. Había siete, «Sí, dos de ellas con furgoneta», le respondió el funcionario, pero ninguna era Volkswagen, ni blanca. Aún así fue a verlas, sin ningún resultado, porque las edades de las titulares no se correspondían y ambas eran murcianas. A pesar de que disponía de un nombre de mujer y de la marca del vehículo, se encontraba atascado, como bien dijo Tati. «Recapitulemos», pensó Proaza: si tiene cortinas en la furgoneta es porque le gusta viajar o para ocultar lo que hay dentro. ¿Dónde podía buscar? El dueño del chiringuito le dijo que siempre llevaba el pelo recogido y que iba muy derecha. «¿Cómo quién?». «¿Cómo las camareras, las azafatas, las enfermeras, las modelos...?». Empezaría a descartar. Dijo que era bajita, lo que dejaba fuera a las azafatas y a las modelos. Entonces se dio cuenta de que estaba utilizando estereotipos pasados y decidió dejar de darle vueltas al asunto por el momento. Puso el CD de Rob Zombie y se dirigió hacia San Javier, sin darse demasiada prisa, cantando y sintiendo la intensidad de la música, su estilo pesado y tenebroso dentro de él. Luzón le llamó al móvil cuando sonaba «Superbeast».

—¿Ha visto ya el informe de la autopsia?

—Me lo ha dado Rosa esta mañana, pero aún no he podido leerlo. ¿Hay novedades?

—Vaya una pregunta. Voy a hacer como que no la he oído y a responderle a la que debería haberme hecho. Hemos encontrado restos de aceite de rosa mosqueta en la ropa de Gustavo y en el pelo, tiene un aroma muy peculiar, se usa en cosmética y en medicina, pero también para preparar conservas, mermeladas, infusiones o licores; incluso se usa como condimento en algunas zonas de Sudamérica.

—¿En Chile, tal vez?

—También en Chile, sí señor. Oiga, Proaza, ¿no dijo que no había leído mi

informe? No me haga perder el tiempo, que tengo la consulta llena y mis muertos se impacientan.

—Y no lo he leído, Luzón, pero es que algo acaba de encajar.

—Pues póngame al día.

El inspector le contó lo que sabía y lo que suponía, lo que tenía y lo que buscaba, lo que había visto y lo que le habían contado, lo que sospechaba y lo que descartaba.

—Así que Tati es de los míos.

—¿No me diga que es usted vegano?

—No se lo digo porque no lo soy, ya que siento debilidad por los huevos fritos. Lo que pasa es que no me apetece comer carne muerta después de haber estado todo el día trabajando con cadáveres. Por eso soy vegetariano.

—¿Tampoco toma leche?

—No me parece adecuada para mi edad.

—¿No es sana la leche?

Luzón soltó una carcajada.

—La única especie que se atiborra de leche cuando ha sido destetada es la humana, y se la roba a las crías de otros animales. ¡Qué vergüenza! Yo prefiero la leche de almendras y la de avena, aunque la de coco tampoco está mal.

—Pues yo tomo leche de vaca con el café para desayunar y animarme el día.

—Que le aproveche —se oyó una risa contenida—. Podría darle datos, pero no le quiero amargar sus desayunos.

—Gracias, Luzón. Por cierto...

—¿Qué quiere ahora?

—¿Recuerda que me dijo que algún día iba a contarme por qué se hizo forense?

—Sí que lo recuerdo. Pero no se preocupe y tenga paciencia, porque todo llega a su debido tiempo. Cuando considere que necesita saberlo y formule la pregunta correctamente, se lo diré.

—Ya está con sus misterios y sus teatros.

—De misterios nada, porque lo sabe todo el que tiene que saberlo. ¿Va conduciendo hacia algún sitio y todavía no ha llegado, verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Por el sonido del motor y porque no para de darme palique que no nos lleva a ninguna parte.

Antes de colgar, el forense le dijo que había restos de anestesia en los tejidos de Gustavo. «Esa gente parece profesional. Busque por ahí».

—¿Qué tipo de profesionales?

—Profesionales del sector médico.

Cuando llegó al Hospital Los Brezos, detuvo el coche bajo la arcada del aparcamiento que había frente a la entrada, a cubierto del sol. Era un edificio nuevo de diseño vanguardista, una construcción alargada, de cuatro plantas, que se expandía a lo ancho en lugar de a lo alto. Se encontraba rodeado de invernaderos y fértiles

campos. Si le hacías una foto al paisaje desde cierta distancia, veías una estructura blanca dividida en secciones, brotando del verde, bajo un cielo azul.

El doctor que le recibió era un anciano obeso al que parecía no importarle ni lo uno ni lo otro. Llevaba la barriga por delante, a modo de parachoques, con el tronco ligeramente echado hacia atrás haciendo de contrapeso. El doctor Soto tenía ojos de mirlo, nariz de elefante y manitas de ratón. Saludó al inspector con un amplio gesto muy cordial y afectuoso, ofreciéndole toda la Unidad de Cirugía y Trasplante solo para él. «Hay una lista de espera para los trasplantes y un listado de operados, sí señor». El aliento le olía a café y le llegaba a Proaza desde el otro lado del escritorio. «Podría proporcionarle una copia si eso le sirve de algo, inspector».

—Sí, gracias. Me ayudaría bastante —dijo guardando la placa—. ¿Puede darme también la lista de empleados? Estoy buscando a una doctora, enfermera o auxiliar médico llamada Eva. Es sudamericana, tal vez chilena.

—Sudamericanas hay muchas, pero que se llame Eva, no me suena. Tal vez el doctor Pereira o el doctor Cornet, que son los que se encargan de los otros turnos, conozcan a más gente que yo.

—¿Y podrían recordar, tal vez, un nombre que a usted no le suena?

—Tratándose de enfermeras podrían recordar bastantes. Puedo asegurárselo. ¿Quiere que les pregunte?

—No es necesario. Casi prefiero que no lo mencione.

—¿Quiere pillarles por sorpresa, eh? —Los ojillos de pájaro le brillaron con picardía—. No se preocupe, que no le delataré.

—Gracias, doctor. Voy a revisar los listados en la cafetería y es posible que me quede a comer. ¿Tienen buena cocina?

—Buena, buena... —El doctor Soto meneó la cabeza y juntó los deditos—. Lo que sí está rico son los huevos a la jardinera, hágame caso y pídalos. La ensaladilla rusa tampoco está tan mal, pero... —no dijo más y se encogió de hombros.

Desde la cafetería, el inspector llamó uno a uno a todos los pacientes de la lista de espera, y todos dijeron que esperaban pacientemente su espera, salvo seis: dos porque fallecieron, otro porque se había operado en Nueva York, el resto porque, sencillamente, se había cansado de esperar, uno que parecía resignado a su suerte y dos que no quisieron ni hablar del tema. Los cotejó en la lista a los tres: miocardiopatía dilatada, hepatocarcinoma y síndrome de Marfan. Tendría que ir a verlos. Después del café hablaría con el doctor Pereira y, más tarde, visitaría la casa del doctor Cornet. Si eso no daba resultado, seguiría con los ambulatorios, porque en la lista de empleados no había ninguna Eva, solo una enfermera madura, una chilena llamada Brunilda Vásquez. Eva estaba metida en ese mundillo, ahora lo sabía. También sabía que acabaría por encontrarla y que era peligrosa.

En la sala del grupo, Marín valoraba con Andreu los avances basados en hechos, especulando a partir de ahí. Le enseñaba, con la paciencia de un *Jedi*, cómo debía analizar la información obtenida y lo que debía hacer con ella después de la forma más diáfana y directa. El *mosso* era listo y tenía buena memoria. Dijo que había una ligera semejanza entre la letra del *post-it* y la del hermano, nada relevante, aunque podía llegar a significar algo según avanzara el caso. Pero aparte de la sospecha de que el ganadero y la asistenta parecían ocultar algo, no tenían gran cosa. Eso que flotaba en el ambiente, esa tensión entre ambos, podía ser asuntos privados, cosas de ellos ajenas a la investigación, comentó Andreu. Hablaron sobre las acciones del FLA que les había comentado Proaza y estuvieron de acuerdo en que era una casualidad muy oportuna que de pronto empezaran a aparecer referencias sobre ellos en la prensa. Y de que hubieran actuado en Lorca, precisamente donde asesinaron al torero, donde vive el ganadero y donde Granjafría y algunos de los mataderos que la abastecen, tienen sus instalaciones. Es como si se estuviera cociendo algo allí. A esas alturas ya sabían que la pintada de la casa del torero era diferente, menos espontánea, quizás. Como si la hubiera hecho alguien copiando algo que ya había visto antes. Del diario del torero no habían sacado nada, aparte de melancólicos recuerdos y exabruptos airados sobre su hermano, que no le comprendía y no paraba de importunarle con negocios que a él no le interesaban. Sobre Brunilda, los comentarios eran todos de agradecimiento, una mujer muy bondadosa, discreta y comprensiva. ¿Estaban hablando de la misma persona o esa mujer tenía algo más de dos caras? «Me quedo con la palabra *discreta*, inspectora, porque sugiere que sabe cosas. ¿Tal vez, alguna debilidad o un desliz y por eso lo de *comprensiva*?».

—Sí que hilas fino, Andreu. ¿Qué te parece si vamos a hablar otra vez con Jacinto Montero y la asistenta? Se me ocurren nuevas preguntas.

—Me parece genial, inspectora. ¿Esto es siempre así de divertido?

—No. No siempre.

Les recibió Brunilda, con su cara de Bette Davis, porque don Jacinto se encontraba en el matadero atendiendo el negocio. Les llevó a los establos de mala gana y se quedó con ellos mientras fotografiaban la puerta, que habían mandado pintar sin haber lijado antes la madera y aún se transparentaba el mensaje.

—Habría que darle otra capa de pintura, pero el señor dijo que no, que era mejor dejarlo pasar un tiempo y pintar todo el establo de una vez, para igualar.

—¿Cuáles son sus competencias en la finca, Brunilda?

—Antes me encargaba de cuidar al señor, que en paz descanse: medicación, dieta y aseo personal —apretó los labios y se encogió unos milímetros—. De la limpieza de la casa se encarga Pascuala, la mujer de Florindo, el jardinero, que viene tres veces por semana. Ahora soy el ama de llaves del cortijo y eventual cocinera, con el mismo horario.

—Que es...

—De nueve a trece de la mañana, de lunes a sábado.

—Pues se le ha pasado la hora.

—Son circunstancias excepcionales, inspectora, debido al... —la palabra se le resistía—, inesperado suceso.

—¿Cómo se aseguraba de que el domingo tomaba la medicación?

—Le llamaba por teléfono y le indicaba los pasos. Tenía mala memoria, por la marihuana, supongo.

—¿Conoce algún secreto del torero, algo que nadie más sepa y que pueda ayudarnos en la investigación?

—Yo solo trabajo aquí, inspectora. Su vida privada y sus secretos se fueron con él.

¿Qué quería decir eso, que no pensaba decirle una mierda aunque supiera cosas? Esta tía la sacaba de quicio con su cara de museo de cera.

—¿Alguna debilidad que pudiera suponer un riesgo para él?

—No consigo entenderla.

—El consumo de drogas, por ponerle un ejemplo, lleva aparejado el riesgo de tener que abastecerse de ellas a través de determinados individuos potencialmente peligrosos. A ese tipo de riesgo me refiero.

—Sigo sin entenderla.

—¿Trataba con alguien, dentro o fuera de la finca, que pudiera representar una amenaza para su integridad física? —Le faltó añadir: «¿Lo entiendes ahora, bruja?».

—No, que yo sepa. Ya le dijo don Jacinto que la marihuana la cultivaba él.

Para obtener esa respuesta que no le servía de nada, había derrochado demasiada energía. Esta mujer iba a agotarla como no afinara más con las preguntas. Tenían que ser sencillas y directas e ir evolucionando progresivamente.

—¿Es este su único medio de vida, Brunilda?

—No. Trabajo de enfermera en el Hospital Los Brezos, en San Javier. Tengo turno de tarde y me las apaño para compaginar ambos empleos.

—¿Qué horario tiene en el hospital?

—Entro a trabajar a las tres de la tarde y acabo mi turno a la nueve de la noche.

—¿No tiene guardias?

—Las enfermeras no tenemos guardias. Eso es cosa de los médicos.

—¿Hoy no trabaja?

—No. Es que he pedido el día libre.

—¿Dónde vive usted?

—En Fuente Álamo, en la calle Pedro Guerrero número 6, con mi hija. —Marín tomó nota del domicilio de Brunilda.

—¿Está casada?

—¿Mi hija?

—No, usted.

—Soy viuda. Mi marido falleció antes de que viniéramos a España. Como allí no veíamos futuro, decidimos emigrar.

—Antes comentó que vivía con su hija.

—En realidad es mi hija la que vive conmigo.

—¿Trabaja?

—Siempre le sale algo. Es emprendedora y resuelta.

—¿De qué?

—Realizando curas, visitando enfermos y cosas así.

—¿Y se llama?

—Camila Vásquez.

—¿Ese Smarth de ahí es suyo?

—¿De mi hija?

—No, de usted.

—Sí.

Brunilda estaba inquieta. Quería dejar de hablar con la inspectora ya de una vez, y seguir con sus cosas para regresar a casa. Esa mujer la hacía sentir como si fuera culpable de algo, aunque no sabía de qué. Marín detectó su angustia y decidió dejarla en paz.

—Si ve alguna cosa fuera de lugar o algo que le resulte sospechoso, comuníquemelo, por favor. —Brunilda apretó los labios de nuevo, cerró los ojos y resopló por la nariz—. ¿Podría decirme dónde viven el jardinero y su esposa?

Andreu fue a tomarles declaración a la Pascuala y el Florindo, que era como les llamaban por ahí. La inspectora se dirigió al matadero para sonsacar un poco a Jacinto Montero, que la recibió con cortesía, aunque en su sonrisa no pudo ocultar una ligera pizca de fastidio. Marín husmeó, intentando dar con la fuente de ese olor a podrido que había en el aire, el sudor del señor Montero o los efluvios de alguna ventosidad, porque se había presentado sin avisar. Le recordaba vagamente al hedor de la sala de autopsias. Las ventanas estaban cerradas y el aire estancado lo removía un solo ventilador, apuntándole a él y solo a él. El despacho del ganadero tenía un estilo recargado y festivo, decorado con carteles de corridas de toros, fotos de Pinito de la Vega de rodillas provocando al toro, clavando unas banderillas y haciendo gala de su famoso molinete. Las astas de Sombrío, el primer Miura que mató en su alternativa, adornaban la pared que había detrás del sillón, justo encima de un óleo taurino de Walter Zuluaga. En la pared que había frente a la ventana estaban expuestas las cuatro litografías de *Los toros de Burdeos*, de Goya, separadas por un archivador de una foto aérea de las instalaciones. En un rincón había un paragüero, con un bastón, una catana, dos estoques de la muerte y un paraguas. Las cortinas, no sabía por qué, le recordaban a un capote torero.

—¿Le gustan los toros?

—Prefiero los gladiadores.

—¿Se burla de la Fiesta Nacional? —Sacudió la cabeza, mostrando su más

encantadora y falsa sonrisa—. Pues debe saber que forma parte de nuestra tradición y nuestra cultura y es el distintivo más conocido y eficaz de la Marca España.

—No le veo sentido a eso de matar a un animal con un montón de gente mirando.

—Visto así, cualquier obra de arte de la Pintura «con mayúsculas» podría parecer un trapo con manchas —hizo un gesto exagerado, tal vez el gesto de las mayúsculas según él, y señaló como ejemplo los cuadros que adornaban el despacho.

—Eso es lo yo veo exactamente cuando me muestran un cuadro mientras investigo un crimen, que es en lo que deberíamos centrar esta conversación.

—Hablemos de mi hermano, pues. Él estaba convencido de que, como torero, tenía una dimensión mayor de la que había demostrado. Hablaba de sensaciones que se le habían quedado dentro, pequeños detalles, matices que le habrían ayudado a cuajar mejor alguno de sus toros. Era un perfeccionista. En eso estaban de acuerdo todos los críticos.

Marín no veía a cuento de qué venía eso.

—Usted sigue con su tema, ¿eh?

—Le hablo de él por si le sirve de ayuda en su investigación.

—Mejor le hago yo las preguntas y así ganamos tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaron?

—Esa pregunta ya me la hizo ayer y se la contesté, inspectora: el domingo le vi por última vez.

—Ya, pero ¿cuándo «habló» por última vez con él, que es la nueva pregunta?

—Pues..., supongo que ese mismo día.

—Pero en su listado telefónico aparece una llamada suya el lunes por la tarde. ¿Cómo lo explica?

—Espere, sí, lleva razón. Le llamé para preguntarle si quería que le llevara algo de carne, porque habían llegado unos cochinitos —se relamió—. Pura delicia.

—¿Y se la llevó?

—No, me respondió que estaba pensando en hacerse vegetariano. Ese tipo de comentarios solía hacerlos para molestarme.

—¿Nada más?

—Puede que comentáramos alguna otra cosa, seguramente sin importancia.

A Marín le extrañó que el ganadero hubiera estado hablando de cosas sin importancia durante cuarenta y siete minutos y treinta y dos segundos. Ya se lo recordaría más tarde, cuando quisiera presionarle.

—¿Le notó usted cambiado cuando le vio el lunes?

—Ya le dije que le vi el domingo, no el lunes.

—Perdón, quería decir el domingo.

—Ya.

—¿Y bien...?

—Estaba en su onda, callado y negativo. ¿Le gusta la carne, inspectora? —Sonrisa seductora, según él; patética, según ella—. Es que tengo unas paletillas que

son pura manteca de lo tiernas que están.

—Muchas gracias, pero no he venido de compras.

—Ni yo se las iba a cobrar —poniendo cara de asco preguntó—. ¿No será usted vegetariana?

—Pues no.

—Los vegetarianos no tienen ni idea de cómo funciona el mundo. Dicen que se preocupan por el bienestar de los animales, pero ¿qué pasa con las personas?

—¿Es que son excluyentes ambas preocupaciones?

—En cierto modo sí. El precio de la carne se mantiene si lo comparamos con otros productos, pero para que esto sea posible hay que lograr que un animal produzca más y cueste menos mantenerlo. La ganadería industrial ha conseguido que miles de millones de personas puedan alimentarse. Dicen que deberíamos dejar de comer carne, pero, lo que parece que no entienden es que la gente quiere seguir comiéndola. Es el consumidor el que dicta al granjero lo que debe criar y no al revés. También dicen que maltratamos al ganado y eso no es cierto. Mis cerdos están bien cuidados, comen lo que necesitan, viven tranquilos y crecen sanos.

—Pero pasan toda su vida hacinados y fuera de su entorno natural. A lo mejor se refieren a eso.

—La libertad está sobrevalorada, inspectora, y los animales de granja no la echan de menos porque no saben lo que es. La naturaleza somete a los animales a una competencia feroz: pasan miedo, frío y hambre durante toda su vida, son devorados por otros animales y mueren sin anestesia. La gente quiere comida barata y eso es lo que yo les doy. Se va a llevar usted unas costillitas, que ya verá que ricas. ¿Sabe lo que le mortificaba a mi hermano?

—No... Y eso también vale para las costillitas.

—Como quiera inspectora. Yo intento ser hospitalario y agradecer sus esfuerzos y usted no me deja. No importa, lo intentaré otro día —y ahora venía lo bueno, por la cara que puso y porque se colocó junto a la Enciclopedia Taurina de Cossío—. Mi hermano decía que siempre había toreado según la ley del látigo, haciendo que fuera el toro el que se amoldara a su concepto y no al contrario. Antes de morir se dio cuenta de que, en ocasiones, hay que torear con guante de seda —esto lo dijo acariciando el lomo de uno de los volúmenes, tal vez el que hablaba de su hermano.

¿Y por qué le contaba eso ahora? ¿Era una forma de decirle a ella que era poco sutil y que no estaba toreando debidamente la situación? ¿La estaba retando? Intentó seguir con su trabajo a pesar de todo:

—¿Por qué ha dicho «antes de morir»?

—Pues porque no me he dado ni cuenta. Quería decir cuando dejó el toreo, que fue como morir para él, por eso quizás se me ha escapado. Una metáfora de la vida. ¿Usted nunca sonrío?

Mientras salía del matadero, Marín se echó un poco de colonia para mitigar los olores. Observó la grieta en forma de aspa de la fachada de las oficinas, una secuela

del terremoto del pasado año; observó la excavadora, que empujaba con la pala un montón de cadáveres y restos de animales, los elevaba en el aire y los vertía en un contenedor metálico; observó que todavía se movían algunos; observó a un chaval vestido con un mono azul limpiando el rastrillo y un cubo negro con una manguera. «Qué curioso, la excavadora es una John Deere». Dio la vuelta, entró de nuevo en el matadero y fue a hacerle unas preguntas al conductor. Mientras hablaba con él, vio como el chaval dejó el rastrillo dentro del cubo, lo puso a escurrir junto a los contenedores y se metió dentro.

El doctor Pereira era alto y poco dado a mostrar confianzas con los desconocidos. Tenía una barriga incipiente disimulada con tirantes y una sonrisa torcida convertida en mueca, que no quería decir nada de nada. Recibió al inspector en su despacho, delante de sus diplomas y reconocimientos profesionales. Estaba estudiando unas radiografías en el negatoscopio cuando este entró, y no le prestó atención hasta que llegó a una especie de conclusión, según dio a entender el gesto que hizo. Intentando ser amable le ofreció algo de beber, pero el inspector lo rechazó. El doctor medía la voz, medía las palabras y también los gestos. Proaza tuvo la impresión de que también medía las respiraciones.

—No conozco a ninguna chilena.

—Sin embargo, según la lista de empleados, en esta planta hay una enfermera llamada Brunilda Vásquez, que es chilena.

—Ah, la bruja. Pero eso no es una mujer, créame —y desechó la idea con un ademán.

—¿Puedo hablar con ella?

—Allá usted. Aunque creo que hoy ha pedido el día —miró la lista y en el turno de tarde no estaba ella—. Tendrá que venir mañana.

—¿Cómo sobrellevan sus pacientes las esperas? —preguntó el inspector.

—Casi todos con una elegante resignación, aunque algunos se me enfrentan, como si yo fuera el responsable de la escasez de donantes. Es imposible hacer previsiones, porque no podemos saber cuándo llegará una donación. Solo queda esperar, les digo, y confiar en el altruismo de la gente.

—¿Alguno le ha preguntado si existen otras alternativas?

—Todos me preguntan eso.

—¿Y qué les contesta?

—Pues que en otros países las hay, pero a costa de un cierto riesgo. Yo les respondo a las preguntas que ellos me hacen, y les pongo al tanto de las opciones que tienen si ven que no van a poder sobrevivir a la lista de espera —cogió el vaso de agua y se lo llevó a los labios, con un amaneramiento sofisticado que resultó excesivo

—. Opciones legales, por supuesto. Pueden viajar a Egipto o Pakistán y preguntar allí. No es muy caro, según las revistas especializadas.

—¿Y les proporciona contactos?

—No, señor. Yo solo les señalo el camino y les aconsejo que sean prudentes y que actúen siempre dentro de la legalidad vigente.

Proaza fue a la casa del doctor Cornet media hora después de hablar con Pereira. Este era un hombre maduro y jovial, presumido, con pinta de profesor, bigotillo discreto y gafas de pasta, que te contagiaba su entusiasmo y sus ganas de arreglarlo todo. Le sirvió un té con menta en la terraza de su casa en Avilese, una planta baja luminosa y fresca, con el verde pistacho como color principal. Un buen doctor, si trataba así a todos sus pacientes.

—¿Cómo se encuentra, inspector?

—Bien, bien, muchas gracias. Quería preguntarle...

—¿Le preocupa algo? Le noto cansado.

—Tengo la tensión un poco baja, y este calor...

—Entiendo. ¿Y cómo lo remedia?

—Con ejercicio y mucha cafeína.

—Lo del ejercicio está bien, pero yo le aconsejaría que se pasara al té. Mejor que eso —exclamó, abriendo mucho los ojos y haciendo una valoración con el dedo índice—: lleve una buena manzana en el bolsillo, de las duras, de esas que pesan — fue a la cocina y regresó con una rolliza manzana de tonos rojizos que le obligó a aceptar—. Ya verá usted como le reanima. Y no tiene efectos secundarios, ni bajones como el café. Debe cuidarse, inspector, para poder hacer bien su trabajo.

—Sí, claro. A propósito de trabajo, quería preguntarle si le suena a usted una enfermera chilena llamada Eva, o doctora o algo así.

—Eva, Eva... —Paladeó el nombre afilándose el bigotillo, como si estuviera haciendo una cata—. ¿Qué nombre más bonito, verdad? Si he de ser sincero no me suena, aunque tenemos una enfermera chilena muy competente.

—¿La bruja? —se le escapó.

—A mí siempre me ha parecido una profesional eficaz, que se toma su trabajo en serio y sabe marcar las distancias. No es de las que mezclan lo profesional y lo personal, no sé si me entiende. Pero sí, a Brunilda Vásquez algunos la apodan la bruja.

Sobre tráfico de órganos el doctor Cornet le contó que mientras para los hospitales es imposible hacer predicciones, porque no pueden saber cuándo habrá un donante cadavérico, en algunos países existen conchabeos entre funcionarios de prisiones, doctores y autoridades judiciales que ofrecen todo tipo de órganos sin lista de espera.

—¿Y cómo pueden saber que habrá compatibilidad?

—La histocompatibilidad está relacionada con el patrimonio genético del donador y el receptor —aclaró Cornet como si eso fuera algo de sentido común—. El rechazo es un fenómeno inmunológico debido a la presencia en el órgano donado de antígenos que faltan en el receptor. Aunque algunos pueden ser neutralizados por métodos inmunosupresores, mientras haya exceso de donantes donde elegir, no es necesario complicarse la vida.

—¿Exceso de donantes en unos países y escasez en otros? ¿Cómo es posible?

—Pues utilizando como donantes vivos a los reclusos condenados a la pena capital —explicó haciendo molinetes en el aire con una mano—. Solo tienen que ponerse de acuerdo para que coincidan las ejecuciones con las operaciones previstas. En algunos lugares han llegado a usar huérfanos, enfermos mentales y vagabundos. Hasta utilizan a niños adoptados. Por haber, también hay subastas de órganos en Internet, de particular a particular, aunque lo más probable es que se trate de mafias u organizaciones que utilizan identidades falsas para atraer clientela.

Antes de irse, el doctor quiso saber si sus respuestas le habían servido de ayuda, y el inspector le dijo que sí, aunque en realidad fue que no.

No había avanzado mucho buscando a Eva, y no le apetecía ir a ver a Brunilda a su domicilio en Fuente Álamo. Mejor esperaría a hablar con ella en el hospital. Como no tenía más ganas de trabajar y el calor le había dejado un poco tirado, fue a San Pedro, a su gimnasio, a revitalizar el cuerpo y reforzar las rodillas haciendo más técnicas en *suwari waza*. La herida de la pierna estaba cicatrizando y aguantó toda la clase sin apenas sangrar. Salió renovado y se tomó una Coca-Cola y unas marineras con los amigos. Se rio un montón. Lo necesitaba.

Por la noche, desde el teléfono de una cafetería, el doctor marcó el número de Eva y la puso al corriente de que andaban tras ella. Un policía andaba husmeando, aunque parecía no tener ni idea de lo que buscaba.

—¡Joder! Te dije que no me llamas Eva.

—¿Y qué más da? ¿Tú crees que te está siguiendo la pista porque hablamos por teléfono? Ni siquiera nos tiene relacionados a ti y a mí. Es posible que el policía le haga algunas preguntas a la bruja.

—¿A mi madre? ¿Por qué?

—Porque la Eva que busca es chilena y está tratando de establecer relaciones. Sabe que tu madre trabaja en el hospital y que vino de Chile. Te aseguro que no ha sacado nada y parece saber aún menos.

—¿Crees que debemos pasar de vernos?

—Es lo más prudente. Por lo menos durante unos días.

—A menos que el viejo...

—Exacto. A menos que el viejo.

Colgó, sacó tabaco de la máquina, se encendió un cigarrillo, pagó la copa, «Oiga, que aquí no se puede fumar», y abandonó la cafetería sin contestar al camarero. Estaba llegando al lugar donde tenía aparcado el coche, junto al edificio Braquehais, cuando le sonó el móvil. Era el viejo. Al venerable anciano le urge que se haga lo antes posible. «Si puede ser mañana mismo, añadiré una gratificación de un diez por ciento sobre el importe». «Cuenta con ello», afirmó el doctor. Apagó el cigarrillo y llamó de nuevo a Eva.

12

Urko

La mujer llevaba a dos niños de la mano, vestidos de domingo, con las caritas congestionadas y las tripas a punto de reventar por la presión. El padre los esperaba sentado, con un vermut en la mano, presidiendo la mesa, a medio metro de ella, porque la tripa le impedía acercarse. Pidieron para cenar las famosas chuletas de cerdo del asador y «Una botellita del vino de la casa, por favor».

La mesa que ocupaban se encontraba situada a la izquierda de Urko; a la derecha había una pareja de jóvenes muy enamorados y, frente a él, una señora grande, del tamaño de una mesa camilla, que comía como si se lo fueran a quitar. Olía a carne asada y a vino; en un discreto segundo plano, los perfumes y colonias competían entre ellos con escaso éxito, mucho menos del que tenían los cuadros con motivos rústicos y los aperos de labranza colgados de las vigas, que creaban ambiente, aunque la clientela solo reparaba en ellos cuando las conversaciones decaían o se volvían incómodas. Allí se había ido a comer, a hartarse si era posible, para contar al día siguiente lo llenos que salieron y lo bien que lo pasaron. Urko se levantó y fue al servicio. Se lavó las manos, esperando a que saliera el tipo que se estaba peinando, que no tardó en conseguir el efecto deseado y escapar a toda prisa para seguir zampando. Entró en el excusado y metió en el desagüe la esponja que había secado al sol, comprimida. El resultado era una masa compacta, áspera y reducida, del tamaño de una patata frita que al entrar en contacto con el agua y recuperar su forma original se convertiría en un problema muy caro para el restaurante. Seguro que tendrían que desmontar el suelo y levantar unas cuantas tuberías hasta dar con la esponja. Tiró de la cadena e hizo una foto con el móvil mientras subía el nivel del agua, repitió la operación en los otros retretes y salió a poner en práctica la segunda parte del plan.

Cuando le sirvieron las chuletas se desabrochó la camisa, porque se estaba agobiando solo de verlas. Recortó la grasa alrededor de la carne y se la tragó de un bocado, sin pan, bebió vino, cortó y empapó el primer trozo de carne sangrante en el aceite, lo introdujo en la boca y empezó a masticarlo. Otro trago de vino. Ya estaba notando la sensación. Miró a la familia a su izquierda, para asegurarse de que ya habían probado la carne. Los niños estaban rebañando el plato, con ansia canina, y los padres ya casi habían terminado. Hizo como que tecleaba algo en el móvil y les tomó una foto, para cubrir la noticia. Debía seguir. Un nuevo trozo de carne y más vino en la copa. Hizo un tremendo esfuerzo por controlar las náuseas y siguió comiendo. Tuvo el primer sudor frío antes de terminar las chuletas, sintió la primera arcada y se levantó, sin retirar la silla, volcándola al suelo, con el fin de que la atención de todos los comensales se concentraran en él. Se dirigió hacia la mesa donde estaban los niños, tambaleándose, como si fuera incapaz de controlar su trayectoria, y echó la

pota sobre ellos antes de que supieran lo que estaba pasando. El más pequeño empezó a vomitar. El otro le imitó de inmediato. Urko se agarró a la silla de la madre y dejó que su cuerpo resbalara hacia el suelo, como si no tuviera fuerzas para sostenerse. «La carne —dijo—, la carne...». Sintió una nueva arcada y dejó que un reguero de baba biliosa, con restos de cerdo resbalara sobre la camisa. Lo que se produjo a continuación fue una reacción en cadena por simpatía, una diarrea de vómitos espontáneos y una desbandada general a descargar al servicio atascado de devueltos. El restaurante olía mal y la gente salió escapada de allí, sorteando las apresuradas explicaciones de los camareros. Seguro que extenderían la noticia como la pólvora en sucesivas comilonas, que no serían en ese asador, precisamente, arruinándole el negocio al explotador de animales. Veinte minutos más tarde una ambulancia llevó a Urko al hospital, donde le dieron de alta después de hacerle unas pruebas y decirle que estaba bien, que le habría sentado mal la comida, seguramente. Se alejó del hospital, se enjuagó la boca en una fuente y bebió agua. Después, siguió caminando hasta que vio un ciberlocutorio abierto y entró.

Siempre administraba los contenidos de *cometetu.com* desde locutorios diferentes, poniendo nuevas fotos y actualizando los enlaces, las noticias y los vídeos cifrados que tenía almacenados en MEGA. Después de editar la noticia y difundirla por *meneame.net*, Facebook y Twitter, colgó en YouTube el vídeo que grabó en el matadero y lo tituló como el de la *Human Society* de hace unos años, porque era descriptivo y no se le ocurrió otro mejor: «Investigación encubierta con cámara oculta en un matadero». Lo vinculó con el *blog* y puso el enlace del último número de *Sombras y Cizallas*, copió y pegó un artículo sobre la historia del FLA, titulado: «La Banda de la Misericordia» y pegó nuevos códigos QR en la página de «Pasatiempos». Era hora de pasar a la otra pestaña, donde tenía la lista de proveedores de Granjafría, a los que pensaba dar caña después de mandar un comunicado a todos los clientes de la cadena. «Una partida de productos en mal estado de la marca Granjafría aún sin identificar está sembrando la desconfianza del consumidor. No es la primera vez que Granjafría, etcétera, etcétera...», recordando una vez más el jugoso incidente de las hamburguesas congeladas y los dientes de perro. Después de enviar los correos se ocuparía de los proveedores, de esos asesinos sádicos de los mataderos. Sabía que algunos de ellos tenían serias dificultades económicas debido a la crisis y estaban haciendo ERE con el fin de sanear sus economías. Para empezar, iba a colarles *FIRE* en sus ordenadores: les enviaría el troyano camuflado en una oferta de Granjafría, a través de Gmail. Aún no sabía cómo, pero pensaba arruinar todos sus negocios de exterminio animal, uno a uno, sin prisas, porque había decidido que esa iba a ser su misión en esta vida. Ahora que las flotas de camiones estarían más vigiladas, atacaría por otro frente. Conocía la ubicación de los criaderos de animales que surtían a los laboratorios en los que se infiltró, entre ellos una granja de visones, y llevaba tiempo pensando en abrirles las jaulas para que vivieran la libertad y para obligar al dueño a replantearse el negocio. Se frotó las manos, pestañeó cuatro veces, masajéo los ojos

con las yemas de los dedos y emitió un largo suspiro. Estaba un poco acelerado. Pagó y salió a la calle.

Echó a andar sin prisa hacia la ribera del río, que era donde había dejado aparcada la bici, fumando el cigarrillo que lio en la puerta del locutorio. Pensaba en sus inicios y en el detonante que había transformado a un chico inseguro y apocado en un convencido activista. Recordó el día que su hermano mayor entró en la casa con el alambre de la correa sin una sola presa. Le gustaba atravesar el pico a los pájaros con un alambre, colgarlos de la trabilla del cinturón y lucirse por ahí cuando se le daba bien. A él le molaba verlo. Se sentía orgulloso cuando iba con sus amigos y aparecía su hermano de pronto con el alambre repleto de pájaros. Ese día había ido a disparar con sus amigos a los árboles que había detrás de la casa y no consiguió ninguna pieza. Llevaba la escopeta de perdigones abierta, descansando sobre el antebrazo, como le había dicho su padre que debía llevarla después de arrearle una bofetada por apuntar un día, bromeando, al televisor. En la mano derecha, acurrucado en la cuenca, con la cabecita apoyada en un dedo, había un pajarito. Se lo ofreció a su madre, que le dijo: «¿Y qué quieres que haga con eso?». El pajarillo temblaba. «No sé, fríelo». Su madre se lo arrebató de la mano, le pegó un pellizco en el cuello, se lo retorció y le arrancó la cabeza como el que saca el tapón de un frasco, después lo echó a la pila de fregar, que brillaba como el primer día que la compró. La imagen del pajarito decapitado moviendo las patas, aleteando sobre la superficie de acero inoxidable, nunca le abandonará. Todavía veía las gotitas de sangre de la salpicadura, todavía soñaba con ellas. Durante la cena, su hermano no dejó de gruñir, estaba de mal humor porque sus amigos habían tenido suerte y él no. Cuando su madre le puso el pajarillo frito en el plato, rodeado de patatas como en un nido siniestro, al padre le entró la risa y todos le imitaron, hasta su hermano, que terminó de cenar y dejó al animal abandonado en el plato, entre restos de patatas fritas y yema de huevo. Su vida se fue por el desagüe y su cuerpo iría a parar al cubo de la basura. No sirvió para nada haberlo matado, salvo para provocar unas carcajadas humanas y el sufrimiento de una familia de pájaros que le echarían de menos durante un tiempo. Entonces cayó en la cuenta de que ese filete de lomo que estaba cenando, pertenecía a otro animal al que habían quitado la vida y troceado para que él pudiera comérselo. El haber visto a su madre matar, le mostró la realidad de la carne de la forma más directa, fue una revelación y a la vez su rito de iniciación, porque estuvo dándole vueltas en la cama hasta que tomó la decisión firme e irrevocable de no alimentarse nunca más de animales. Fue en ese preciso momento cuando la inquietud desapareció de su cuerpo y se quedó dormido. Al día siguiente se lo comunicó a sus padres, pero antes se lo dijo a su hermano, que le miró con desprecio y le llamó maricón. Se deshizo de toda la ropa que llevaba cuero o lana en su composición, y empezó a vestir éticamente. Unos meses después encontró el sitio web de Igualdad Animal, y se entretuvo durante un tiempo informándose y ofreciendo información a otros, asistiendo a reuniones, manifestaciones y actos de protesta. Cuando hablaba del tema con sus amigos, se

ponían a la defensiva y le atacaban. Poco a poco, sus intereses y sus amistades fueron cambiando. Entonces, descubrió la distribuidora Resistencia Vegana, descargó *fanzines*, documentales y libros y aprendió que había otras formas de actuación. Al terminar de leer el primer número de *Sombras y Cizallas*, sintió que había encontrado por fin espíritus afines y una forma de ser más efectivo ayudando realmente a los animales. Decidió dejar todo lo anterior, tomó la iniciativa y comenzó a actuar en la clandestinidad. Se convirtió en visitante asiduo de la página del Frente de Liberación Animal y empezó a tomarse en serio los pensamientos que le rondaban por la cabeza. Por primera vez en su vida utilizó la imaginación para algo en lo que creía firmemente. Se le ocurrieron un montón de planes y los fue ordenando en su mente para ponerlos en práctica mediante la acción directa. Lo primero que debía hacer era crear un *blog*...

Al llegar al colector por el que discurrían las aguas procedentes del curtido de piel, le llegó un olor fétido que le hizo arrugar la nariz; había visto que una parte del canal desaguaba a cielo abierto debido a una rotura, y el aroma que emitía indicaba que el caudal no estaba siendo depurado adecuadamente antes de verterlo en el Guadaletín. Conseguir el plano del alcantarillado de la ciudad no sería problema, y podría rastrear la pista al delincuente ecológico hasta dar con el colector culpable de los vertidos. Mientras caminaba iba sopesando una posible acción contra las curtidoras, pero le pareció que todavía no era el momento. Hizo algunas fotos para documentar un artículo sobre el tema y empezó a darle vueltas, aunque decidió que lo mejor sería pedírselo a Fefe, que escribiendo tenía mucho más gancho que él. Cuando llegó al Puente Alberca se sentó en el pretil de piedra, junto a la bicicleta, con los pies penduleando sobre el lecho seco del río. Un reguero de agua que desaparecía por una trampilla enrejada que lo soterraba, era lo que quedaba del orgulloso Guadaletín tras su paso por los embalses que regulaban el flujo. Tenía mal sabor de boca y le estaba entrando hambre. Sacó del bolsillo un plátano que cogió del restaurante y se lo comió, lentamente, saboreando cada bocado, atento al rumor de la brisa que se había levantado. Cuando terminó, lio un cigarrillo, lo encendió y aspiró el humo. Lo expulsó por la nariz, con la mirada desenfocada, perdido en sus reflexiones. Estaba pensando cómo iba a quemar el matadero.

Una hora después, Proaza leía la noticia en *cometetu.com*: «El popular asador de Lorca se encuentra bajo la inspección de la Consejería de Sanidad, debido a una grave intoxicación sufrida por numerosos clientes a los que sirvieron carne de cerdo en mal estado. Se comenta que podría haber denuncias...». Leyó de nuevo el titular «Carne en mal estado» y frunció el ceño. ¿Qué tenía que ver eso con este *blog* activista? Ahí no cuadraba una noticia de salud pública. Decididamente, no cuadraba.

A no ser que fuera algo más que una noticia de salud pública, un comunicado, un aviso, una acción encubierta, tal vez. El enlace venía de *meneame.net*, con 237 meneos, 178 clics y un karma de 618, a punto de alcanzar la portada tan solo unas horas después de haber sucedido. La cantidad de veces que se compartiría en las redes sociales podrían ser suficientes para dejarle tocado frente a sus competidores, incluso hundirle el negocio. ¿Y si alguien estaba orquestando una acción, aprovechando el revuelo, para poner en jaque a toda una franquicia de asadores? Que la noticia no esté firmada no quiere decir nada, incluso le da la razón. Se puede difundir si se obtienen resultados para la causa, da igual si el hecho ha sido fortuito o si lo ha provocado alguien intencionadamente. Esto es una lucha de los que no comen carne contra los que sí, para salvar vidas y causar daños a quienes se benefician haciendo negocios con los animales. Están tomando posiciones y actúan de una manera tan eficaz porque no existe ninguna organización formal tras ellos, con oficinas, un líder y una lista oficial de miembros. Cada cual ataca cuándo quiere y dónde le parece, motivados por su indignación, no están conectados analógicamente, ni se conocen, ni siguen un plan determinado, por lo que resultan indetectables. La guerrilla perfecta. Alguien dijo, no recordaba quien, que la paranoia es el ajo en la cocina de la vida, pero también dijo que nunca debes poner demasiada. Miró a Virginia, que dormía con la cabeza apoyada sobre su hombro; una mano abandonó el teclado y empezó a moverse en dirección al pantalón del pijama de ella. Cerró el ordenador. Le hizo cosquillas bajo el elástico, hundió la nariz en su pelo y la besó en el cuello. Virginia suspiró...

Gente de repuesto

Proaza preparó un desayuno dulce: tortitas con chocolate fundido, zumo de melocotón y café con leche de almendras. Desayunaron tranquilos, sin demasiadas palabras, intentando reagrupar las ideas necesarias para poner en funcionamiento sus propios cuerpos. Podía demorarse y lo hizo, porque despertarse junto a Virginia y ver su cara hinchada por el sueño, reaccionando poco a poco a la luz del día le llenaba de felicidad y le hacía sentir un tipo privilegiado. Incluso podía tomar un segundo café, ya que el informe lo redactó la noche anterior, al final de la jornada, que es el mejor momento para recapitular.

Los nuevos datos que el forense aportó indicaban que, además del aceite de rosa mosqueta, había un hongo de la variedad *M. bovis* en la camiseta de Gustavo, a la altura de las axilas y únicamente en esa parte del cuerpo, como si alguien le hubiera agarrado por los pies, otro por los sobacos, y este último le hubiera contaminado. «Pregunta: —decía el *post-it*—, ¿qué tipo de profesiones provocan humedad en los dedos y mantienen las condiciones necesarias para que se desarrolle este hongo?».

—¿Usted lo sabe? —Le preguntó a Luzón desde el móvil cuando ya estaba llegando a la comisaría.

—Pues claro. Y usted lo sospecha, no sea modesto —y soltó de un tirón—: las profesiones que utilizan guantes de látex o goma: limpiadores, albañiles, pescadores, carniceros, matarifes, enfermeros, médicos, etcétera. Descarte usted las menos probables y se habrá acercado un poco más a la persona que transportó el cadáver de Gustavo y lo dejó tirado en aquel descampado.

—¿Por qué cree usted que lo dejaron ahí?

—Tal vez porque está lo suficientemente alejado de donde residen.

—O porque está lo suficientemente cerca de lo que necesitan —añadió el inspector—. ¿Sabe a cuántos kilómetros de allí está el Hospital Los Brezos?

—No lo sé, no conozco bien esa zona.

—A unos siete kilómetros. Yo vivo cerca.

Eso mismo fue lo que contó Proaza en la reunión del grupo, cuando le preguntó el comisario, y casi todos le aconsejaron que investigara a los médicos y al personal sanitario. Empezar por ese hospital había sido lo correcto y lo más adecuado, ya que era el más cualificado de la zona y el único que podía efectuar ese tipo de intervenciones. Parecía lógico, dadas las circunstancias, porque los argumentos del forense encajaban sin descartar su teoría: «Lo dejaron ahí porque estaba cerca del hospital y alejado de dónde vivían ellos». ¿Y el doctor Pereira? ¿Y por qué pensó en

Pereira y no en Soto o Cornet? Miró en la lista de empleados del hospital y comprobó que Pereira residía en Cartagena, lo suficientemente alejado del lugar de los hechos. El doctor Soto, en cambio, vivía en Pozo Aledo, a cinco minutos del hospital, al igual que Cornet, que tenía el domicilio en Avilese, a seis kilómetros escasos de dónde encontraron el cuerpo. ¿Los descartó por eso o porque le cayeron más simpáticos que el estirado de Pereira?

Salía de comisaría cuando recibió una llamada de Marín.

—La letra de la pintada que había en los establos coincide vagamente con la de unas acciones llevadas a cabo en Lorca la madrugada del miércoles —el jefe de prensa del departamento de Comunicación de la Policía le había hecho llegar las fotos—. Como tú dices, es demasiada casualidad que los del FLA estén alborotando tanto en la zona. Gracias por el dato, Proaza. Estoy convencida de que la pintada de la casa del torero es una copia y una distracción.

—¿Una copia de qué?

—De la de los establos.

—¿Ponía exactamente lo mismo?

—No ponía lo mismo, pero el dibujo de la A anarquista está calcado. Puede que lo copiara de ahí.

—¿Para inculparlos?

—Y para camuflar lo que realmente sucedió allí. Esa chica, Tati. ¿Dijiste que era activista?

—Sí, y lleva un parche del FLA cosido en la riñonera.

—Pues tendré que ir a verla, porque de momento es la única conexión que tengo. Vive en Lo Pagán, ¿verdad?

—Sí, con su padre. Pero creo que hoy la encontrarás en Lorca, en la casa okupada. —Proaza le indicó cómo llegar—. Mantente alerta, Aurora, que te estás acercando a alguien muy violento y peligroso.

—¿Tati?

—No, mujer, el que mató al torero.

—Para eso llevo al *mosso*, para que me proteja.

Rieron, pero la risa de él le salió un poco amarga, sin ganas. El nuevo llevaba tres jornadas de prácticas y la inspectora se lo puso muy difícil el primer día. Le daba pena que fuera tan exigente con él y que le hubiera humillado delante de todos. Sabía el motivo, porque ella misma se lo había contado: en una manifestación que hubo en Cartagena, los antidisturbios zurraron a su padre y ella vio la carga en YouTube.

Arrancó el Opel, puso la radio y se llevó una grata sorpresa porque Rock FM emitía un programa monográfico dedicado a Led Zeppelin: sonaba «Immigrant Song». Condujo despacio hacia San Javier. Iría a ver a los enfermos que habían renunciado a la lista de espera, para escuchar aquello que tuvieran que contarle, porque uno de los motivos para quitarte de una lista de espera es que ya no necesites lo que antes necesitabas. ¿Por qué razón...? ¿Porque te has resignado a morir o

porque has comprado uno nuevo en el mercado negro? Eso era lo que intentaría averiguar. Al primero lo encontró sentado en un banco frente a su casa, bajo la sombra de un sauce llorón, con un gorro de golf lleno de lamparones y una revista en la mano:

—Pero bueno —dijo con sus labios arrugados—, ¿es que no me van a dejar morir en paz? Me tienen años en esa lista de mierda y cuando decido abandonarla para irme al otro barrio tranquilo, no paran de importunarme. Ustedes los médicos son todos...

—No soy médico... —intentó defenderse, pero el hombre no le dejó continuar.

—Pues si es enfermero peor todavía, siempre con las jeringuillas sacándote sangre. Mire como tengo los brazos... Y ¿para qué?

—Soy el inspector Proaza, de Homicidios —le enseñó su placa.

—¿Y qué tengo que ver yo con la policía? No me diga que ahora es delito borrarse de una lista de espera.

—No, señor. Solo quería hacerle unas preguntas relacionadas con un caso que estoy investigando.

—Pues haberlo dicho antes, hombre. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Qué podría decirme del doctor Pereira?

—Nada, porque no le conozco.

—¿Y del doctor Soto?

—Lo mismo.

—¿Y del doctor Cornet?

—Ese era mi médico, precisamente —y añadió con saña—: el muy sinvergüenza.

—¿Por qué dice eso?

—Porque coló a otros que iban detrás de mí.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque los conozco. Ha colado a cinco, que yo sepa. De cuatro me enteré por amigos y conocidos, pero el quinto fue un antiguo compañero de trabajo y él mismo me lo confirmó.

—¿Y no pudo mentirle?

—Para qué iba a hacerlo, inspector. Yo mismo vi la cicatriz en el pecho.

—¿Estamos hablando de una operación de corazón?

—Sí, señor.

—¿Una operación reciente?

—De hace tres semanas. Yo tenía miocardiopatía dilatada y él insuficiencia cardíaca. Como su padre conocía al padre del doctor, pues a colarle. Cornet mismo fue quien le hizo el trasplante, cuando llegó la primera donación.

—¿Por eso se quitó de la lista?

—Exactamente, por eso.

—¿Le preguntó usted al doctor si había otras formas de conseguir un corazón?

—No, señor. Yo he pagado cuarenta y cinco años a la Seguridad Social, para que me atiendan ahora que los necesito, y no voy a pagar otra vez por lo privado.

—¿Le propuso ir a algún otro país, tal vez?

—No me propuso nada, pero si lo hubiera hecho le habría cantado las cuarenta.

—¿Y por qué no le denuncia por colar a otros pacientes?

—¡Coño, no se me había ocurrido! Me gasto la pensión en las tasas judiciales y me muero de hambre durante el proceso. Lo pensaré cuando se haya marchado a su mundo de fábula y me deje en paz, inspector.

A Nicolás Sanguino, el paciente con hepatocarcinoma, no pudo encontrarle porque estaba de vacaciones, «Por ahí, a lo lejos», según le indicó la anciana portera del edificio desde la ventana de su garita, refiriéndose a que estaba en el extranjero y que tardaría «No sé cuánto en volver».

—Si ayer hablé con él por teléfono —se extrañó el policía.

—Es que se ha ido esta mañana.

—¿A qué hora?

—Se fue con la fresca... —le aclaró la portera—. ¿Quiere que le diga algo cuando vuelva?

—No hace falta, señora. Muchas gracias.

Al tercero, el del síndrome de Marfan, le costó convencerle de que le abriera la puerta, después de gritar: «¡Bandidos!». «¡Me estáis matando!» y «Ya me lo decía mi Daniela». Cuando le dijo que era policía y que investigaba un caso de asesinato, se abrieron todos los pestillos y salió un hombre en bata de invierno, medio calvo, despeinado, con una mella y oliendo raro. «Me encantan los asesinatos», dijo invitándole a pasar. Olía a alcohol de romero. Era una casa oscura de enfermo, con olores de enfermo y cajitas, frascos y tubos de medicamentos repartidos por todos los rincones. No habría estado de más que hubiera abierto una ventana.

—Mi médico era el doctor Pereira, sí —por entre la mella se le escapó un silbido—. Don Ricardo le llamaba yo. Era una gran persona, muy elegante y estirado... ¡El hijo de la grandísima puta!

—Vaya... —Se sorprendió Proaza, que no esperaba ese arranque de ira—. ¿Por qué dice eso?

—Porque todo el mundo cuenta que la lista de espera de los hospitales es un cachondeo. Y yo me estoy muriendo, ¿sabe usted? —El anciano mostró su mirada más trágica.

—¿Y usted los cree?

—Yo digo lo que oigo y lo que veo. Periodismo horizontal ¿sabe? Si no, ¿cómo voy a enterarme de lo que sucede? Aquí estoy sentado, observando desde mi ventana y en directo lo que pasa, y mi vecino, que antes estaba detrás, ahora se encuentra delante...

—¿Le propuso alguna otra alternativa?

—¿Mi vecino?

—No, el doctor, Pereira.

—¿A qué se refiere? ¿Un soborno, un sobre de esos que están ahora de moda?

—Me refería, más bien, a ir por lo privado. Tal vez algún viaje a un país dónde podría salir más barata la operación.

—Está usted de cachondeo, ¿verdad? ¿Y con qué iba a pagarlo? ¿Con lo que me han dejado de pensión...?

Eso no lo había pensado, pero estaba claro que antes de proponer un negocio de esas características a alguien, el misterioso doctor se aseguraría previamente de que el paciente podría pagarlo, porque solo proponerlo ya entrañaba un considerable riesgo. Ni el de la miocardiopatía dilatada ni este buen hombre hubieran podido permitirse un trasplante fuera de la Seguridad Social; pero el del cáncer de hígado vivía en un edificio de una urbanización moderna, con garaje, piscina, gimnasio, cancha de tenis y servicio de portería. Ese sí que parecía solvente. ¿Estaba de vacaciones «por ahí», como decía la portera, o estaba recuperándose en una clínica clandestina? De momento no le quedaba más remedio que esperar. Ya le preguntaría cuando volviera. Más de lo mismo. ¿Tiempo perdido o datos que pueden hacer sonar la campana en algún momento? Ni lo sabía en ese instante ni tenía forma de saberlo, aunque lo sabría en su momento cuando los datos fueran encajando. Mejor poner la música, porque no estaba en condiciones de pensar y ni siquiera entendía lo que estaba pensando. Arrancó el coche. El turno de tarde empezaba a las tres y tenía que hablar con Brunilda Vásquez.

Necesitaba cafeína.

Cuando llegó al hospital buscó aparcamiento, bebió lo que le quedaba de la lata que compró en la gasolinera cuando repostó y decidió que tomaría otra en la cafetería del hospital. Apagó la radio. Al salir del coche se cambió la pistola de sitio, porque le rozaba en la ingle, cerró la puerta y guardó la llave en el bolsillo delantero del pantalón, enganchada a la trabilla por un mosquetón.

Entró al hospital, preguntó en Recepción y una mujer muy amable, con el peinado de los *clicks* de Famobil, le indicó con muchas más palabras de las necesarias, cómo podía encontrar a la enfermera. Antes de que Proaza pudiera darle las gracias, la mujer se lo repitió todo de nuevo sin perder la sonrisa. Siguió sus indicaciones y, después de dar mil vueltas y perderse numerosas veces, decidió pedir ayuda a un técnico de rayos que pasaba por allí.

—Siga este pasillo, al llegar a los ascensores tuerza a la izquierda, baje un piso y métase por el pasillo equivalente a este. Allí, en Control de Enfermería, encontrará a Brunilda. Se encuentra usted bien situado, pero en la planta equivocada.

Cuando encontró a Brunilda Vásquez, entendió por qué la apodaban la bruja. Aunque era una mujer atractiva y se conservaba muy bien para su edad, parecía amargada y te observaba con desconfianza. Había resentimiento y temor en su mirada y te echaba la culpa de todos sus males. No tenía coartada, vivía con su hija llamada Camila, que esa noche no durmió en casa, y el coche con el que venía a trabajar al hospital era un Smarth Fortwo de segunda mano que compró nada más llegar de Santiago de Chile. Le miraba de costado, como si tuviera prisa o estuviera a punto de

perderse algo, aunque se encontraba sentada detrás del mostrador y no estaba haciendo nada cuando él llegó.

—¿La estoy entreteniendo?

—No, es que este tipo de situaciones me crean ansiedad.

—No le entiendo. Solo son unas preguntas.

Puso cara de disgusto, como si no quisiera hablar de lo que estaba hablando, giró la cabeza para mirar al inspector y le apuntó con la nariz, como hacía Garrido:

—Eso mismo nos decían en tiempos de Pinochet gente como usted: «Solo son unas preguntas», y si no contestabas lo que ellos querían pasaba lo que pasaba... — Permaneció con la mirada clavada sobre la guzmania que había en el mostrador y no dijo nada más.

—Bueno, le he hecho unas preguntas y usted ha contestado lo que ha querido. Yo no la he obligado a nada, Brunilda.

—¿Y qué hubiera sucedido si yo no hubiera querido contestarle? —La enfermera apretó los labios y le retó con la mirada.

—Que habría ido a preguntar a otro sitio —respondió el inspector.

Se tomó un café con hielo en la cafetería y se fue a su casa. Qué calor hacía, joder...

Por la tarde, después de la siesta, Proaza no terminaba de ponerse en marcha. No era el calor sino la falta de motivación. Se encontraba en punto muerto y no sabía por dónde tirar. Llevaba tres cafés y media tableta de chocolate y no le apetecía salir para freírse bajo el sol sin tener ni idea de la dirección en la que debía buscar.

—¿Hoy no trabajas?

—Estoy trabajando, pero ando perdido y no sé qué hacer con lo que tengo.

—Eso parece la letra de un tango. ¿Qué es lo que tienes?

—Algo sólido, pero no me sirve de nada.

—¿Cómo de sólido? —Mientras hablaba, Virginia dibujaba en su portátil; había terminado los cuerpos de los hombres de lata que iban a aparecer en su cuento y estaba eligiendo los materiales: las caras de bronce, la ropa de charol, los ojos de cristal. Parecían enterradores decimonónicos.

—Oye, Vir, ¿no están quedando un poco tenebrosos?

—Es que los hombres de lata son siniestros, como los vampiros, los ogros, las brujas y los hombres grises. Son los que se llevan las materias primas de los países emergentes, por eso los niños que viven allí pasan hambre.

—¿Los adultos no?

—Los adultos, también.

—Pero es un cuento para niños, ¿no? ¿Quieres que se caguen de miedo y que sus padres te denuncien por maltrato psicológico? Vas a traumatizarlos y a crear monstruos que después tendré que salir a detener yo.

—Los monstruos nacen de la mentira, no de la verdad. Lo que quiero es que experimenten otras emociones y que puedan apreciar la diferencia. Un día tendrán que elegir entre ser de lata o de carne y quiero asegurarme de que elijan bien.

—¿Los adoctrinas?

—Les muestro.

—¿Les muestras tu doctrina?

—Les llevo hasta un balcón, levanto las pestañas y les enseño a ver a través de mis ojos.

—¿Tu propio mundo?

—Mi mundo es un reflejo del mundo real, construido para que uno pueda mirarse en el otro y se aprecien unas diferencias.

—Que eliges tú.

—Yo no elijo lo que pasa en el mundo.

—Pero sí las diferencias que señalas.

—No estoy tan segura de eso. Creo que siempre han estado ahí, porque otros también las ven.

—Buscáis coincidencias y os reafirmáis entre vosotros, para creer más firmemente en lo que creéis.

—¿Y en qué creemos, listillo?

—En esas diferencias.

—Pues yo lo que creo es que estoy adaptando algo terrible que sucede en la realidad a un cuento para niños, y lo hago libremente, porque la historia me conmueve y quiero transmitirla.

—¿Quieres o necesitas?

—Para mí significa lo mismo.

—Pero no lo es, porque en un caso tú eliges y en el otro te ves arrastrada.

—Pues lo quiero ilustrar porque lo necesito.

—Ya... —Silencio de esos...—. Estoy atascado, Vir.

—Dijiste que no podías hablar de «tus cosas» conmigo.

—No son mis cosas. Es una investigación que no avanza y que no debería contarte, desde luego.

—Pero...

—Pero es que verás... —Y le contó todo el caso, lo que tenía y lo que sospechaba, lo que buscaba y lo que no sabía que buscaba, incluso le enseñó las fotos del expediente—. Busco a una tal Eva, joven y chilena, con una Volkswagen California blanca, que usa aceite de rosa mosqueta; también busco a una persona con una infección de hongos en las manos. Sé por qué asesinaron a Gustavo, pero no dónde están escondidos los que lo hicieron.

—¿Por qué supones que se esconden si no sabes quiénes son? Tienes que ir de nuevo a ver a Brunilda, pero no al hospital, sino a su casa, por si encuentras algo allí.

—Virginia, esto no funciona de esa manera. No puedo presentarme ante el juez y

pedirle una orden de registro así como así.

—Pero puedes presentarte en su casa de sopetón y preguntarle algunas cosas que olvidaste apuntar cuando hablaste con ella. Necesitas algunos datos personales para el informe y tal y cual. ¿Está casada? ¿Qué edad tiene su hija? ¿De qué trabaja? Si su hija no le pudo servir de coartada esa noche, ¿dónde estaba? ¿Tiene coche? ¿Por casualidad usa aceite de rosa mosqueta? Mírale los dedos, por si tiene hongos. Observa la decoración con curiosidad, como si te fascinaran los objetos de Chile que tendrá con toda seguridad esparcidos por la casa; busca en las fotos, que algo verás en ellas, déjala que hable de su tierra y saca conclusiones.

—Pero...

—Ni pero, ni pollas, Juanito. Mañana vas a verla y después me cuentas. Ahora vamos a seguir hablando de mi cuento. ¿Qué es lo que no te gusta de los hombres de lata? Ya sé: te parece excesiva la nariz. ¿Y si les pongo gafas opacas a todos, como si no pudieran ver lo que hacen? ¿No te parece que eso les daría un aire más misterioso? Me miras como si no hubiese gente así por el mundo, parásitos que actúan como autómatas ciegos, haciendo el mal. ¿Hay que ocultarles eso a los niños? ¿Seguimos asustándoles con la bruja y el lobo hasta que se vuelvan igual de idiotas que sus padres?

Omar estaba preparado para la operación porque era su destino, había rezado a Dios y Él nunca se equivocaba, aunque eso mismo fue lo que pensó cuando embarcó en la patera y mira como le fue. Mientras Eva le administraba la anestesia a través del goteo, le dio las gracias al doctor, emocionado, por haber contado con él para la donación, porque así su familia tendría la oportunidad de venir a España y podrían estar juntos de nuevo. Le enseñó la foto de su mujer y de sus dos hijos. Con los ojos empapados en lágrimas le hizo prometer al cirujano que enviaría el dinero a su familia si la cosa se complicaba y él fallecía durante la operación.

—No te preocupes, hombre, mandarás el dinero tú mismo. Solo es un riñón y esta operación la hacemos muy a menudo —aún así le hizo escribir el nombre de su esposa y una dirección de Argelia que le obligó a guardarse en el bolsillo, después rezó algunas oraciones que no se acababan nunca. Todo estaba listo y las demoras no eran buenas. Había que empezar ya. Le introdujo un termómetro en la boca para que se callara, aumentó el tiro del goteo y Omar cerró los ojos, por fin.

Cuando salió el último de los empleados, el encargado activó la alarma, echó el cierre

eléctrico y terminó de encajar con el pie una de las placas, la que siempre se atascaba. Salió por la puerta de la oficina, porque le gustaba que le vieran limpio y aseado, como si fuera un administrativo más. Carpetas y papeles, bolígrafos y sillas con ruedas, cómo le gustaba todo eso a Ramón. Llevaba dos bolígrafos y un lápiz en el bolsillo, siempre a la vista, para que la gente viera que en su trabajo escribía cosas, cosas importantes. Cuarenta y cinco minutos después otro hombre abrió el cierre eléctrico, desactivó la alarma y una Volkswagen blanca entró por la puerta con las luces encendidas. Conducía una mujer, que apagó el motor y bajó de la furgoneta a toda prisa. La mujer y el hombre transportaron una camilla con alguien dentro, cubierto hasta la barbilla por una sábana verde. Llevaba el ambu conectado a una vía de oxígeno. El doctor conducía a un anciano en pijama, sentado en una silla de ruedas. El olor a sangre era insoportable y le hizo arrugar la nariz. Junto a la sala de despiece, había una enfermería muy bien acondicionada para ser solamente la enfermería de un matadero y no una inversión camuflada. Cuando dejaron al donante dormido sobre la brillante mesa de acero, el anciano se tumbó sobre una camilla donde la enfermera preparó el campo quirúrgico para la operación. Estaba algo inquieto, rumiando sus miedos e inseguridades. Desde que entró en la furgoneta no paraba de darle vueltas a una cosa.

—Oiga —preguntó por fin el anciano—. ¿No pasará nada porque el donante sea negro, verdad?

14

Cibertage

Sentado frente al monitor, Urko escuchaba «Ready To Fall», con los cascos puestos. No hay nada como ponerla a toda hostia para realizar acciones, cuando el resto de los mortales duerme y los explotadores bajan la guardia. Tecleaba al ritmo de la música, como si estuviera poseído. Había camuflado *FIRE* en una promoción:

«La campaña de Granjafría, “Tu desayuno es lo primero”[®], ofrece al consumidor la posibilidad de disfrutar de un desayuno completo precocinado: dos huevos fritos, filete de lomo con patatas y cuatro sabrosas lonchas de beicon. Solo tiene que introducir el recipiente en el microondas y dejarlo un minuto. ¡Buen provecho!». (Cubiertos incluidos para los primeros mil pedidos).

Le acompañaba la foto de los cubiertos y la del expositor donde unas azafatas ofrecían degustaciones gratuitas de los productos de la marca y entregaban *flyers* informativos. Si querían saber más, solo tenían que clicar sobre la foto, que les mandaba a una réplica de la página de pedidos de Granjafría, alojada en una de las muchas nubes cifradas del activista. Allí recibían información sobre cómo podían conseguir las invitaciones, con las que participarían en un sorteo especial de quince bicicletas eléctricas. «Introduzca su *e-mail* y pulse enviar». Cuando pulsaban enviar, lo que en realidad hacían era dar su consentimiento para que el troyano se les instalara y efectuara en el registro cambios irrevocables. En unos minutos, todo el *software* quedaría contaminado. No podrían trabajar con los programas, ni desinstalarlos, ni pasar el antivirus, ni acceder a sus propias bases de datos de clientes y proveedores, que recibirían un aluvión de *spam* a través de sus direcciones de correo, quedando señalados como no seguros y bloqueados en el listado de contactos. La única alternativa que les dejaba el troyano era formatear los discos o comprar nuevos equipos y volver a empezar desde el principio. Un montón de pérdidas y de trabajo. «La próxima vez que recibáis promociones de Granjafría, os lo pensaréis dos veces». Cuando hubo terminado, dejó programado *FIRE* para que eliminara a las doce de la mañana del viernes el contenido cifrado de la nube, y se lio un cigarro. Mientras fumaba, se le ocurrió una idea para arruinar a Mecánicas Orozco, S. L., los que fabricaban el equipamiento y surtían a las carnicerías y mataderos de instrumentos asesinos. Lo primero sería colarles *Poison Ivy*, para descubrir los puertos abiertos y poder gestionar todos sus equipos remotamente. «No voy a descansar hasta que dejes de ganar dinero con la industria de la muerte. Ya lo verás,

Orozco». Subió el volumen de la música y, sin levantarse de la silla, empezó a bailar: sonaba «Citizen Erased».

Moho bajo las uñas

Para extirparle el hígado a Omar, el doctor escogió un bisturí con sus dedos de látex, lo estuvo observando como si pudiera identificar a los microbios a simple vista y lo agitó en un recipiente con alcohol para desinfectarlo. Después de secarlo con una gasa estéril, trazó una incisión en la parte superior del abdomen y un hilillo de sangre recorrió la oscura piel del argelino hasta la mesa de acero. Seccionó los vasos sanguíneos y las vías biliares e hizo la misma operación en el cuerpo receptor; extrajo ambos hígados, uno lo tiró en una bandeja y el otro lo introdujo con sumo cuidado en el cuerpo del anciano, después, conectó los vasos sanguíneos y las vías biliares. La operación duró nueve horas y treinta y siete minutos, pero salió bien. El trasplante había estado en manos de un cirujano de primera; Eva se ocupó de las transfusiones y el goteo, suturó las incisiones con precisión, aplicó una pomada antibiótica y protegió los puntos con una gasa, mientras el ganadero limpiaba y trataba de decidir qué hacer con el cadáver.

El viejo había comprado el hígado sano de un donante ingenuo y podría seguir vivo cometiendo excesos gracias a él, al menos unos años más. Sabía que a esa operación nadie se presta voluntario, por lo que su catadura moral se encontraba al mismo nivel que la del cirujano que había realizado el trasplante y los que le habían asistido. Como uno no puede fiarse de tipos que matan a alguien para que otro pueda vivir, el anciano se cubrió las espaldas para seguir teniendo cierto control, porque con esta clase de gente nunca se sabe. Aunque todos estaban contentos porque habían ganado un montón de dinero, la cosa había durado más de lo previsto y aún debían estabilizar las constantes vitales del paciente, si es que querían cobrar ese astuto diez por ciento añadido. También tenían que deshacerse del negro, y tirarle en un camino cuando ya empezaba a amanecer, entrañaba demasiados riesgos. Mucha gente te podía ver sin que tú les vieras a ellos. Si no les habían pillado todavía era porque preferían ser cautos y evitar la incertidumbre. «Solo cuando la cosa es segura al cien por cien se hace, si no, no se hace», esos eran los estatutos de su asociación criminal y, de momento, les había ido bien. Decidieron que llevarían al viejo a la consulta del doctor. Eva empujaría la silla de ruedas, el doctor iría delante con su maletín, dándole a la escena el grado de respetabilidad necesario, subirían al viejo en el ascensor, le acomodarían y ella se quedaría cuidándole durante una semana, viviendo a cuerpo de reina, mientras el doctor cumplía con su turno en el hospital y el ganadero seguía con su negocio. Jacinto Montero ocultaría al argelino en la cámara frigorífica antes de que empezaran a llegar sus empleados. Si la operación no se hubiera demorado tanto, podría haberlo hecho pedazos en la sala de cuarteo y echado en la picadora de carne. Pero ya no había tiempo para eso.

Cuando la furgoneta salió del matadero, estaba amaneciendo y los empleados empezaban a despertarse. El ganadero echó las persianas de la enfermería y cerró la puerta con llave. «Ya la limpiaré después». El cadáver lo ocultó bajo unos costillares en una de las cámaras frigoríficas, que también cerró con llave, y echó el cierre eléctrico. Lo haría desaparecer después, tal vez esa misma noche.

Ramón se levantó de la cama, fue a mear al cuarto de baño y zarandeó a su madre para que le preparara el desayuno. Un desayuno a la americana, para afrontar bien el día, con huevos fritos, beicon muy hecho y un vaso doble de café, con mucho azúcar. Frente al espejo intentó alisarse el cabello ondulado sin conseguirlo; su cabeza parecía un sembrado donde florecían unos copos de caspa aquí y otros allá. Sacudió el pelo sobre el lavabo, se quitó las legañas con el dedo y se lavó la cara; después, limpió meticulosamente con el cepillo las uñas de ambas manos, una a una, hasta casi sentir dolor, y aplicó la pomada antibiótica que le había dado la enfermera. Qué lista era y qué guapa. Solo de pensar en ella se le ponía dura. Antes de salir de casa se colocó los bolígrafos en el bolsillo de la camisa frente al espejo, en el orden que a él le gustaba para parecer más interesante, miró a la madre, le tiró un beso al aire, intentando que no se le notara que era fingido, y cerró la puerta. Siempre iba caminando hasta el matadero, apenas veinte minutos a pie respirando el aire puro de la mañana, escuchando la música del móvil. Cómo le hacía de reír El Koala ese y qué *salao* era: «Soy *capaó*, soy *capaó*...», cantaba por lo bajini, recorriendo las calles de Lorca. Ni siquiera se fijó en las pegatinas antiespecistas que había por las farolas, que para él formaban parte del paisaje urbano, como las grietas y los desconchones del terremoto del pasado año. Abrió la verja silbando, se paró ante la persiana metálica y se le congeló la melodía cuando comprobó que no estaba cerrada como él la dejó: esa última lámina que siempre había que pisar. Entonces vio las huellas que se perdían tras la puerta. «Problemas», pensó. Le entró un poco de canguelo. Ayer no limpiaron la entrada porque había fútbol y observó dibujadas en la sangre seca del suelo las marcas de unas ruedas. «Con eso la poli les caza en dos coma tres... ¿Qué, que no?», pensó para tranquilizarse. Y para darse autobombo imaginó que saldría en *El Lorquino*, como alguien avisado y listo que se dio cuenta de las cosas. Su madre, orgullosa, enseñaría el periódico a las vecinas para compartir la gloria. Iba a investigar en serio. «A ver ¿un vehículo grande pero no demasiado?», se preguntó a sí mismo: «Una furgoneta, tal vez», se respondió. Qué sagaz era. Se lo decía su padre, que en paz descansa. «¿Y si han entrado a robar?». Eso no era bueno para él. Nada bueno. Empezó a dar vueltas en círculo, acumulando inquietudes porque, como él tenía las otras llaves, iba a ser el principal sospechoso. «Tengo que hablar con el jefe... ¡Joder, no puedo perder este trabajo!». Ya empezaban a picarle otra vez los

dedos.

Terminó de abrir la puerta, con el semblante mustio y el ceño fruncido, temiendo lo que pudiera encontrar dentro. Inspeccionó las instalaciones, sin encontrar nada fuera de lugar. Eso aplacó su ánimo y disipó la tormenta que había empezado a formarse dentro de su cabeza.

Los empleados fueron llegando...

—Olvídate de esas huellas —le tranquilizó don Jacinto, una hora después—. Ayer por la tarde vino la asistenta de mi hermano...

—Que en paz descanse.

—Gracias, Ramón. Como te decía, ayer vino Brunilda con la furgoneta de su hija, ya sabes... —Él sabía, porque su hija era la enfermera, como allí la llamaban, que le curaba los hongos a él y a los otros matarifes y les ponía cachondos a todos—. Pues que vino a hacer la compra, coño.

—Ah, ya entiendo, unas paletillas para la despensa.

—Esta tarde cuando cierres, cógete una y que te la haga tu novia.

—Si yo tuviera novia... —Dejó la continuación en suspenso, como un grandioso enigma.

Estaba intentando ser generoso por razones obvias, y el retrasado le importunaba con sus miserias. La vida familiar y las intimidades de sus empleados no le interesaban, es más, le daban grima y siempre que podía, evitaba el trato directo con ellos. Si confraternizabas, te podían pegar cualquier cosa al menor descuido.

—Pues tu madre o la que sea, coño, si es un decir. Anda que no eres corto ni na, Ramón.

—Muchas gracias, don Jacinto, es usted muy agradecido —dijo tendiéndole la mano. No era exactamente lo que quería expresar, pero el ganadero lo entendió.

—No las merecen —giró la cabeza y observó la mano con desdén, que seguía a medio camino, suspendida en el aire—. ¿Qué haces ahí parado con la boca abierta? Ya puedes irte, hombre... —Cuando cerró la puerta, sacó la pomada del cajón del escritorio y se la aplicó en las uñas. Notó un alivio inmediato. Mira que si era sugestión. Pero no. No podía ser, porque el mofo se le estaba curando.

Proaza buscaba novedades en *cometetu.com*. Lorca se había despertado el miércoles empapelada de pegatinas, habían hecho pintadas en una peletería y reventado las lunas de una carnicería y un *Burger*; también mencionaba el sabotaje con silicona a las cerraduras de algunos comercios. Lo curioso es que la acción era anterior a la grabación en el matadero, y la había reseñado después. ¿Quería decir eso que no había sido cosa suya? Probablemente. En el apartado «Pasatiempos» había siete códigos QR. Los escaneó, pero al igual que los anteriores solo contenían unas cifras.

Decidió ir al invernadero donde el agente vio a unos temporeros con tiritas en el brazo, preguntó y le contestaron que una joven enfermera solía venir cuando había nuevos empleados para hacerles los análisis, que eran obligatorios si querías trabajar allí. «¿Sabe? Aquí hay mejores condiciones y te pagan un poco más». También hacía curas y les recetaba analgésicos y antiinflamatorios. «¿Qué coche tiene la mujer?». La chica tenía una furgoneta blanca. «¿Cuándo vendrá de nuevo?». Le dijo que cuando el encargado la llamara. «¿Puedo hablar con el encargado?». Pero el encargado no disponía del número, porque era el dueño el que se preocupaba del tema y la hacía venir. Eso era una vez al mes. «Estuvo el lunes, sí». El encargado no sabía qué hacer con las manos, que bailoteaban en el aire sin decidirse hacia dónde tirar; por fin, la mano derecha se escapó a rascar una oreja, mientras la otra se escondía apresuradamente en un bolsillo. «¿Dónde puedo hablar con el dueño?». El dueño se había ido de vacaciones al Caribe y no consiguió hablar con él.

Cuando el policía se fue, el encargado llamó a Eva.

—¡Que no me llames Eva por teléfono, joder!

—Te llamo porque hay un policía que te está buscando, coño, que tienes muy mala baba a veces. No se te ocurra venir por aquí.

—No pensaba ir, pero tomo nota —enseguida se arrepintió del arranque y se disculpó—. Perdona, Pascual. Gracias por el aviso.

—¡Que no me llames Pascual por teléfono, joder! —Se rieron de la gracia y colgaron.

Eva miró al anciano, comprobó sus constantes, se lio un canuto de maría y empezó a dar vueltas por la habitación, inquieta. Llamó al cirujano.

—Estoy asustada, ese policía se está acercando demasiado. Ha estado en los invernaderos preguntando por mí y sabe que tengo una furgoneta blanca.

—¿Dónde está ahora?

—¿El policía?

—¡La furgoneta, coño!

—Aparcada en la calle.

—¡No me jodas! Mira, llévala ahora mismo al garaje de la casa de tu madre y la dejas allí.

—¿Y cómo vuelvo?

—En un taxi.

—¿Y el viejo?

—Adminístrale un vial de 200 mg de Propofol, que lo dejará grogui hasta que regreses. Dormir es bueno y queremos que se recupere deprisa para largarle cuanto antes. Después, nos repartimos el diez por ciento extra entre los dos.

—¿Jacinto no sabe nada de eso?

—Ni lo sabe ni tiene por qué enterarse. El viejo me lo ofreció a mí y yo lo

comparto contigo.

—Eres muy considerado —se puso melosa—. Mmm, mi papito.

—Tu haz lo que te he dicho, Eva, que papito llegará de un momento a otro. Cuando dejes la furgoneta coge algo de ropa, lo imprescindible, por si hay que salir de viaje.

—¿Un viaje? ¿Adónde vamos?

—Es para estar preparados, cari. Hasta ahora nos ha salido bien porque nos hemos anticipado, pero nos están siguiendo el rastro. No podemos cargarnos al policía, eso es totalmente inviable. Si vemos que se acerca demasiado, huimos a esa islita de Chile que tanto te gusta. Tenemos dinero suficiente, ¿no?

—¿Y el paciente?

—Ya se ocuparía de él la Policía.

—Sí, pero Jacinto...

—Que se las apañe por su cuenta. A lo mejor no van a por él, pero si lo hacen, mejor para nosotros. Puedes estar segura de que si se siente acorralado me llamará y nos pondrá sobre aviso, cosa que nosotros no vamos a hacer con él. Así ganamos tiempo y contamos con cierta ventaja.

—¿Y tu mujer?

—Que la den por culo. Yo solo te quiero a ti.

—¿Y mi madre?

—A la bruja que se la folle un pez.

—Pobrecilla.

—Pobrecilla tú, que tuviste que aguantar al golfo de tu padre mientras ella no hacía nada por protegerte.

—Era mi padrastro.

—Pues con más motivo.

Eva quería creer que la había protegido a su manera. La muerte de su padrastro había sido demasiado repentina y oportuna, porque gracias al seguro ellas pudieron escapar de allí y empezar una nueva vida. «Pobrecilla», pensó.

—¡Venga, coño, date prisa y quita la furgoneta de ahí lo antes posible!

Colgó.

Lo había estado demorando durante toda la mañana, porque la idea de Virginia le parecía una pérdida de tiempo. Ahora tenía que ir a ver a la enfermera, si no quería escuchar los reproches de Vir. En fin, como no tenía escapatoria, ni otra cosa mejor que hacer, se metió en el coche. Para el camino eligió a Rob Zombie, a todo volumen por supuesto, una buena opción, una música excelente de carretera, marchosa y estimulante. Cuando llegó al número 6 de la calle Pedro Guerrero, en Fuente Álamo,

esperó a que terminara el tema mientras se comía la manzana que le dio el doctor Cornet. Salió del coche y llamó al timbre.

—Buenas tardes, Brunilda. Estuve hablando ayer con usted, pero olvidé apuntar los datos. Si no le importa que pase...

—Tengo mi turno dentro de cuarenta y cinco minutos.

—No la entretendré demasiado, no se preocupe.

Pasaron dentro y Proaza le preguntó lo que le había dicho Virginia que tenía que preguntar: ¿Está casada? ¿Cómo se llama su hija? ¿Qué edad tiene? ¿De qué trabaja? Si su hija no le pudo servir de coartada esa noche, ¿dónde estaba? ¿Tiene coche? ¿Por casualidad usa aceite de rosa mosqueta? «Pues sí, ambas lo usamos porque es ideal para el cutis». Recordó que debía mirarle los dedos y vio que no tenía hongos. Las paredes estaban llenas de fotos. Observó la decoración con curiosidad, como le había dicho ella, toqueteó los objetos de Chile y buscó en las fotos: en una aparecía Brunilda de pequeña, jugando con otras niñas junto a la verja del Colegio Lampa y, sorprendentemente, estaba feliz y era muy guapa. Siguió curioseando y algo vio en ellas, sí, como había anticipado Virginia: al volante de una Volkswagen California una joven sonreía a la cámara, las cortinas no eran de nubes azules y rosas y la chica tampoco se llamaba Eva.

—Es Camila, mi hija.

—¿Su hija tiene una Volkswagen blanca?

—Sí, la compré de segunda mano antes de que se sacara el carné.

—¿Y a nombre de quién está?

—Al mío.

—¿Puedo hacer una copia?

—¿Para qué quiere una copia de la foto?

—Eso no puedo decírselo, Brunilda, pero necesito esa fotografía.

Catorce minutos después de marcharse el policía, Eva metía la furgoneta en el garaje, le daba un beso rápido a su madre, echaba algunas cosas en una bolsa y se volvía a marchar sin darle tiempo a preguntar. «No sé si vendré mañana, mamá. Yo te llamo...». Y se montó en el taxi que aguardaba en la puerta. Cuarenta y cinco minutos después, el dueño del chiringuito confirmaba al inspector que era su Eva y su furgoneta, con otras cortinas. «¿A que era chilena como yo le dije?». Si es que tenía un oído él.

Por la tarde, antes de cerrar, el encargado del matadero fue a recoger la paletilla que le había regalado don Jacinto. Siempre se sentía incómodo en su presencia, pero tenía que reconocer que era un buen jefe. Se la comería con su madre en la terraza, para que los vecinos pudieran olerla. Fue a abrir la puerta, pero estaba cerrada. «Qué

raro». Como él tenía llaves, abrió sin problemas y cogió su paletilla. Estaba cerrando la puerta cuando decidió que también se llevaría un costillar, «¡No te jode!», para el domingo. Sacó de nuevo las llaves, que se le cayeron al suelo entre la mugre grasienta. Buscó un trapo y las limpió meticulosamente. Abrió la puerta y se metió hasta el fondo, donde estaban amontonados los costillares, porque con la crisis la gente ya no compraba tanto. Tenía que ser el más grande, ese que había debajo. Tiró de él con todas sus fuerzas y la pirámide de carne se desequilibró, desparramándose por el suelo. Menudo descoloque. Ramón iba a empezar a recogerlos de nuevo cuando descubrió un pie descalzo sobresaliendo entre las costillas. Se acercó, porque eso no podía ser, y la cara del cadáver de un negro le miró fijamente con un ojo abierto y otro cerrado, la lengua blanca, sobresaliendo entre los labios. Dio un brinco, reculó hacia atrás y gritó: «¡Un muerto!». Se acercó aún más, para asegurarse, vio la incisión por la que le habían extraído el hígado y empezó a marearse, inspiró profundamente, mientras veía cómo la puerta de salida se iba haciendo cada vez más pequeña al tiempo que se alejaba de él. La puta puerta estaba encogiéndose como la niña del cuento que vio en la tele... Ya estaba casi fuera de su alcance y, si no se daba prisa, la perdería de vista y nunca podría salir de allí. Todos los ojos de los animales le miraban a través de la escarcha, uno se movió como si estuviera vivo y el encargado gritó aterrorizado. Ya empezaba a notar la falta de oxígeno. Sintió que se le helaba la sangre y un sudor frío le empapó la camisa, pero consiguió reaccionar y salir disparado del frigorífico, golpeándose con las canales, como si le persiguiera una mala noticia. En realidad eso era lo que estaba pasando, porque a partir de ese momento ya nada volvió a ser igual para él. Se fue a su casa asustado, muy asustado, casi corriendo, sin la pierna, sin el costillar y sin cerrar con llave la puerta del frigorífico. No podía creer que allí hubiera un cadáver y no podía ser que eso le estuviera pasando a él, precisamente a él. ¿Qué iba a hacer? Aunque la pregunta correcta hubiera sido tal vez: ¿Qué podía hacer? Fue todo el camino dándole vueltas, pensando en lo que había visto o en lo que había creído ver, intentando conciliar las dos versiones sin llegar a ninguna conclusión. Entró en su casa, con el rostro empapado por el sofoco y la cara blanca, y tuvo que contárselo a su madre que no paró de preguntarle una y otra vez qué le pasaba. Cuando se lo dijo, empezó a suplicarle, estrujándole la cara, que llamara a la Policía..., hasta que le puso la cabeza como un bombo y estuvo a punto de machacarle los dientes con el teléfono. En lugar de hacer eso, como era un buen hijo, le dijo a su madre que le preparara la cena y marcó el número de la Policía.

La inspectora Marín y el subinspector Baró estaban parados delante de la casa okupada, valorando cómo iban a proceder. No había nadie a la vista, ni había ruidos.

La tarde estaba tranquila, atardecía y solo se oían las chicharras y el sonido amortiguado de los coches por la autovía. Marín tomó una foto con el móvil y la envió a Rosa, en comisaría. «¿Puedes comprobar a quien pertenece la casa?». Señaló el cable enterrado que iba del poste de la luz a la vivienda. Miraron la bandera, leyeron las pancartas y observaron el lugar, memorizando y haciendo un croquis mental de todo lo que era relevante y podía ayudarles. Fueron hasta la puerta del garaje, entraron y Marín preguntó: «Hola... ¿Hay alguien?». El *mosso* destrabó el arma. Cuando dejaron atrás la cocina y pasaron al salón vieron a un joven durmiendo en calzoncillos sobre un sofá de escay cubierto por una sábana, con unos cascos puestos y un plato con migas en el suelo. Echó un rápido vistazo al lugar y le dijo a Andreu que hiciera guardia en la puerta del garaje. La inspectora se sentó en una de las sillas, frente a él y estuvo unos segundos observándole. No estaba dormido, porque seguía el ritmo de la música con los dedos de los pies. Parecía relajado, sensible, excesivamente delgado. No le resultó peligroso, ni tampoco una amenaza. Sacó la placa y le tocó con ella en un hombro, suavemente. El muchacho abrió los ojos, despacio, como si temiera encontrar algo. Tal vez lo que encontró.

—Hola, mi nombre es Aurora Marín, inspectora de Homicidios.

—Ya estuvo aquí un poli el otro día —dijo, poniéndose los cascos de collar e incorporándose. Tenía el pelo hacia arriba, como una escarola, sujeto por una cinta elástica de color negro que le cubría desde la frente al cogote—. Oiga, si es por la okupa ya nos han tomado los datos en comisaría y la cosa sigue su curso, suponiendo que haya denuncia. Nosotros estamos restaurando esta ruina, la estamos saneando y reconstruyendo para vivir dignamente. Este lugar estaba abandonado, lleno de zurullos y jeringuillas y nosotros no vamos a pagar un alquiler mientras haya...

—Oye, oye, no te embales que no estoy aquí por eso. Necesito hablar con Tati.

—¿Tati? *Acho*, haberlo dicho antes.

—¿*Acho*? ¿Tengo yo pinta de *acho*? Te he dicho antes que soy la inspectora Marín. ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro... Sube por esas escaleras y la encontrarás al final del pasillo —bostezó, se rascó los huevos, se colocó los cascos y se tumbó de nuevo.

Subió las escaleras con cuidado. La mitad de los peldaños habían sido reemplazados por otros nuevos, pero los viejos permanecían allí, en el rellano, amontonados sobre un rincón. Sorteó los escombros y consiguió llegar arriba sin mancharse demasiado. Había una tabla rota y manchas de sangre seca por el suelo. A la derecha estaba el servicio, con las piezas sanitarias sorprendentemente nuevas, y a la izquierda el pasillo con dos perras al fondo, tumbadas ante una puerta semiabierta.

La primera en reaccionar fue Venus, que levantó la cabeza del suelo y se la quedó mirando con intensidad, olfateando el aire con su afilada nariz. Marín sintió un escalofrío, porque nunca se había fiado de los perros. Cuando tenía siete años, un pastor alemán la acorraló contra una valla; aunque el animal no la mordió, a Aurora le pareció que tardaron demasiado en rescatarla. Enseguida pensó que no había por

qué preocuparse, porque Proaza ya había hablado con Tati y las perras no le habían atacado. Marín caminó hacia la puerta, confiada, pero se detuvo cuando la perra color canela soltó un gruñido y enseñó los dientes. Luna levantó también la cabeza y miró a la inspectora moviendo el rabo, contenta. Entonces, Venus se incorporó y empezó a caminar hacia la policía, lentamente, con el lomo erizado y los bigotes temblorosos, sin dejar de gruñir, seguida por Luna, que ya no movía el rabo, ni estaba contenta y hacía manada con ella. Marín se detuvo. Las perras también. Ahora gruñían las dos perras y las dos la vigilaban de cerca, la atención concentrada y alerta, con las patas en tensión preparadas para saltar y los colmillos bien a la vista. Venus miraba a Marín y Marín miraba a Venus. No debía mirarle a los ojos, lo sabía, pero tampoco podía dejar de hacerlo, porque iba en contra de todo lo que había aprendido en sus clases de aikido. Estaba bloqueada. Un movimiento brusco y se lanzarían a por ella. Sintió una intensa descarga de adrenalina.

¿Y si desenfundaba el arma?

—¡Venus, ven aquí...! —Asomada a la puerta había una joven con los brazos en jarras. Vestía mallas negras, chanclas y una camiseta ancha de color blanco—. ¡Te he dicho que no se gruñe a la gente! —La perra bajó las orejas y se dirigió cabizbaja hacia ella. Era la imagen de la pena y el desamparo. El mismo animal que había estado a punto de atacarla, metió el hocico entre las piernas de Tati, arrepentido, intentando librarse del resto de la regañina. Luna movía el rabo de nuevo, se acercó a la inspectora y le lamió la mano.

—Si acaricias a Venus te perderá el miedo.

—¿Que me perderá el miedo? Pero si la que tiene miedo soy yo.

—Ella te teme más.

—¿En serio?

—Se pone en guardia con los extraños, porque espera que la ataquen. De pequeña la zurraron de lo lindo, ¿sabes? —Marín la acarició y Venus bajó las orejas y se dejó hacer, Luna se interpuso entre ellas para que la acariciara también.

—Es verdad, parecen cariñosas. —Marín se limpió las manos de babas, se identificó y Tati la hizo pasar a su habitación, donde ambas se sentaron en sillones enfrentados, con las perras jadeando tumbadas a sus pies. Las paredes estaban llenas de carteles antiespecistas, panfletos y consignas anarquistas: gente con pasamontañas saltando vallas, defendiéndose con palos de los policías, lecheras ardiendo. «Desobedece», decía un cartel, mostrando una bola negra con la mecha encendida dentro de una urna. Como vio que la inspectora se demoraba en su análisis, Tati la instruyó:

—Se trata de un cartel histórico de la transición: las Primeras Elecciones —lo dijo así, con mayúsculas—. Una metáfora visual.

—Lo conozco. Mi padre tiene uno. ¿Cuarenta años sin poder votar y ese es el mensaje que se les ocurre? Demasiado emocional e inoportuno, para mi gusto. — Detrás de la puerta, la foto de un toro vomitando sangre sobre la arena, clamaba:

«Acabemos con la Tauromaquia»—. No te estoy investigando a ti, quiero que eso quede claro, pero necesito tu ayuda para atrapar a un asesino.

—¿Te refieres al que mató a Gustavo?

—No, eso lo lleva otro compañero. Yo estoy hablando de alguien que ha matado a un torero y le ha cortado la cabeza —no quiso dar más detalles y observó la reacción de extrañeza de Tati, intentando asimilar la insólita noticia—. Necesito tu opinión como experta en algo que yo desconozco.

—No sé nada de la muerte de un torero, así que no entiendo cómo te voy a poder ayudar. Llevamos unos días encerrados aquí, restaurando la casa, y solo hemos salido para tirar los escombros y reciclar comida en los contenedores de los supermercados.

Marín le enseñó las fotos del torero, de la pintada, del *post-it* y le preguntó si eso podía ser obra del *Frente de Liberación Animal*.

—¿Estás de coña? En el FLA no se hacen esas cosas. Jamás han hecho daño a nadie durante sus acciones, humano o no humano.

—Pero esto lo han firmado ellos, ¿no?

—Eso lo puede firmar quien le dé la gana, con *spray* de purpurina si quiere, pero ya te digo yo que no lo ha hecho el FLA. No se trata de matar a los explotadores, sino de liberar animales y arruinar sus negocios.

La inspectora mostró las fotos del establo del torero.

—¿Dirías que esto ha podido hacerlo el FLA?

—Es posible.

Sacó las fotos de los laboratorios saqueados y las de la flota de camiones reducidos a cenizas.

—¿Esto es propio del FLA?

—Más o menos.

Más fotografías con las pintadas de Lorca. La peletería, la carnicería y el *Burger* con las lunas rotas, las farolas sembradas de pegatinas, las cerraduras selladas con silicona. Tati pensó que estaba siendo acorralada. La inspectora notó que se había puesto tensa y Venus también, porque alzó las orejas y se le erizó el lomo. La chica le rascó detrás de las orejas y la perra se relajó.

—¿No te parece que la letra del establo y la de la peletería es similar? Casi podría decirse que las ha realizado la misma persona.

Tati estaba con la mosca detrás de la oreja, porque no sabía si la madera la estaba sonsacando, ni con qué fin, y no tenía intención de poner en aprietos a sus colegas y, mucho menos, caer ella misma en lo que parecía una trampa. Tanta foto del FLA sobre su mesa con una policía delante le empezó a dar mal rollo.

—Pues mira, puede que las haya pintado la misma persona, pero no sé qué tiene eso que ver conmigo.

—Es posible que tenga que ver mucho, Tati, no me subestimes, pero como ya dije antes no investigo sabotajes, porque busco a un asesino. Mi opinión sobre la pintada verde y amarilla es que la han copiado de la puerta del establo, imitando la letra —

puso las dos fotos juntas y se las mostró—. Parece la misma, pero una es más forzada que la otra, menos espontánea.

—Eso parece.

La inspectora se levantó, dispuesta a despedirse, Venus se incorporó, vigilándola, y Luna moviendo el rabo, pensando que iban a salir a la calle. Tati siguió sentada.

—¿Ya está? ¿Has terminado?

—Sí, ya me voy. Ahora estoy un poco más cerca de la persona que voy a detener. Gracias, Tati, me has ayudado mucho —a la vegana le supuso una contradicción. Gracias a ella, que estaba en contra de las cárceles, iban a encerrar a alguien—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro.

—¿Por qué hacéis esto? —dijo señalando las fotos—. ¿Por qué no dejáis en paz a la gente que come carne y vosotros coméis lo que os dé la gana, sin molestar a nadie?

—¿Quieres decir que por qué no somos mansos y nos ceñimos a las reglas del juego, donde la vida es un campo de trabajo, un mercado y un matadero?

—Yo no lo habría expresado así, pero me interesa tu respuesta.

—Pues porque los animales son inocentes y están siendo utilizados, como si fueran cosas, por gente que les hace sufrir y se los come. Sé que hay personas a las que les preocupa todo esto, aunque aún no lo sepan.

—¿Aunque aún no lo sepan? Vaya, eso suena a predestinación, como si los veganos fuerais a salvarnos de nosotros mismos.

—Yo solo aspiro a ir cambiando las cosas, poquito a poco, cuando puedo. Me gusta informarme y difundir. La gente escucha, ¿sabes?, y algunos reaccionan. Así es como se producen los avances sociales de los que luego hacéis grandes películas.

—Sabes que no podéis ganar.

—Pero si ya hemos ganado. Vencemos cada vez que un criadero o una peletería cierra, vencemos cada vez que liberamos a un animal. Una sola vida importa, ¿entiendes? Cada vez que rescatamos a uno, vencemos. Pero esto no es una guerra, inspectora, es una liberación de seres vivos que sufren. —Tati miró entonces a las dos perras y sonrió satisfecha. Ambas fueron liberadas hacía unos cuantos años: Venus, de una cadena y un suelo de cemento, guardando con sus ladridos la casa de una familia de sádicos; Luna, de unos laboratorios, donde gente muy preparada y con carrera, la forzaban a aspirar humo de tabaco a través de un agujero en la garganta para ver qué pasaba, apuntar en un archivo los resultados y cobrar una pasta por ello—. ¿Has visto alguna vez lo que pasa dentro de un matadero?

—Puedo imaginarlo.

—Yo sí que lo he visto y puedo asegurarte que imaginarlo ni se le acerca. Hay muchos vídeos en Internet, si es que sientes curiosidad. —La activista miró a los ojos a Marín y le preguntó de improviso—: ¿Por qué comes carne?

—¿Por qué das por hecho que como carne?

—Porque estás a la defensiva.

—Pues nunca me lo he planteado, Tati, pero supongo que como carne porque me gusta.

—Un psicópata mata porque «le gusta» y un violador no lo puede evitar porque «le gusta». Si has visto el proceso que lleva la carne a tu plato y aún así sigues comiéndola porque «te gusta», deberías preguntarte hasta dónde podrías llegar, qué otras cosas serías capaz de hacer porque «te gusta», inspectora.

—Eso es una falacia, y lo sabes.

—Y la foto que me has enseñado con el torero muerto es arte conceptual, aunque tú digas que se trata de un asesinato. Tú dices una cosa y yo digo otra. Son solo palabras. Lo que importan son los hechos, cómo actuamos cuando sabemos determinadas cosas y cómo nos sentimos después.

—¿Solo palabras, dices? Perdona que te diga, pero las palabras son necesarias si queremos entendernos y yo hasta ahora no he terminado de entender qué significa ser vegano, si se trata de una dieta compasiva o implica también delinquir.

—Es algo que nos sale de dentro, por eso no lo entiendes. Hemos visto lo que hay detrás de las paredes de los laboratorios, de las granjas y de los mataderos; hemos visto demasiado como para poder echarnos atrás, sin perdernos el respeto a nosotros mismos. *Más que palabras*, inspectora, eso significa ser vegano.

Cuando bajó la escalera, el plato de las migas estaba recogido y los cascos descansaban sobre el sofá. El sol ya se había puesto. La inspectora salió al descampado por la puerta del garaje y vio a Andreu Baró jugando al fútbol con el joven con peinado de escarola, que se había calzado unas zapatillas cochambrosas y unos vaqueros y estaba mareando al subinspector con su juego de piernas. «Tú eres profesional, no me jodas, Coque», le decía, y el otro paraba, le daba una calada al cigarro y le regateaba sin esfuerzo, partiéndose de risa. Estaban tan entregados que ni siquiera repararon en ella. Marín no dijo nada, porque se estaban divirtiendo y porque le hizo gracia la situación. Cuando Andreu la vio, allí de pie, sonriendo, le dijo a Coque: «Tengo trabajo, colega, otro día seguimos». Lo que hace el uniforme, pensó. Si ese chaval lo hubiera visto con el traje de faena de los *Mossos d'Esquadra* hace unos meses, habría salido corriendo o le habría escupido a la cara.

Cuando estaban en el coche, Marín no pudo morderse la lengua.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Andreu?

—Por supuesto.

—¿No has disfrutado más jugando al fútbol con ese antisistema que golpeándole con la porra?

—No creas, inspectora, que he estado a punto de sacar la pistola y pegarle un tiro. ¿Has visto cómo me humillaba? —A Marín se le escapó la risa—. No voy a entrar a tu provocación, que ya te voy conociendo...

Sonó el móvil de Marín. Era Rosa.

Como eran los que estaban más cerca, tuvieron que desviarse e ir a la casa del encargado de un matadero, que decía haber encontrado un cadáver humano en uno de

los frigoríficos. Mientras Andreu conducía, la inspectora pensaba en las palabras de Tati, cuando asoció el asesinato del torero con el arte conceptual. Había algo extraño, desde luego, aunque no sabía qué era, pero algunos detalles en el despacho del ganadero le recordaban la puesta en escena del crimen, igualmente recargada. El lugar de los hechos resumaba un aura artística del que carecían las acciones del FLA, cuya especialidad eran las liberaciones y los destrozos, algo sucio y feo y para nada ordenado. El conductor de la excavadora le había dicho a Marín que él mismo se encargaba de reparar los desperfectos de la John Deere y le enseñó los dos botes de *spray*, el verde y el amarillo, los colores corporativos de la marca: «¡Coño, el verde se ha terminado!». Ahí fue cuando hizo la conexión y empezó a sospechar del ganadero. Requisó los botes y los mandó al laboratorio, pero no había recibido aún los resultados. Es igual, iría a detenerle cuando terminara con esto. Le dijo a Rosa que preparara la orden y metiera prisa a los del laboratorio con los cotejos de la pintura. Cuando ya iban llegando al domicilio del encargado recibió un mensaje de Proaza: «La hija de Brunilda tiene una furgoneta blanca como la que busco, no se llama Eva, pero es auxiliar de enfermería. Tu caso y el mío pueden estar relacionados. He quedado con el ganadero en el cortijo de su hermano».

En lugar de contestarle, pulsó el icono de llamada:

—Oye, Proaza, ¿estamos hablando de Brunilda Valdés?

—La misma. Trabaja en el Hospital Los Brezos y es chilena; eso me ha llevado a su hija. Llevo toda la tarde visitando los invernaderos y mataderos donde hace reconocimientos y análisis...

—¿Dices que has quedado con Jacinto Montero? —preguntó Marín.

—Sí. Brunilda me ha dicho que su hija atiende a los empleados del matadero y les hace curas. Voy para allá ahora mismo.

—¿Cuánto calculas que tardarás?

—En media hora, como mucho, estoy en la finca.

Marín y el *mosso* llegaron a la casa del encargado. Un coche patrulla les estaba esperando. Los agentes fumaban de pie. Andreu fue el primero en salir del coche, Marín le siguió sin dejar de hablar.

—Andreu te estará esperando allí. Entráis los dos y le dais palique. Cuando llevéis quince minutos con él, me llamas, ¿vale?

—Eso parece un plan. ¿Me pones al corriente?

—Luego te cuento, que ya hemos llegado. Andreu va para allá ahora mismo; no te precipites y ten mucho cuidado.

—A sus órdenes...

Aurora colgó.

Proaza dejó el teléfono sobre el asiento y subió el volumen de la música. La mejor terapia para recuperar el ánimo y cargar baterías era conducir un coche de

noche con las ventanillas bajadas y la voz apocalíptica de Rob Zombie sonando a toda hostia: música salvaje, bases contundentes y potentes ritmos en estado puro. Cuando llegó al cortijo estaba anocheciendo y Andreu parecía no haber llegado; tenía marcha en el cuerpo y ganas de seguir escarbando, así que decidió adelantarse para ir ganando tiempo. Llamó una y otra vez al timbre, y tuvo que esperar un buen rato a que el ganadero le abriera la puerta. «Lo siento, inspector, me estaba aseando cuando ha llamado», se disculpó el ganadero. «Es que pensaba que iba a tardar más en llegar». Olía a colonia fresca.

—Estaba a punto de llamarle por teléfono —el inspector guardó la placa.

—Pase, pase... —Jacinto Montero le tendió la mano—. Encantado de conocerle, Proaza. ¿Qué le ha parecido la finca?

—Es grande, pero como se me ha hecho de noche no he podido ver demasiado.

—Es magnífica. ¿Sabía usted que mi hermano la compró con lo que ganó en su primer año de torero?

—Pues no, no lo sabía.

—Claro, ¿cómo iba a saberlo? —Y soltó una carcajada por el megáfono que tenía de boca—. Verá, es que estoy contando la vida de mi hermano por entregas para una revista, y me vienen estos recuerdos así de golpe. Si estoy con alguien los suelto, para ver qué cara ponen. ¿Cree usted que a la gente le interesa este tipo de cosas?

—A determinado tipo de personas, supongo que sí.

—Pues me acaba de sacar de dudas...

—Lo que quiero decir es que a unos les interesará más el aspecto humano y a otros el económico.

—O sea, que para gustos están los colores y que no se puede complacer a todos, ¿no es eso?

—Todo lo contrario —Proaza, el positivo, conciliando el mundo—: creo que puede hablar de una cosa y también de la otra, para intentar satisfacer a todos.

—Recuerdo que siempre se comportó con gallardía de torero macho, dentro y fuera de la plaza. Y eso no lo pueden decir todos los matadores, sobre todo cuando tienen delante toros del encaste de un Miura o un Victorino. En Madrid, mi hermano cortó catorce orejas y salió cinco veces por la puerta grande, con toros de esas ganaderías.

—Un toro es un toro —aclaró Proaza, que no entendía nada del tema y le pareció que la definición se ajustaba a la realidad sin comprometerlo—. Supongo que ponerse delante de cualquiera de esos animales requiere mucho valor, sean o no Miuras.

—Eso puedo asegurárselo, inspector. Un toro de Miura puede llegar a desquiciarte, comienzas a ver toros por todas partes y te descentra para toda la temporada. Como no tengas la cabeza bien amueblada, acaban contigo. Los toros que te hacen daño y erosionan tu mente son los que no te han herido y pudieron hacerlo. Lo que de verdad te desgasta es la posibilidad de la cornada.

—Entiendo... —No le apetecía seguir hablando del tema y se veía incapaz de

salir de él—. Su hermano debió de ser un hombre notable.

—Ahí le doy la razón. Fíjese bien, lo que le interesaba de verdad en las relaciones con los animales era la aportación voluntaria del individuo. Al final de su carrera ya no le seducía la idea del sometimiento. Era en el hermanamiento que hacía que se fundieran el uno con el otro, donde residía el milagro de su arte.

—Vaya —se le estaban acabando las palabras comodín y decidió cortar por lo sano—. Todo esto es muy interesante señor Montero, pero se está haciendo tarde y necesito hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto. Pregunte, pregunte... Es que el toreo es lo más grande, y no hay nada que se le pueda comparar. «La vida misma», como decía mi hermano —exclamó zanjando el asunto—. ¿En qué puedo ayudarle, inspector Proaza? Quería información sobre la enfermera, esa chica que cura a mis empleados, si no recuerdo mal.

—Sí, eso es.

—¿Qué quiere saber de ella?

—Sé que es la hija de Brunilda, que es auxiliar de enfermería y que viene en una furgoneta blanca que estamos investigando —ese último dato se le había escapado—. ¿Cómo se llama la joven?

—Camila Vásquez. ¿Por qué, se ha metido en algún lío?

—Lo siento, pero no puedo entrar en detalles. ¿Cuántas veces va Camila al matadero? ¿Cuál es su horario, si es que tiene horario?

—Viene tres veces a la semana a curarles los hongos de los dedos, pequeñas heridas, cortes, inflamaciones y aliviar algunas hernias. —Puso cara de asco—. Suele venir a las doce y se va antes de las dos.

—¿Hongos en los dedos? —fingió extrañeza, pero hizo la pregunta porque el informe del forense hacía referencia a una variedad hallada en el cadáver de Gustavo.

—Sí, es una enfermedad muy corriente en esta profesión ¿sabe? Por los guantes de goma, la humedad y la sangre. Yo mismo la tengo. Mire.

Proaza miró, aunque se retiró instintivamente por miedo al contagio. Recordó que al entrar en la casa le había dado la mano. Cuando vio que el ganadero miraba para otro sitio, se la limpió en el pantalón.

—¿Y eso no les impide trabajar?

—Es molesto, pero son gajes del oficio, y el producto tiene que salir.

—¿Ha venido alguna vez con algún profesional, un médico que la acompañara?

—No entiendo la pregunta.

—Quiero decir, que si Camila ha tenido alguna vez la necesidad de venir con un doctor para atender a sus empleados.

—No. Cuando tienen que ir al médico por accidentes van a la mutua; si se trata de una enfermedad, los atienden en el ambulatorio. Ya le he dicho que Camila solo hace curas.

Se estaba calentando con las preguntitas de los cojones.

—¿Hace las curas en la furgoneta?

—No, las hace en la enfermería del matadero.

—¿Podría ver esa enfermería?

—No hay nada que ver en esa enfermería, hombre —parecía que le irritaba el asunto.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Pues que es una enfermería como otra cualquiera —abrió los brazos con las manos hacia arriba, como si implorara al cielo.

—Ya, pero necesito verla —estaba poniendo pegatas y eso, según el manual, le indicaba el camino—. ¿Podemos ir ahora y dejarlo zanjado? Es que mañana tengo que madrugar y me gustaría terminar cuanto antes.

—Como quiera, inspector, pero luego no diga que no le he avisado de que sería una pérdida de tiempo. Pensaba ir más tarde a solucionar un problemilla, así que aprovecharé el viaje y todos contentos —esbozó una sonrisa forzada—. ¿Le parece que en lugar de ir en dos coches vayamos en el mío? —Antes de que Proaza respondiera le atajó—. No se preocupe, que después le traeré yo mismo.

—Está bien, pero antes tengo que hacer una llamada —y se dio la vuelta.

—Claro, claro, adelante...

El inspector no vio el gesto.

Cuando llegaron al matadero, dieciocho minutos después, Proaza estaba en el asiento del conductor, con la cabeza apoyada en la ventanilla, el cinturón puesto, la barbilla manchada de babas y los efectos de una descarga de cincuenta mil voltios en el cuerpo. El ganadero metió el coche dentro, abrió el maletero y sacó algo pesado que arrastró hasta el interior; pasados unos minutos volvió al coche, agarró al policía y lo cargo sobre el hombro. «¿No querías ver la enfermería, pesado?». En la sala de despiece le quitó la ropa, no fuera a tener algún micro el hijo de puta, le inmovilizó las manos a la espalda con doble brida, le ató los pies a una cadena que pendía del techo y fue a la sala de cuarteo a solucionar su problemilla. A ver si podía deshacerse del cadáver del argelino de una puta vez. Estaba tan alterado que no reparó en que la puerta no estaba cerrada con llave, como él la dejó, ni se extrañó del desparrame de costillares alrededor del cadáver, porque solía pasar que algunas piezas, al ir cambiando de temperatura, desequilibraban a las que estaban encima. Se echó el cuerpo al hombro, lo llevó a la sala de cuarteo y lo tiró sobre una mesa. «¿Dónde coño estaban las radiales?». Este Ramón, siempre cambiándolo todo de sitio... Es igual, lo haría a la antigua usanza. Cogió el hacha de mango corto y empezó a trabajar, recordando sus viejos tiempos, cuando solo era un matarife y un cuchillo y un hacha bien afilados eran suficientes para hacer el trabajo. Antes de que su hermano triunfara en su alternativa y le ofreciera un futuro, sacándole de la miseria.

Matadero: campo de batalla

Liberar animales y realizar sabotajes no le resultaba complicado porque sabía organizarse. Era esencial hacerse con un buen mapa y unos prismáticos para aprender a reconocer las posiciones en relación con caminos, senderos y riachuelos, y establecer las rutas de entrada y huida de los centros de explotación animal que iba a sabotear. Cuando vigilaba un objetivo por primera vez, lo hacía durante el día, evitando los espacios amplios y abiertos. Estudiaba el lugar, señalaba el edificio al que iba a acceder, la ruta más sencilla para llegar a él y para salir después, la situación de los vigilantes y de los elementos que podían causarle problemas: alarmas, cercados, candados, barrotes... Tomaba nota de todo sobre un croquis y lo incorporaba más tarde al mapa. Después volvía de noche, para vigilar de nuevo y familiarizarse con el terreno, que estaría oscuro cuando la acción se llevara a cabo. El coche lo estacionaba lejos en algún camino poco transitado, aunque un centro comercial o alguna urbanización también servían, realizando la máxima aproximación a pie. Llevaba un vehículo limpio, al que nunca había parado ni identificado la pasma, porque era importante que la matrícula y el nombre del conductor no se encontrara en el sistema informático de la Policía. Lo aconsejable era que la hora del sabotaje coincidiera con las salidas de las discotecas, para no levantar sospechas cuando fuera conduciendo. Había que recorrer la ruta completa al menos una vez por la noche antes de la acción, preferiblemente con luna nueva.

La figura corría por la colina vestida con un mono azul de trabajo, guantes, calcetines rociados con citronela cubriendo los zapatos y la cabeza oculta tras un pasamontañas. Con la cizalla en la mano, parecía un guerrero preparado para la batalla. Era una noche tranquila, la granja se encontraba arropada por una arboleda que la cubría casi por completo. Eso le beneficiaba. Apoyó la espalda contra el tronco de un árbol y oteó la zona. Llevaba un transportín, para las crías. Cuando se dirigía hacia la puerta por la que pensaba entrar vio la furgoneta que utilizaban para el reparto, sacó unas tenazas de la mochila y le arrancó las válvulas a las cuatro ruedas; con una de las palancas agujereó el radiador a través de la rejilla, después quitó el tapón del depósito de gasolina y lo rellenó con tierra que recogió allí mismo del suelo: la madre Naturaleza aportando su granito de arena y apoyando en silencio la acción. Después, puso el tapón.

Para entrar en las instalaciones solo tuvo que cortar una cadena. Desde la puerta vio las largas naves en paralelo, sucias y malolientes; unos pilotes sobre el suelo sostenían las jaulas bajo un techo de chapa de dos metros y medio en el punto más alto. Los visones, encerrados en diminutas jaulas en grupos de cinco, se movían inquietos entre sus excrementos y mordían los barrotes de alambre cuando pasaba

junto a ellos. Con la cizalla empezó a abrir las jaulas, una a una, hasta que estuvieron todas, dejando a los animales la decisión de permanecer más tiempo en esas apestosas cárceles o salir a explorar el terreno para experimentar por primera vez esa cosa llamada libertad. A los que eran demasiado pequeños los fue acomodando en el transportín, para llevarlos al santuario donde vivirían el resto de sus vidas como les diera la gana, a su manera. En este tipo de acciones es fácil asustarse y caer en la paranoia, por eso hay que conservar la cabeza fría, concentrarse en el trabajo e intentar ser lo más eficaz en el menor tiempo posible; como el resto de las variables no se pueden controlar, lo mejor es no pensar en ellas. No escribió ninguna consigna, ni firmó FLA, porque la emoción del trabajo directo con los animales lo transportó a un estado donde eso no era lo que importaba. Una calma profunda recorrió su cuerpo. Debía tener cuidado al andar, ya que los visones estaban por todas partes y no quería pisarlos. Pero el tiempo corría y tenía que darse prisa, si es que quería completar su labor. Lo que importaba es que las jaulas estaban abiertas. Unos morirían y otros vivirían, unos serían recapturados y otros ni siquiera llegarían a salir de la jaula, pero una nueva oportunidad se les había brindado, podrían correr libres el tiempo que les quedara de vida, y lo harían siguiendo su instinto. La televisión y la prensa hablarían del supuesto daño ecológico que padecería la zona, como si eso les preocupara de verdad, invertirían la responsabilidad del dolor, echándole la culpa al activista por el estrés que sufrirían los animales obligados a escapar, sin mencionar en ningún momento que los granjeros los iban a gasear para arrancarles la piel y vestir a la gente que pudiera pagarlo. «Que la selección natural siga su curso». Cogió el transportín y abandonó la granja.

Todavía tenía que resolver otro asunto.

Corrió de vuelta, campo a través hasta el coche, cruzándose por el camino con decenas de visones que chillaban libres, bajo la luz de las estrellas. Era como si le jalearan y así fue como él lo sintió y como lo recordaría siempre. Recogió las llaves que había dejado sobre la rueda trasera, abrió el maletero, metió el transportín y se quitó la mochila, los guantes y los calcetines rociados de citronela. El pasamontañas se lo dejó de gorro. Entró en el coche y puso el CD. Desde la calle Pilonos salió a la autovía del Mediterráneo, se desvió por la carretera de Granada y allí intercambió el vehículo con un colega que se encargaría de dejar a las crías en el santuario de unos amigos. «¿Todo bien, Fefe?», chocaron los puños y se abrazaron. «A la derecha de la verja», le dijo, dándole una palmada. Urko respondió: «Lo de los toros ya está en marcha». «Guay», dijo el colega. Urko se puso de nuevo los guantes, cogió una palanca, montó en la bicicleta y se dirigió hacia el polígono industrial Los Peñones, que era donde se encontraba el matadero.

Esta vez los bidones eran de gasolina, porque los gases son más inflamables que los del queroseno y el fuego se extiende mucho más rápido. El edificio que iba a arder era el de las oficinas, la sala de despiece y los frigoríficos. Urko se puso el pasamontañas, metió el brazo a través de los barrotes de la verja, a la derecha, y los

palpó al otro lado, para comprobar que los temporizadores estaban acoplados. Saltó el muro como si se tratara de un juego, cayó a cuatro patas, adoptando una postura felina para amortiguar mejor el impacto. Siempre le había gustado la escalada libre, sin cuerdas ni arneses, solo con su mochila y sus pies de gato. Cogió los bidones, dejó uno en la base de la escalera, subió los peldaños de dos zancadas, con el otro firmemente agarrado por el asa, abrió la puerta con la palanca, comprobó que las oficinas estaban vacías y lo colocó encima de la mesa del ganadero. Cubrió el artefacto con carpetas de clientes, facturas y correo por contestar, y vació los cajones encima. Cuando vio la Enciclopedia Taurina, cogió uno a uno los doce tomos y los fue echando al montón. Sacó el *spray* del bolsillo y pintó en la pared, justo al lado de las astas de Sombrío, la primera víctima del torero desde su alternativa. Le dio veinte minutos al temporizador y lo activó:

«¡CLIC...!»

Cuando se dio la vuelta tropezó con la silla de madera de roble y estuvo a punto de romperse la espinilla. Le pegó una patada rabiosa y la volcó. Al salir volvió a firmar en la escalera. Vio el coche del ganadero, pero no se le ocurrió tocar el capó, para ver si estaba caliente, ni arrancarle las válvulas de las ruedas porque las tenazas se encontraban en la mochila, dentro del maletero del coche que en esos momentos iba camino del santuario. Podría haberle agujereado el radiador con la palanca, pero estaba impaciente por terminar y no era buena idea demorarse demasiado. Los temporizadores caseros no eran muy fiables y a veces se atrasaban o se adelantaban.

Recorrió los corrales vacíos del matadero cargando el segundo bidón, sorteando las cadenas que colgaban del techo y escuchando en su memoria los ecos de lo que sucedía allí cada jornada, lo que vio cuando estuvo en ese mismo lugar tan solo hacía un par de días, las enfermedades, las heridas purulentas, el sufrimiento y el miedo que los animales tenían a los operarios, pero sobre todo, ese olor a muerte y podredumbre que la mascarilla no consiguió borrar del recuerdo. Para asegurarse de que no había nadie, pasó a los vestuarios y de allí a la sala de cuarteo. Al entrar se detuvo en seco, porque le sorprendió el desorden, había ropa por el suelo y la carne se encontraba sin envasar, la cuchillería recién usada, o eso parecía, porque estaba oscuro. Se acercó y vio una camiseta rasgada de Guns N'Roses bajo el hacha, empapada de sangre, vio los fragmentos de hueso esparcidos por la mesa, tocó un trozo de carne para reconocerlo y al moverse y rodar vio que era un brazo humano, miró el resto e hizo la composición: era el cuerpo de un hombre descuartizado, en trozos más o menos manejables. Sintió un sudor frío en la espalda, le entró el pánico y se echó hacia atrás en un acto reflejo, dispuesto a huir. Y eso es lo que habría hecho si no hubiera escuchado una voz que venía de la sala de despique. Hablaba con autoridad, aplomo y un poco de chulería, como si estuviera fanfarroneando con unos amigos. «Me cago en la hostia, hay gente», pensó Urko. La voz no le era del todo desconocida. Aunque estaba temblando de miedo y su instinto le decía que debía largarse de allí inmediatamente, se asomó con sigilo para escuchar lo que decía, porque la

información es poder. Un matarife se estaba explayando ante dos personas que colgaban bocabajo junto a un cerdo al que iba a degollar. Y el tipo estaba disfrutando. Entonces le reconoció. Era Jacinto Montero, el dueño del matadero, llevaba un mandil blanco, botas de goma y guantes:

—Siempre envidié a mi hermano porque mataba con arte y no como yo, que mato con técnica. Pero hago mis pinitos, no os creáis —cogió un estoque de muerte, adoptó una posición torera y, sin mediar más palabras, le clavó el acero al cerdo, que se contorsionó en el aire chillando de dolor. Retiró el estoque y un chorro de sangre salpicó el suelo.

—Me falta clase, ya lo sé. Pero soy efectivo —dejó el estoque sobre la mesa, cogió un cuchillo y se lo clavó despacito al cerdo, como si le estuviera acariciando. Al retirar la hoja, la sangre salió a borbotones y el animal agonizó entre pataleos y chillidos inútiles—. Como veis, con esto me defiendo mejor.

Cogió el mando inalámbrico y pulsó un botón, un motor se puso en marcha y la cadena se movió:

—Me ha agotado el puto negro. ¡Qué huesos más duros tenía el cabrón! Creo que voy a hacer hamburguesas con él —risas—. Sí, no me miréis así, que lo mismo voy a hacer con vosotros: hamburguesas de cerdo y maderos. Ni se notará la diferencia y sacaré provecho por las horas extra.

Urko sabía que debía reaccionar. Ese tío era un sádico y parecía que iba a matar a esos hombres de la misma manera que había matado al cerdo. Se escuchó el zumbido de la sierra en medio de la cháchara del matarife, que no paraba de hablar, aunque eso era bueno para ellos porque les daría más tiempo. Evitando hacer el mínimo ruido ocultó el bidón de gasolina tras la puerta, pegado a la pared, sin activar el temporizador, y salió de la sala disparado en busca del cuadro eléctrico. No encontró ninguna caja con cables por allí, por lo que tuvo que seguir el cableado de las paredes que le condujo hacia fuera, al patio, serpenteó por la fachada y se perdió a través de un agujero en el interior de las oficinas. «¡Mierda, el cuadro está dentro!». Subió los peldaños de dos zancadas, como antes, abrió la puerta, se dirigió hacia el despacho del ganadero para desactivar el temporizador y poder buscar el cuadro eléctrico sin correr riesgos. Aunque estaba convencido de que no podían haber pasado los veinte minutos, decidió que era mejor asegurarse. Cuando empujó la puerta de roble del despacho a la lata de gasolina le dio por explotar, porque el temporizador entendió que dieciocho minutos eran más o menos veinte...

«¡CLIC...!»

La onda expansiva detuvo su avance y la puerta le sirvió de escudo, pero tuvo tiempo de ver como los objetos de la habitación se movían a cámara lenta hacia él cobrando protagonismo: los cuadros y las paredes iluminados por un enjambre de llamas danzarinas, el material de oficina convertido en metralla, la lámpara impactando sobre la mesa... «Qué bonito...», pensó. Entonces, los cristales reventaron como cáscaras de huevo, las cortinas escaparon por las ventanas como

hadas asustadas, y una lengua de fuego le empujó con una fuerza desproporcionada y le devoró.

Cadena de despiece

Le despertaron los chillidos. Gritos desesperados de dolor y pánico. Al principio pensó que se trataba de un sueño e intentó ignorarlos, porque lo que realmente quería era seguir durmiendo. Estaba tan cansado. Pero los sonidos persistían. El que gritaba era un cerdo. En contra de su voluntad, la mente de Proaza fue saliendo de la oscuridad. Los alaridos se hicieron más nítidos y la realidad se fue imponiendo dolorosamente. Poco a poco fue abriendo los ojos. Como a través de un velo vio que estaba tumbado sobre el cemento. Se encontraba desnudo, con las manos embridadas a la espalda y los pies atrapados en una cadena suspendida de un raíl. Sentía los latidos del corazón en la herida de la cabeza, y le escocían las rodillas y el cuello. Trató de incorporarse, pero resbaló cuando se apoyó sobre algo viscoso que había en el suelo y volvió a caer, golpeándose la barbilla. Estaba empapado, destemplado y tenía frío, pero lo peor era el hedor: olía a sangre, a grasa, orín, excrementos y a una mezcla de todo. Intentó hacerse una idea de lo que había pasado, pero le costaba concentrarse. Una voz le llegaba distorsionada por el eco, aunque no consiguió entender lo que decía. Entonces, una imagen irrumpió bruscamente, como un *flash*, y recordó la trampa que le había tendido el empresario, justo cuando se dio la vuelta para hablar por teléfono. Qué gilipollas había sido. Menos mal que Marín había enviado al *mosso*, que ya debía de haberla informado y tendrían que estar al caer.

Menos mal.

Eso le tranquilizó, de momento, y cerró los ojos de nuevo.

Dejó pasar unos segundos...

Sabía que tenía que espabilarse, de manera que intentó reunir fuerzas para levantar los párpados y valorar su situación. Debía inspeccionar el lugar para encontrar, si era posible, una vía de escape. Se hallaba, al parecer, en una nave espaciosa escasamente iluminada. La luz no conseguía mostrar las dimensiones reales del lugar, porque las paredes se perdían en la oscuridad. A su derecha vio una ventana, por la que penetraba el haz de luz de una farola parpadeante. Pudo ver unas polillas volando en círculos, cuyas sombras desmesuradas se proyectaban en el suelo. En la penumbra distinguió algunas columnas y cadenas que pendían del techo. No se oían los sonidos de los coches, de manera que dedujo que se trataba de un lugar apartado del bullicio urbano. El ruido de unas patitas sobre el cemento le distrajo cuando una rata atravesó su ángulo de visión. Se aferró a la idea desesperada de que pronto vendrían a rescatarle, cuando un gemido a su espalda le sacó de sus pensamientos. Ahí fue cuando se dio la vuelta y vio el cuerpo de un hombre en la misma situación que él, sollozando, delante de un cerdo que gruñía y chillaba aterrorizado mientras se desangraba.

Ese hombre era Andreu Baró.

Ambos estaban en la sala de despiece de un matadero.

Se oyeron unos pasos...

Las botas y el mandil del ganadero chorreaban sangre, después de haber troceado al argelino y sangrado al cerdo. En la mesa había un estoque recién usado. Cogió el mando inalámbrico, pulsó el botón verde, se oyó un zumbido, despertó un motor, las cadenas se tensaron y las piernas de los policías se elevaron en el aire. Cuando las cabezas estuvieron a metro y medio del suelo pulsó el botón rojo y el motor se durmió de nuevo.

—Me ha agotado el puto negro. ¡Qué huesos más duros tenía el cabrón! Creo que voy a hacer con él hamburguesas —risas—. Sí, no me miréis así, que lo mismo voy a hacer con vosotros: hamburguesas de cerdo y maderos. Ni se notará la diferencia y sacaré provecho por las horas extra.

Proaza sintió un escalofrío. Empezó a sudar y a temblar. La herida de la pierna estaba sangrando, pero ya no sentía el dolor. Tenía la boca seca. Fue entonces cuando vio una figura oscura asomada desde la sala de cuarteo, acechando oculta, y pensó que por fin venían a liberarlos. Pero la figura desapareció de pronto. Él no podía hacer nada, salvo sacudir el cuerpo y mugir desesperado detrás de la cinta de embalar con que le habían amordazado. Su voz sonaba igual que la del cerdo que acababa de sacrificar. El ganadero levantó la aparatosa sierra eléctrica, utilizó el rabo como punto de partida y cortó al cerdo en dos con una facilidad espantosa. Lo que antes era un animal pataleando y lleno de vida, se había transformado en dos canales de carne para el consumo. Después, cogió el mando, pulsó el botón verde, de nuevo el zumbido eléctrico inundó la sala y los carriles se pusieron en marcha...

Los cuerpos de los agentes avanzaron suspendidos a la misma velocidad, a dos metros escasos de distancia el uno del otro. Cuando la cadena se detuvo, el cuerpo de Proaza osciló como un péndulo. El *mosso* estaba frente al ganadero, que sonreía empuñando el cuchillo. Le tocaba el turno a Andreu y después a él. Iban a morir degollados y descuartizados, como los animales que ellos mismos usaban a diario para comer. Estaba viviendo un espantoso acto de justicia poética. Miró el cuchillo y vio lo mismo que había visto el cerdo, sintió el mismo miedo que había sentido el pobre animal e iba a correr su misma suerte. ¿Para hamburguesas, había dicho? Se lo iban a comer un montón de turistas, con mostaza, ketchup y pepinillo. Pensó que si moría dejaría sola a Virginia, y le embargó una tremenda desazón. Ahora que la cosa estaba tan bien, ahora que la vida los había juntado de nuevo, venía la muerte y se lo llevaba de la peor manera. Ya no volvería a verla más, ya no besaría sus labios, ni se asomaría a sus ojos, ni admiraría su sonrisa como el que descubre un milagro. «Perdona, Virginia, la culpa ha sido mía por no estar atento y subestimar a este capullo. Te quiero tanto...». Sintió un arrebató de rabia y la pena hizo que se le saltaran las lágrimas. No quería perderla y no quería morir. Pero ¿qué podía hacer, ahí colgado, bocabajo, con los brazos inmovilizados, pendiendo desnudo de una cadena?

¿Había visto a alguien o se lo había parecido? Ya no estaba seguro. ¿Y si había sido una alucinación, un mecanismo de defensa activado por su mente? Tenía que olvidar su miedo y anclarse al presente: inspiró todo el aire que pudo, escuchó atentamente los sonidos de la sala y abrió los ojos. Un momento, sabía cómo deshacerse de las bridas. Lo había aprendido en la Academia. Solo tenía que alejar los brazos del tronco hasta donde fuera capaz de llegar y juntarlos de nuevo en la espalda, bruscamente, tirando al mismo tiempo con las manos hacia fuera. Si lo hacía bien podía conseguir que se rompieran las bridas. Ya lo había hecho como un ejercicio e iba a intentarlo de nuevo. El ganadero tenía agarrado al *mosso* por un brazo y le acariciaba la nariz con el cañón de un arma.

—¿Qué fue lo que me preguntaste en el cortijo, antes de que llegara este? — señaló con la barbilla a Proaza—. Ah, sí, ya sé... ¿Que de qué habíamos estado hablando durante cuarenta y siete minutos, mi hermano y yo, el día que lo asesinaron? Que te parecían muchos minutos, para charlar de cosas sin importancia. ¿Me estabas acorralando? ¡Qué espabilado y qué poco tacto...! Vienes a mi casa, sin que yo te haya invitado, y pones en duda mi palabra. Dime, ¿te diste cuenta tú solo o te lo sopló la inspectora mala leche? No te ofendas, pero es que tiene cara de empollona y se ve a la legua que es la lista del grupo. Está buena la jodía, con su cara de malota, pero yo sé muy bien lo que le hace falta a esa... —Sonrió mientras imaginaba las tetas de la policía entre sus manos infectadas de moho—. Pues, contestando a tu pregunta, estuve hablando con mi hermano los minutos que me salí de los cojones, que para eso los pago, de las mismas cosas de siempre, y como siempre ni me escuchó, así que fui al cortijo y le dije lo que pensaba de él. Estaba fumado, como siempre, y le di una lección. ¡Soy el mayor! ¿No te parece que merezco respeto?

Empezó a dar vueltas, meditabundo, sopesando el arma, miró al *mosso*, pareció pensar algo, se detuvo, volvió a mirarle y le dijo:

—También recuerdo que pretendías aleccionarme sobre toros. ¿Qué fue lo que dijiste? «Que los toros son rumiantes y que su naturaleza es pacífica, que no atacan a las personas ni a otros animales». ¿Qué pasa, que viste un documental el otro día? ¿Tú eres gilipollas, o qué? El toro de lidia es un producto, seleccionado y condicionado a base de paciencia para que responda a la provocación del torero. Y lo que hace un torero es arte, ¿entiendes? Arte con mayúsculas —de dos zancadas se colocó a medio metro de él—. Veo que miras mucho la pistola. No es tan buena como las vuestras, pero cumple su cometido. Un tiro solamente. Se le da al gatillo para atrás, se le arrima al cerdo, —puso el cañón de la pistola en la frente de Andreu—, sale el pistón y vuelve para atrás. El tiro es preciso y le perfora el cerebro... —rio complacido, amagando el gatillo con el dedo—. Ahora ya sabes lo que hace. Pero creo que te mereces algo más que un cerdo —dijo introduciendo el cañón en la narina izquierda, haciendo que girara la cabeza hacia dónde él quería—. Dime, policía, ¿te gustan los toros? —Andreu intentó decir que sí, pero con la cinta de plástico le salió

un mugido—. Lo entiendo como un sí, aunque eres un jodido catalán y allí los habéis prohibido —mirada de desprecio y escupitajo al suelo—. Mi hermano decía que antes de matar hay que estar preparado, porque uno tiene que sentir cuando el toro quiere morir para complacerle. El buen torero no mata cuando él quiere sino cuando el animal se lo pide. Lo siente en todo su cuerpo. Es como el sabor de un buen vino, que te fundes con él. ¿Comprendes?

Aunque tenía la cinta americana tapándole la boca, se le entendió al policía gritar algo así como: «Estás como una cabra, hijoputa». El sonido le salió por la nariz, justo donde tenía la punta de la pistola. El ganadero sonrió, dejó la pistola en la mesa, empuñó el estoque y lo introdujo por la nariz. Andreu Chilló, desesperado por el dolor. Como estaba bocabajo, la sangre empezó a gotear por un ojo, llorando al revés. Le miró con desdén por quejarse, extrajo la hoja, la limpió sobre el costado del *mosso* y le dijo:

—Me gustaría estar hablando contigo toda la noche, pero se me acumula el trabajo, como puedes ver, y no quiero que lleguen más policías. Dentro de media hora no quedará ni rastro de vosotros. Yo no os he visto y asunto acabado. A lo mejor os ha hecho desaparecer el FLA, vete tú a saber lo que contarán los periódicos... —Le marcó una cruz en la base del cuello, con amaneramiento torero y una cierta ceremonia y hundió el estoque hasta la empuñadura. Al retirar la hoja, se oyó un gemido largo y angustioso, que pareció que no iba a acabar nunca. La sangre se derramó por el suelo y se mezcló con otras sangres, en dirección a los desagües. El matarife miró el reguero, disfrutando el momento. Después cogió la sierra de esquinado, para cortarlo en canal y rematar la faena.

Proaza tenía el tiempo justo para intentar algo desesperado. No podía mirar como troceaba a su compañero porque le entraría el pánico y se bloquearía. Empezó a mover los brazos, alejándolos del tronco. La sierra ya estaba zumbando a unos metros de él. Jacinto Montero la apoyó en la base de la columna vertebral, sobre el coxis, y Andreu reaccionó ante el dolor por última vez, se contorsionó con una rabia inhumana, contrajo la musculatura de la espalda para impulsarse y le asestó un cabezazo en la base de la mandíbula. El hombre perdió el equilibrio, la sierra quedó colgando del cable, oscilando peligrosamente frente a su cara, ante la mirada incrédula del ganadero, que quedó recostado sobre la mesa, conmocionado.

—¡Me cago en tu puta madre, cabrón...! Me has hecho daño, ¿sabes? —Se incorporó torpemente, frotándose la barbilla, resoplando, cerró los ojos apretando mucho, para mantener el dolor a raya, y los abrió de nuevo expulsando el aire con fuerza, mirándolo con odio. Agarró el cable, tiró de él bruscamente y la sierra se acercó bamboleándose... Empuñó el asa con maestría y empezó a desgajar el cuerpo de Andreu, desbordado por la rabia. Proaza cerró los ojos, pero no pudo evitar escuchar los gritos, ni el sonido de los trozos de carne al caer sobre el cemento... Mientras asimilaba la terrible noticia de que su compañero estaba siendo descuartizado, un olor nauseabundo se esparció por la sala.

—¡A ver si te mueves ahora, gilipollas...!

Le estaba costando horrores contener el vómito y empezaba a marearse. Proaza, empapado con la sangre de Andreu, decidió probar su táctica desesperada, porque la pesadilla no tenía pinta de que fuera a parar, el siguiente de la fila era él y disponía como mucho de unos segundos. Si funcionaba y conseguía liberar las manos tendría más opciones, pero debería elevarse a fuerza de abdominales, agarrarse los pies e intentar soltarse de la cadena. No se le ocurría otra opción y sabía que no dispondría de una segunda oportunidad, de manera que iba a tener que ser rápido. Estiró los brazos alejándolos del cuerpo, exhalando, ignoró el dolor, inhaló aire, apretó las mandíbulas y contuvo el aliento. Uno, dos...

En ese momento se escuchó una explosión, las cadenas vibraron, un resplandor anaranjado iluminó el suelo a través de la ventana y se fue la luz.

Después de tomarle declaración a Ramón y a la madre, que casi siempre respondía por él y no había forma de callarla, un coche patrulla les llevaba a las instalaciones, que resultaron ser las del matadero de Jacinto Montero. Otra patrulla se dirigía hacia el cortijo para detenerle. Se preguntaba por qué no respondía Andreu a sus llamadas, tal vez había dejado el móvil en silencio o lo había olvidado en el coche. Llamó a Proaza, pero él tampoco respondió. Eso era demasiada casualidad y tuvo un presentimiento que no le gustó en absoluto. Hizo una última llamada a Sergio, su pareja, para decirle que no se preocupara, y avisarle de que iba a llegar tarde. El encargado iba en el asiento de atrás, con un agente, nervioso, haciendo sonar las llaves con las que pensaba abrir la verja. «¡Deje las llaves quietas de una vez, hombre!», le dijo el agente. Ramón las guardó en el bolsillo, un poco avergonzado por la reprimenda, y puso cara de portarse bien. El resto del camino fueron en silencio, anunciando con destellos azules la urgencia del asunto...

Marín vio el resplandor cuando llegaban al matadero, después escuchó la explosión. «¡Más deprisa, coño! —ordenó la inspectora al conductor—. Y apaga la sirena». Cuarenta y tres segundos después, saltó del automóvil todavía en marcha con el arma en la mano. El encargado abrió la verja y los policías entraron. Tras comprobar el pulso al cuerpo chamuscado que había junto a la escalera, pidió por la radio una ambulancia. La inspectora se adentró en el matadero, con la pistola y la linterna cruzadas a la altura de la barbilla, iluminando las sombras. El olor era peor que la última vez que estuvo allí, mucho más intenso y empalagoso. Algo le rozó una oreja, se giró con un solo movimiento y alumbró una cadena que colgaba del techo. Suspiró. Cuando pasó junto a los vestuarios creyó escuchar algo y se detuvo, alerta. Todo quedó en silencio. Caminó unos pasos, sin hacer ruido, y oyó de nuevo el sonido, más claro. Era una voz de hombre, y venía de la derecha. Se dirigió hacia allí.

Al entrar en la sala se apoyó en la puerta, un ligero movimiento que activó el temporizador del segundo bidón de gasolina con un «clic» apenas perceptible. No reparó en el sonido, porque su atención se vio atrapada por el cuerpo descuartizado que había sobre la mesa alargada. Empezó a sudar. Apagó la linterna e hizo unas respiraciones rápidas. Estaba empapada cuando llegó al umbral que conectaba con una sala más amplia, de donde ahora salían unas risas.

Se asomó. Estaba muy oscuro.

El reloj del temporizador ya había iniciado la cuenta atrás...

Había luna nueva y no entraba suficiente claridad. Una ventana dibujada en el suelo por las farolas de la calle no era suficiente para una sala tan amplia en la que las paredes y el techo no devolvían la luz. El agua corría limpiando la sangre y las heces, diluyendo la mezcla, arrastrándola hacia las rejillas, conectadas al alcantarillado y al río. Proaza se fijó en que los carriles y la sierra habían dejado de funcionar y eso era una buena noticia. Había intentado partir las bridas, pero al cuarto intento se dio cuenta de que no iba a conseguirlo. Aunque pensaba a toda velocidad, empezó a darse por vencido. Se oyó una maldición, un rebuscar metálico de herramientas y cuchillos y un golpe seco. Después escuchó los pasos, acercándose, aunque no pudo ver desde dónde. El ganadero venía decidido hacia él, surgiendo de las tinieblas con un hacha en la mano. Tenía mucho miedo y empezó a tiritar de nuevo. Trataría de darle un cabezazo, pero estaba convencido de que iba a morir, al igual que Andreu. Entonces oyó la voz imperiosa, burlona y cargada de desprecio:

—A lo mejor crees que te vas a librar.

Andaba con chulería, tomándose su tiempo, el hacha de mango corto lo llevaba en la mano izquierda, en la derecha empuñaba el afilador que pasaba por el borde de la hoja a velocidad profesional: «Ris-rasss... Ris-rasss...». «Es excelente para cortar huesos, ya lo verás. Tiene el peso justo para quebrarlos sin esfuerzo...». Entonces, a la mente científica del policía le asaltó un pensamiento inoportuno: estaba en el lugar de los hechos y sabía por primera vez lo que iba a pasar antes de que sucediera, sobre todo antes que el forense, que tendría que analizar sus pedazos para ver quien le había descuartizado. Eso, suponiendo que los encontraran. ¿Podría improvisar un mensaje para el policía encargado de su caso, señalando al asesino, como había leído en tantas novelas? Dejó de desvariar cuando la realidad le mostró que había llegado el momento. El matarife colgó el afilador del cinturón y pasó el hacha a la mano derecha. Proaza sintió vértigo. Ya tenía apoyada la hoja sobre la clavícula, tanteando impaciente y preparando el golpe, dibujando una línea roja con la tinta de la primera gota de sangre que empezó a brotar y a resbalar por el cuello del policía. Proaza tensó el cuerpo esperando el final. Cuando elevó el hacha para tomar impulso, al ganadero

le entró la risa y se le fue la fuerza: «¿Pero has visto la cara que has puesto?». Siguió riéndose, aflojó el cuerpo, bajó el hacha y también la guardia, aunque estaba demasiado lejos para que el inspector pudiera intentar algo. Continuó riéndose, para humillarle hasta el último momento y demostrar a esas cuatro paredes roñosas quién era el dueño de la situación. De pronto, Jacinto Montero se puso repentinamente serio. Mientras pasaba el dedo índice por el filo de la hoja inclinó la cabeza, se acercó para que el policía pudiera verle, pero no lo suficiente como para que se le ocurriera intentar algo y, adoptando un tono grave, casi paternal, le hizo una última confidencia: «No puedo dejarte con vida, chaval. Espero que lo entiendas».

Proaza se debatió sacudiéndose las lágrimas, dejando escapar a través de la mordaza un gemido lastimero. Entonces suspiró, giró el cuello a su izquierda y se relajó repentinamente. El ganadero lo vio. Se miraron a los ojos y hubo una conexión fugaz. Cuando percibió el cambio en la mirada supo que algo no andaba bien. Giró hacia donde había mirado el policía, furioso, atacando con el hacha, pero una sombra interceptó su brazo, le agarró la mano y el codo, tiró de ambos en direcciones opuestas y el arma voló por los aires, cayendo fuera de su alcance. Utilizando la muñeca de palanca, con un rápido movimiento, Marín le empujó el codo hacia la cara, Jacinto Montero perdió el equilibrio y se desplomó sobre el charco de sangre, gritando. La inspectora se arrodilló junto a él, con las rodillas fuertemente apuntaladas contra el costado y la cabeza. El brazo estaba inmovilizado, pero lo retorció sobre el eje del codo hasta que el chillido de dolor se convirtió en un crujido. El ganadero lloraba desconsolado. Cuando Marín encendió la linterna y vio lo que Montero había hecho con su ayudante, forzó más la presa y le dislocó también el hombro. Gritaba como un niño enrabiado, cuando le puso las esposas. La inspectora se levantó para socorrer a Proaza, aunque antes apartó el hacha con el pie y descargó una patada en la boca del ganadero.

Los nervios.

Después de quitarle la mordaza descolgó al inspector con cuidado, pero no pudo evitar que se golpeará el hombro contra el suelo y soltara un alarido exagerado. Proaza experimentó una oleada de júbilo cuando se vio liberado y empezó a mirarse las manos y a restregarse la sangre del otro policía por el cuerpo, sin poder controlar el ataque de ansiedad. Estaba desorientado y tiritaba, tenía las piernas entumecidas y le costaba mantenerse en pie. Marín intentó limpiarle con la camisa del ganadero, que le arrancó de un tirón, y le entregó un mono que había por allí para que se vistiera. Cubrió los restos de Andreu, se abrazaron y lloraron juntos. Unos minutos después unos haces de luz surgieron de la penumbra, barriendo la estancia. Llegaban más agentes. Había que salir rápidamente de allí, porque el fuego se estaba extendiendo por el matadero. «La grasa y todas esas mierdas», aclaró el policía. «Llévense a ese», dijo Marín, señalando al dueño. El fuego ya había prendido en la puerta y los estaba cercando cuando dos policías sacaron los restos del subinspector Baró y los colocaron en el suelo, junto a la ambulancia. Consiguieron salir al exterior cuando una dotación

de bomberos irrumpía en el aparcamiento, con la sirena rabiando e imponiéndose en la noche.

En ese momento, el reloj del temporizador se detuvo...

«¡CLIC...!»

... Y explotó el segundo bidón, el que Marín había activado sin darse cuenta. El jefe de bomberos movió la cabeza, dando a entender que ese fuego no iba a ser fácil de controlar. «Hemos salido en el momento justo», pensó la inspectora atusándose la ropa, como si no estuviera rota y empapada de sangre. El humo escapaba por todos los agujeros, un cable grueso se rompió y cayó al suelo, ahuyentando las sombras con sus chispas saltarinas y abollando el capó a uno de los coches de la Policía Local. Un agente tropezó y cayó al suelo. La grieta en la fachada de las oficinas empezó a moverse, escupiendo ladrillos, y el muro se derrumbó con un gran estruendo, en medio de una nube de polvo. Ramón, el encargado, fue consciente en ese mismo momento de que había perdido su trabajo. Ampliaron el perímetro de seguridad, porque la gente curiosa ya había empezado a salir a la calle, a husmear la noticia que mañana verían por la tele y leerían en los diarios. A lo lejos se oían las sirenas de más coches patrulla y más bomberos. El edificio estaba perdido, pero las siglas del FLA aún se leían.

La rebelión de los toros de metal

Fue Aurora Marín la que insistió en que debía examinarle un médico. Aunque Proaza le dijo que solo tenía magulladuras y se encontraba perfectamente, dejó que lo subieran a la ambulancia que lo llevaría al hospital Rafael Méndez, donde habían ingresado al herido que encontró la inspectora, esa silueta que vio en el umbral de la sala de despiece antes de que se produjera la primera explosión. Estaba convencido de que el incendio lo había provocado él, pero eso ahora daba igual, porque lo único que importaba es que le había salvado la vida. Si la explosión no hubiera reventado el cuadro eléctrico a Marín no le habría dado tiempo a intervenir, porque unos segundos después ya habría estado muerto, como su compañero Andreu.

Nada más tomarle el enfermero la tensión, Proaza se quitó la mascarilla y se masajó la cara y el pelo. Cuando la ambulancia llegó a su destino, le pidió a Aurora que se encargara del papeleo y de que alguno de los agentes que había en el cortijo llevara su coche al aparcamiento del hospital, mientras él iba a ver como se encontraba el herido. Como todavía vestía el mono, al llegar a la habitación el policía dejó de leer el periódico y le paró con un gesto. Proaza se identificó. El agente le indicó la puerta y continuó leyendo el periódico.

Parecía un chico sano y en forma. Esperaba encontrarle en peor estado, chamuscado y lleno de vendas, pero ni siquiera tenía quemado el pelo, supuso que el pasamontañas empapado de sudor lo habría protegido del fuego.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien. Un poco dolorido por el golpe, pero nada más. ¿Quién eres tú?

—Soy el inspector Proaza de la Policía Judicial.

—¿Qué ha pasado?

—Déjame que haga yo las preguntas. ¿Cómo te llamas?

—Sandro.

—Sandro y qué más.

—Abellán.

—¿Qué hacías allí?

—Jugar.

—¿De noche, en un matadero?

—Yo no he estado en ningún matadero...

—No estoy para bromas, chaval.

—Y yo no sé de qué me estás hablando.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—¡Qué dices, tío, si ni siquiera te conozco!

—¿Y dónde te has hecho eso?

—En la piscina de mi casa, joder, con el cloro.

El inspector salió a la puerta, se aclaró la garganta y le preguntó al policía si habían ingresado en la unidad de quemados a un nuevo paciente con escolta.

—Esta es la zona de quemados químicos, pero acaba de entrar uno en la de quemados térmicos. ¿Ves ese fluorescente, el que parpadea? Pues antes de llegar a los ascensores te encontrarás con los quemados eléctricos, pasas de largo y en el siguiente pasillo a la izquierda, no el de la derecha, ese no, el de la izquierda...

Esta vez no hubo error. El activista estaba algo chamuscado y cubierto de vendas, como debía de ser. Tenía un moretón en el pómulo derecho, reluciente de pomada. El inspector le pidió al agente que los dejara solos, pues tenía un asunto oficial que tratar con él. Se identificó y le entró directamente, diciéndole que sabía que era activista del FLA y administrador de *cometetu.com*.

—No sé de qué me hablas.

—¿Cómo te llamas?

—Urko.

—¿Urko qué más?

—Urko Paredes.

—¿Eres de Murcia?

—Soy de Totana.

—¿Qué hacías en el matadero?

—Pasaba por allí y vi un fuego. Me acerqué para ayudar y hubo una explosión.

—¿Ayudar a quién, a esas horas?

—A quién pudiera necesitarlo —eso lo había dicho con una clara intención: «Me la debes», quería decir.

—Ya... Sé que trabajaste en ese mismo matadero.

—Cuando vi el fuego entré precisamente por eso, porque conozco las instalaciones y a veces puede haber animales vivos en ese edificio.

—¿Con guantes y pasamontañas?

—Voy en bici, ¿sabes? Y cuando regreso de madrugada hace frío.

—Supongo que la palanca que hemos encontrado no es tuya, ¿verdad?

—¿Qué palanca?

—Mira, Urko, sé muy bien lo que haces. Sé que andas detrás de algunos de los sabotajes que ha habido esta semana en Lorca. Solo tendría que escarbar un poco para descubrir todo sobre ti. Has dejado huellas, ¿sabes? —faroleó, porque aún no sabía que las había dejado—. Pero también sé que me has salvado la vida.

Urko sonrió. Además de los animales no humanos que había salvado al quemar el matadero, había salvado también a un animal humano. A pesar de lo que decía el policía, no sabía si lo iban a detener, pero le daba igual porque la acción había merecido la pena.

—¿Por qué dices que podré salir libre cuando me den de alta? Yo no he hecho nada, tronco.

—Por mi parte, estoy de acuerdo: no has hecho nada. Pero quiero saber algo sobre el vídeo de la matanza de cerdos, ese que colgaste en el *blog*.

—Pues tú dirás.

—¿Lo grabaste tú mismo?

—¿Para qué quieres saberlo?

—No es nada oficial, no te preocupes. Solo es curiosidad por conocer al autor. Me pareció un trabajo impresionante, teniendo en cuenta que te habías infiltrado y carecías de entrenamiento.

—Eres poli. Solo tienes que cotejar la fecha del vídeo con la de los días que trabajé en el matadero. Si coinciden...

—¿Sabes que eso es ilegal?

—¿Y qué...?

—Nada, que ahora sé que lo sabes.

—Ahora, mucha más gente que yo, sabe también lo que pasa en un matadero. Verán el sufrimiento atroz de los animales y algunos se preguntarán si merece la pena y dejarán de comer carne o comerán menos; unos pocos cambiarán y harán cambiar a otros. Es una lucha constante que no se puede parar —anunció, como remate.

—Luego, ¿reconoces que eres el administrador del *blog*?

—¿Es ilegal editar un *blog* vegano, compartir información sobre sucesos relacionados con el tema y tener esperanzas?

—Los sabotajes son actos ilegales.

—Pero no lo es cubrir la noticia —replicó el activista—. Administro varios sitios web sobre veganismo y estoy allí donde suceden las cosas, porque las pruebas conseguidas por un ciudadano mediante un acto ilegal también se pueden utilizar para demandar. Por eso las difundo. Yo también trabajo para algo, ¿sabes? Tengo mis contactos, recibo chivatazos y no necesito vuestro permiso para contar lo que veo.

—Tiene sentido eso que dices. —Proaza le dio de nuevo las gracias y se despidió deseándole suerte.

Mientras le hacían el reconocimiento se presentó Virginia en el hospital. Eran las cinco de la madrugada cuando el inspector decidió que no podía aguantar más sin hablar con ella; dejó de hacerse el duro, se abandonó a la debilidad y la despertó disculpándose. Tenía que contárselo, pero sobre todo tenía que oír su voz, para transmutar el horror que había vivido. Apareció una hora después, con la ropa limpia que Proaza le pidió y su sonrisa guasona, dando a entender que seguramente no había sido para tanto. Le cubrió de besos, sin importarle que estuviera Marín delante. Cuando Proaza terminó de contarle toda la historia, Virginia se levantó con los ojos cubiertos de lágrimas y abrazó a la inspectora, sin parar de repetir una y otra vez: «Gracias, gracias...». Después de charlar con ella, con las manos enlazadas como dos viejas amigas, le dijo que estaba más tranquila ahora, sabiendo que la tenía por compañera. «Cuídamelo bien Aurora, que es muy confiado el gilipollas».

—Lo sé —respondió la inspectora.

La mañana del sábado los periódicos se hacían eco de una nueva acción contra el maltrato animal. Doce toros de Osborne habían amanecido con una gran mancha de pintura roja y un mensaje compartido. *La Opinión de Murcia* publicó la foto del toro emplazado en Venta Lanuza, estaba firmado por el FLA y decía: «Vergüenza Nacional»; como noticia destacada puso la entrevista de Ramón, el héroe local que denunció un asesinato y ayudó a meter entre rejas a un peligroso criminal, que resultó ser un miembro respetado de la comunidad y su propio jefe. *La verdad* hizo un *collage* con las doce fotos para su portada. Cuando Proaza vio el montaje, recordó los doce códigos QR. Fue al *blog* de Urko y los escaneó: todos mostraban una cadena de números. Esos números que no entendió en su momento eran las coordenadas geográficas de los doce toros que había en la comunidad valenciana y una fecha: la de ese mismo día. Urko había organizado la acción con sus colegas y le había salido bordada al muy cabrón. Además, tenía coartada, porque en esos momentos él estaba en el hospital, custodiado por la pasma.

Proaza tiró el periódico a la papelera. Amanecía cuando salió del hospital de la mano de Virginia. El corte de la clavícula le picaba, la herida de la pierna le tiraba y le escocían las rodillas, las muñecas y la barbilla, pero estaba vivo. Cuando el sol le dio en la cara empezó a reír, sin poder controlarse. Apretó los puños para aliviar la tensión, porque quería parar esa risa nerviosa y no sabía cómo hacerlo. Virginia reía con él, creyendo que se trataba de un juego. Llegaron al coche, se detuvo, la estrechó entre sus brazos y la besó como nunca antes la había besado.

—He pasado mucho miedo, Vir —estaba tiritando, y hablaba como si se estuviera chivando de que un niño malo le había hecho pupa—. Abrázame fuerte.

—Ven aquí, chiquitín.

—Creí que no iba a volver a verte.

—Pues te equivocaste.

Subieron al coche y se dejó llevar de vuelta a casa, al hogar que habían empezado a construir hacía tan solo unos días. Virginia y él, él y Virginia, que eran la misma cosa y a la vez dos personas distintas. Estaba tan tranquilo que ni siquiera pensó en poner música, porque ella conducía suavemente, navegando por la autovía sobre nubes de algodón. Se le cerraron los ojos y durante unos kilómetros pareció adormilado, pendiente únicamente del perfume de ella, que se había adueñado del coche. Cuando quedó atrás Sierra Espuña, Proaza dio un salto:

—¡Joderrr!

—¿Qué...?

—Pues que tengo que ir al trabajo, Vir. Aún no hemos terminado.

Los jefazos, desde sus sillones, se hacen los duros y exigen resultados inmediatos, unos resultados que ellos mismos no tienen ni idea de cómo conseguir. Poseen amigos poderosos, que a su vez los poseen a ellos, y como no quieren parecer ociosos, esa es casi siempre la cuestión y la urgencia del caso. El comisario daba golpecitos con los nudillos sobre la mesa, impacientándose. Más que sujetar el teléfono, parecía estrujarlo. Decía: «No me mal interprete, concejal, pero su opinión en este caso nunca ha sido relevante». Unos segundos eternos en los que no hizo nada, salvo taladrar con la mirada un punto fijo en la pared, que de un momento a otro iba a empezar a echar humo. «Me gustaría verlo haciendo trabajo de campo, codeándose con psicópatas, asesinos y locos, a ver cómo se le daba». Esta vez se apartó el teléfono del oído, lo miró como si no quisiera mirarlo y se lo volvió a pegar a la oreja. «Ya, pues era el hermano del torero, no los antitaurinos como usted afirmó». Un gesto de fastidio y mordida de labio... «Déjenos hacer nuestro trabajo, que nosotros no nos metemos en el suyo». Y colgó.

—Juanito, ¿qué haces aquí?

—Estoy bien, comisario.

—¿Estás seguro? Sabes que Marín puede hacerse cargo.

—Gracias, pero no es necesario. Hemos intercambiado copias de los expedientes para poder completar los informes, porque los dos casos convergen. El forense afirmó que las córneas del torero podían haber servido para otro trasplante. También tenemos los restos del argelino que había en el matadero, al que le falta el hígado. Pensaba ir ahora al invernadero donde trabajaba.

—Estupendo, luego tenemos que hablar tú y yo —miró a la inspectora—: Marín, ¿qué me cuentas?

—Urko ha salido ya del hospital, con el diagnóstico de contusiones leves y quemaduras de primer grado. A pesar de que lo he interrogado a conciencia no he sido capaz de implicarle, porque haber pasado por el matadero a esas horas con la bici no es ningún delito, que llevara guantes y pasamontañas de madrugada, en pleno verano, tampoco y, mucho menos, que le haya salvado la vida a Proaza, arriesgando la propia, aunque estuvo a punto de matarnos a los dos con el segundo explosivo, si es que lo colocó él. Ni siquiera los perros han podido vincularle con los sabotajes, porque la citronela ha camuflado su olor. Pero yo sé...

—Tú sabes que no has sabido... —la cortó el comisario, creando un silencio incómodo entre ambos—. Cuando realmente se sabe, un interrogatorio es un mero trámite administrativo. En cualquier caso, Urko Paredes no ha cometido, ni es sospechoso de asesinato, que es de lo que se encarga este grupo. Si estaba allí por casualidad o para perpetrar un sabotaje lo investigará la Brigada Antiterrorista. Es conveniente cruzar la información, así que pásales copia del expediente —miró al inspector—. Entonces, ¿lo lleváis juntos?

—Sí —dijeron los dos a un tiempo.

—No os despeguéis el uno del otro. Dime más cosas, Marín...

Se encontraba parada. Jacinto Montero, el ganadero, estaba en el hospital con el brazo derecho escayolado, la boca rota y una vértebra astillada y con muy mala pinta, como consecuencia de la patada. Tenían que operarle urgentemente y no estaba en condiciones de declarar, suponiendo que quisiera hacerlo y se le entendiera. Habían pillado a uno, el que mató a su hermano el torero, suponía que por celos, envidia, para saldar deudas y ampliar su negocio, que además estaba implicado en un supuesto trasplante ilegal, a través de una red de tráfico de órganos, de la que parecía formar parte, aunque no lo sabían con seguridad. Ahora tenían que ir a por los otros: Camila Vásquez, alias *Eva* e hija de Brunilda Vásquez; el doctor, cuyo nombre ignoraba y el enfermo, cuyo nombre ignoraba también. Por lo tanto, las únicas opciones que se le ocurrían eran ir de nuevo al invernadero o interrogar a Brunilda. Ya había ido un coche patrulla a por ella.

—Muy buen trabajo, Marín. Garrido, ¿estás haciendo algo?

—He terminado con lo de los estupas.

—Y te has tomado tu tiempo, si me permites el comentario —esa mañana, De la Mata no pasaba una—. Te unes al equipo. Ahora sois tres y así yo me siento más tranquilo. Si un solo tipo ha podido con Juanito y Andreu, no sabemos de lo que pueden ser capaces los que faltan. ¡Ale, a trabajar! Juanito, ven un momento a mi despacho.

—¿Qué pasa contigo? —le soltó De la Mata nada más entrar.

—No pasa nada, comisario —la pregunta le desconcertó—. ¿Por qué lo dice?

—En primer lugar, porque debiste asegurarte del paradero de Andreu antes de hablar con el ganadero. Marín te dijo que no te precipitaras, y te ordenó que le esperaras. ¿No es cierto?

—Sí, pero es que el *mosso* ya estaba dentro del cortijo.

—¡No me jodas, Juanito, y no juegues conmigo! Tú no lo sabías entonces, porque creías que aún no había llegado. Entraste en plan superhéroe, porque eres muy chulo y a ti no te podía pasar nada. Si hubieras llamado a Marín, habrías sabido que Andreu ya debía estar allí, habrías sospechado del ganadero y pedido refuerzos, y tal vez ahora Andreu Baró podría estar vivo. ¿Me estás entendiendo? He dicho «tal vez» para que no te sientas culpable, pero debes asumir tu parte de responsabilidad en lo que ha sucedido. ¿Entiendes?

—Sí, señor —respondió con un hilo de voz.

—En segundo lugar, te das la vuelta para hablar por teléfono, estando a solas con un sospechoso. ¿Creías tener poderes, súper Juanito?

—No, señor. Reconozco que fue una imprudencia.

—Fue un suicidio por parte de ambos, porque Andreu no aguardó a que llegaras y decidió adelantarse y actuar por su cuenta. Espero que hayas aprendido algo, que quizás pueda salvarte la vida la próxima vez. Lo que no entiendo, Juanito, es qué cojones haces en la comisaría después de lo que te ha pasado.

—¿Cómo? —Proaza frunció el ceño.

—Deberías estar de baja, recuperándote.

—Me encuentro bien, comisario.

—Ah, ¿sí? Pues yo te veo un poco ido, un poco pálido, un poco acelerado y con los ojos espantados. Tratamos con asesinos, a ver si te enteras. ¿Crees que estás en condiciones de prestar servicio, sin que acabes muerto tú o alguno de tus compañeros?

—Estoy seguro.

—Pues, si tú lo dices, adelante —barrió el aire con las manos y le señaló con un dedo—. Pero Paco Garrido no se va a separar de ti hasta que el caso esté definitivamente cerrado. Este punto no quiero que lo olvides. ¿Lo has entendido bien? —El inspector afirmó con la cabeza—. ¿Cómo dices?, porque no te he oído.

—Lo he entendido perfectamente, señor.

—Con eso me vale —agarró el teléfono con un gesto airado y empezó a marcar un número—. Puedes irte, Juanito.

Después de la charla, Proaza y Garrido se encontraron en la cafetería para desayunar algo y pensar la estrategia a seguir. Tenían que decidir si iban primero al invernadero o si esperaban a la patrulla que había ido a recoger a Brunilda. Garrido pidió otra cerveza y abrió el expediente; encendió un cigarro, mientras estudiaba los informes y memorizaba cifras, fechas y fotos. Proaza pidió un café, «en vaso, por favor», y dos Donuts, mientras le veía hacer.

Marín se había quedado en la sala, con la copia del expediente que le había dado Proaza sobre la mesa. Miró atentamente todo lo que tenía: el informe del forense, las declaraciones de los temporeros, las fotos, los listados del hospital... En la lista de espera de los trasplantes vio un dato que le llamó la atención, un dato que se le había pasado a Proaza: al cadáver del frigorífico le faltaba el hígado, y Nicolás Sanguino, el paciente que se había borrado de la lista, al que Proaza no había conseguido encontrar, tenía cáncer de hígado, estaba en paradero desconocido y el médico que lo atendió en el hospital era Ricardo Pereira. ¿Sería el receptor? ¿Y si Pereira resultaba ser el misterioso doctor? Podían indagar por ahí, ya que no tenían otra cosa.

Cuando iba a llamar a Proaza para contárselo, sonó el móvil.

—Creo que sabemos dónde pueden estar —era él.

—¿De quiénes hablas?

—De Eva y el viejo. —Proaza estaba acelerado.

—Iba a llamarte ahora, para eso mismo. Nicolás Sanguino puede que se encuentre en el apartamento de Ricardo Pereira, con tu Eva, aquí, en Cartagena.

—Garrido y yo estamos en el aparcamiento e íbamos para allá en estos momentos. ¿Vienes, o te quedas?

—Habría que ir también al invernadero, ¿no crees?

—Luego, luego. Nos sobra tiempo y esto lo tenemos aquí al lado.

—Es una tontería, si podemos repartirnos el trabajo.

—Lo que tú digas —se estaba impacientando—. ¿Vienes, o qué?

—Voy.

Marín no dejaba de pensar en su compañero muerto. No se le iba de la cabeza la sonrisa confiada del *mosso* cuando le preguntó ilusionado: «¿Esto es siempre así de divertido?». Pobre Andreu, le machacó en su primer día y no supo protegerle. Tenía ganas de llorar y fue a los servicios a desahogarse.

Antes de bajar, le dijo a Rosa que pidiera una orden de registro.

Fueron en el coche de Proaza, seguidos por un furgón y un zeta. Garrido fumaba despatarrado y Marín le miraba indiferente, como si formara parte de un cuadro costumbrista. No pusieron el rotativo, ni activaron la sirena, porque en algunos casos es mejor sorprender. Cuando llegaron, el coche patrulla aparcó y los dos agentes uniformados se plantaron ante la puerta como dos tótems. De allí no salía nadie, decían sus caras. El furgón se situó en doble fila, cubriendo el Opel de Proaza y lanzando destellos azules, ahora que la zona estaba asegurada. Marín subió primero, seguida por Proaza y Garrido, que tiró el cigarro en el portal, marcando territorio, y sin parar de empujarle mientras subían por la escalera, porque quería ponerse delante. Al llegar a la puerta decidieron llamar, no había otra salida de la casa y era poco probable que al doctor Pereira y a Eva les diera por ponerse a disparar, aunque teniendo en cuenta cómo se había comportado su socio cuando se vio acorralado, podían esperar cualquier cosa de ellos. Marín pulsó el timbre. Se oyeron ruiditos apresurados, una puerta abriéndose, después silencio. Garrido sacó el arma, Proaza también. Se le agitó la respiración y empezó a sudar. Marín volvió a llamar. Silencio. Ahí fue cuando Paco le pegó una patada a la puerta, que cedió por la bisagra de abajo, otra patada, una más y ya estaban dentro. Eva se estaba vistiendo y los miraba con ojos desorbitados. Había un teléfono móvil en el suelo. Olía a marihuana.

—Tranquila, Eva. —Marín se acercó y le puso una mano sobre el hombro, apaciguándola y controlándola—. Sigue vistiéndote. ¿Está contigo el doctor Pereira?

—N... no.

—Ten cuidado con esa, Marín. No te fíes.

—¿Y Nicolás Sanguino? —Marín siguió a lo suyo, interrogándola.

Garrido fue abriendo las puertas de las habitaciones, empujándolas con el cañón de la pistola. Se paró y entró en una de ellas, la que tenía monitorizado al anciano.

—El viejo está aquí... Esto parece una UCI.

—Está convaleciente, pe..., pero se encuentra estable. Hemos salvado muchas vidas, oiga. —Eva se defendía a la desesperada—. Abuelitos que sin nuestra ayuda habrían muerto en la lista de espera. Yo... —Ahí se le rompió la voz, el brillo de los ojos se desbordó y empezó a llorar, contradiciéndose: que había sido solo una vez, que la habían obligado, que no quería volver a Chile, que ella era una ciudadana española, que su madre no sabía nada...

—Sí, pero ¿dónde está Ricardo Pereira? —le cortó Garrido el rollo, agarrándole la barbilla y torciéndole la cara.

—En la consulta. Hoy tenía guardia. ¡Oiga, que me está haciendo daño...!

—Esa era la idea, monada. ¿Vamos al hospital? —Le pegó un empujón en el hombro a Proaza y se dieron la vuelta, como dos depredadores cambiando de presa. La inspectora dijo que ella se ocupaba—. Ojo con esa, que es un bicho de cuidado y una mentirosa —le advirtió Garrido—. ¡Ponle los grilletes, joder!

Mientras los agentes del furgón subían al apartamento, Marín solicitó una ambulancia y una patrulla. Después, para no aburrirse, empezó a sonsacar a Eva.

Iban por la autopista del Mediterráneo en dirección al Hospital, aplastados por el calor. Proaza conducía el coche a toda leche derrapando en las curvas, con la sirena y el rotativo encendidos, atravesando el caos e imponiéndose a fuerza de aullidos, apartando coches como un lobo entre ovejas. «Qué caso más raro y más disperso...», pensó. Porque el anterior fue más ordenado, menos caótico y con apenas acción; además, todo sucedió en el término municipal de San Javier. Con este, estaba recorriendo la región. «Cada caso es otra cosa», le gustaba decir a un profesor en la Academia... «Aunque todos los expedientes tengan el mismo color, cada caso es distinto al anterior y discurre por vías y a velocidades diferentes, si me permiten el símil».

—¿Le pegamos un tiro? —preguntó Garrido.

—¿Qué dices?

—Un tirito pequeño, en el pie —añadió con sorna—. Por todos los que ha matado, para que sienta algo de dolor, ¿no?

—¿Estás de cachondeo, verdad?

—Es una forma de verlo. Sería como un anticipo de lo que le espera. La justicia tiene muchos matices y puede aplicarse de muchas maneras...

—Oye, Paco, como le dispares a Pereira doy un parte de ti.

—Tus partes, Juanito, puede que le impresionen a Virginia, pero a mí no me dicen nada. Déjame a ese medicucho y ya verás cómo esta tarde tenemos resueltos unos cuantos casos de desapariciones. Conozco un método que nunca falla.

Cuando llegaron al hospital subieron directamente a la consulta del doctor, pero no encontraron a nadie. En Control de Planta les dijeron que el doctor Pereira hacía ya una hora que se había ido, que llevaba una bolsa y que estaba muy raro. «Se ha marchado y ni siquiera ha dejado médico suplente...», se chivaron las enfermeras. «¿Qué coche tiene el doctor?», preguntó Proaza. «Un BMW, plateado». Bajaron de nuevo, se metieron en el coche, «¡Joder, qué calor! ¿No podías haberlo dejado en la sombra?». Fueron al Aeropuerto de San Javier, Garrido repitiendo que habían actuado como unos novatos, por no haber mandado una patrulla allí cuando salieron de Cartagena; que mientras ellos esperaban pacientemente tras la puerta, cumpliendo el protocolo de los cojones, Eva debió de haberle avisado, por eso su móvil estaba en el suelo. Menuda torpeza. «¿Qué te apuestas a que se ha ido?». Una calada. «¡Déjame conducir a mí, que vas pisando huevos, coño!». Y le daba otra calada al cigarrillo...

—Podías echar el humo para otro lado.

—Joder, con don sensible, que le molesta el humo de una hoja de tabaco y lleva

abierta la ventanilla mientras conduce. ¿Te pone más el humo de los escapes, pelanas? —Garrido y su sonrisa satisfecha debajo de la nariz. Otra calada—. Me caes bien, Juanito. Oye, ¿por qué te vistes así?

—Así, cómo.

—Como si no tuvieras otra ropa.

—¿Y eso, qué quiere decir? Tengo otra ropa.

—Ya, pero es como esa... —Mientras hablaba, Garrido miraba en el móvil los dieciséis destinos que ofrecía la terminal—. Puedo dejarte algo decente cuando lo necesites, para una cena elegante, una boda o algo así, aunque tendrías que quitarte esa perilla y peinarte un poco...

Llegaron al aeropuerto. Antes de detener el vehículo, dieron una vuelta alrededor del aparcamiento, pero no vieron ningún BMW plateado.

—Déjame en la puerta. Yo me bajo y tú aparcas —amplió la sonrisa—. Nos vemos dentro.

—Paco, no se te ocurra detenerle hasta que yo llegue.

—Qué gilipollas eres.

—¿Por qué?

—Porque puedes dejar el coche aquí mismo, con el pirulo encendido y venir conmigo. Eres un puto agente de la Ley: utiliza tus privilegios para obtener ventaja.

Dejaron el coche mal aparcado, lanzando destellos, y entraron los dos. Garrido dijo: «Yo voy por la derecha, tú por la izquierda». Aunque era lógico que cada uno debía ir por un lado, Proaza tenía la impresión de que estaba siendo manipulado, porque a la derecha estaba la cafetería y a la izquierda los aseos, a la derecha estaban las salidas y a la izquierda las llegadas. Cuando comprobó que la terminal de Ryanair estaba en el otro lado, cayó. «Qué hijo de puta...». Miró el monitor que anunciaba los horarios y los destinos, y el único que estaba a punto de salir era un vuelo de Ryanair que partía en media hora hacia el aeropuerto de Luton, en Londres. No había despegado ningún avión en las dos últimas horas, de manera que el doctor debería estar en el aeropuerto, si es que no se había largado en su propio automóvil y se encontraba ya a doscientos kilómetros de allí, descojonándose de ellos. Echó a correr, sorteando gente con cara de vacaciones. No dio con él al primer vistazo, porque el ir y venir atolondrado de los turistas no le permitía concentrarse, hasta que reparó en un tipo tocado con un gorro a lo Coronel Tapiocca y unas gafas oscuras de sol. Sí, ahí estaba el doctor, ante la puerta de embarque, con una maleta. Además, llevaba una bolsa y estaba muy raro, como había dicho la enfermera. Se encontraba detrás de una pelirroja con un moño hecho de rastas, una mochila a la espalda con los colores de la bandera de Irlanda y el culo comprimido por un pantalón vaquero a punto de estallar. Garrido se encontraba unos metros a su espalda, le tenía marcado y le estaba vigilando, apuntándole con su hocico de hurón, aunque tampoco perdía de vista el culo de la irlandesa. Proaza se acercó por detrás y le dio un codazo.

—No veas si eres lento...

—Y tú eres un cabrón.

—¿Tienes algún plan, campeón? —se cachondeó Garrido.

—Déjate de coñas, Paco. Me identifico y le detengo, tú te quedas detrás de él y me cubres, pero solo si se pone violento. Ya sabes que De la Mata no quiere que te separes de mí.

—Vale, vale, me parece bien... —Y sin decir nada más, dejó a Proaza en el sitio con la boca abierta, se colocó delante del doctor, le estrujó el brazo, ladeó la cabeza, sonrió y le plantó la placa ante las gafas de sol tras las que se escondía—. Sabemos lo que has hecho, figura —pellizco en el bíceps—. Estás detenido, hijoputa.

—¡Un momento, un momento...! —dijo el doctor—. ¿Quién es usted y por se dirige a mí con esos modales?

—Tú eres Pereira, ¿verdad?

—Doctor Ricardo Pereira de la Vega —pausa—, y no le permito que me tutee y que se tome conmigo esas confianzas.

—Pues yo soy Paco Garrido, inspector de Homicidios, y queda «usted» detenido, doctor de los cojones —le dio un empujón y le colocó las esposas sin que se diera cuenta, como el que hace un truco de magia. A la pelirroja, que miraba encantada la escena, Garrido le guiñó un ojo—. Vamos, doctor, que le espera su novia en comisaría. Tiene usted derecho a un abogado, gilipollas, todo lo que diga puede ser utilizado en su contra, no está obligado a declarar contra sí mismo y le voy a interrogar yo mismo cuando le encerremos en el calabozo porque he tenido un mal día y necesito desahogarme. Vaya pensando por el camino lo que quiera contarme, pero procure que coincida con lo que ya nos ha contado su amiguita Eva, o va a tener pesadillas durante los próximos diez años. ¿Me ha entendido, doctor?

Con un breve movimiento de cabeza dijo que sí, conteniendo las lágrimas, con la cara comprimida como si se estuviera comiendo un kilo de limones. Garrido aflojó la presa del brazo. Cuando sintió que se relajaba, le clavó el cañón de la pistola en las costillas, intentando astillarle alguna y le susurró al oído, echándole todo el aliento a tabaco:

—Tira *palante*, desgraciado...

Proaza fue caminando hasta el coche en silencio, mosqueado, rumiando cosas, conteniendo tormentas y tempestades y preparando el discurso adecuado a las circunstancias. Esposaron al detenido al coche y, antes de entrar, le soltó a Garrido:

—Paco, cabrón, iba a detenerlo yo —pero sonó como una queja, sin convencimiento ni fuerza.

—¿Qué pasa, que querías hacerle una de aikido, especialidad de la casa? —Le dio con el codo y le ofreció su sonrisa de hermano mayor—. Tú ya te luciste en la redada, ahora me tocaba a mi chupar cámara.

—¡Qué gilipollas eres...!

—Es que eres muy soso, coño. ¿Cómo pensabas entrarle? ¿A que ibas a leerle sus derechos ahí firme, en medio del circo?

—Porque tiene sus derechos. ¿No te parece? Esto no es una película del Oeste.

—Esto se parece más a una peli de Clint Eastwood, que a esa cosa romántica que tienes en la cabeza, alelado. Ese gilipollas de doctor presuntuoso es un tío como tú y como yo, que se ha pasado de listo. Es un vivales, un timador, una sanguijuela, un parásito. Cuando detengo a un individuo de esta calaña, le hago saber que sé lo que es, aunque se esconda detrás de lo que parece, y cuando le dejo en comisaría, lleva ya puesta su verdadera cara.

—¿Cómo en un exorcismo?

—A veces tienes gracia, ¿sabes? Pero a tus detenciones les falta chispa, no sé si me entiendes. Yo solo te he enseñado cómo se hace, para que aprendas algo.

—Oye, Garrido...

—¿Qué?

—Nada, nada...

—¡Cómo que nada! Sé lo que ibas a decirme...

—De verdad que no es nada.

—Ibas a decirme que tú no le has pedido ayuda al comisario, que lo de formar pareja ha sido cosa de él, como la otra vez. Y eso ya lo sé, Juanito, porque el comisario es muy listo y reconoce que eres un «pepinillo», que necesita que lo proteja alguien con tablas. Por eso estoy aquí, para que no te pase nada y puedas seguir jugando a ser policía.

—Iba a decirte que llevo dos sábados seguidos currando y que estoy hasta la polla. Mañana no cuentes conmigo para nada, ¿vale? Voy a ir con Virginia a la playa y pienso desconectar el móvil hasta el lunes.

—Lo que tú digas... —Se dio la vuelta, quitó el pirulo del techo y entró en el coche. Proaza le siguió. Garrido encendió un cigarrillo mientras fulminaba con la mirada al doctor—. ¿Dónde has aparcado el BMW?

—En Los Alcázares.

—Y allí cogiste un taxi... —Le echó el humo a la cara—. Te crees muy listo, ¿verdad?

Salieron del aeropuerto en dirección a la comisaría.

Antes de que llegaran, Marín ya sabía todo lo que Eva fue capaz de contarle, a pesar de los nervios, las contradicciones y las mentiras... «No me llame Eva, por favor...». Quería colaborar para que no la extraditaran a Chile, cosa que nadie mencionó más que ella. Dijo que conoció a Ricardo en la comida de fin de año del hospital, porque acompañó a su madre para que no fuera sola, pero que su relación la llevaban en secreto, que ni su madre sabía nada ni sospechaba que su hija traficaba con órganos, que a don Jacinto le conoció cuando tuvo que llevarla en la furgó al cortijo durante una semana porque se le estropeó su coche. Fue él mismo quién le propuso lo de las curas para sacar un dinerillo extra. «Eso es legal, ¿verdad?». «Ya

veremos», dijo Marín. Más lágrimas. «La primera vez fue para ayudar a uno de la lista de espera, que tenía los riñones necrosados y mucha pasta en negro. Pusimos al donante de acuerdo con él e hicimos el trasplante. Todo salió bien y todos quedamos satisfechos, porque el moreno pudo traer a su familia a España y vivió más feliz. Pero la cosa se fue liando, poco a poco, casi sin darnos cuenta». «¿Y a quién tenéis en el invernadero?», preguntó la inspectora, «¿Quién hace los tratos con los inmigrantes?». Eva dijo que se llamaba Pascual y que era el encargado: «No hay nadie más, lo juro».

El doctor Pereira había encogido una cuarta cuando lo sentaron en la silla metálica de la sala de interrogatorios. Estaba avergonzado, porque no tenía costumbre de obedecer y le humillaba que unos funcionarios sin estilo le dijeran lo que tenía que hacer. Evitaba mirar a los ojos a los policías. Con la cabeza agachada y la mirada fija en el borde de la mesa confesó, con abogado y todo, porque no quería que le colgaran el asesinato del torero.

—Eso fue cosa de Jacinto —dijo el médico—. Se presentó al día siguiente en mi consulta con las córneas de su hermano en un termo con hielo y me dijo que las vendiera, que el dinero se repartiría a partes iguales. Ni siquiera sabía que no aguantan más de seis horas. Se cargó a su hermano por la herencia y punto, lo de las córneas fue una distracción para mí y la puesta en escena que montó con el cadáver de su hermano, una distracción para ustedes.

—¿A quién trasplantaron el corazón de Gustavo Alveroa?

—No sé quién es Gustavo Alveroa.

—A lo mejor no le preguntaste el nombre antes de matarle —le recordó Garrido dándole un cachete—, pero le dejasteis tirado en Los Infiernos, y olvidasteis borrar las huellas...

—Necesitamos los nombres de todos los donantes y receptores, y los queremos ya —exigió Proaza.

El doctor bajó la mirada de nuevo y guardó silencio, evaluando sus opciones.

—Menudo hijoputa estás hecho. —Garrido le estrujó el hombro, poniendo la cara que solía poner ante los chorizos.

—¿Quiere dejar de molestar a mi cliente? —El abogado cumplía con su trabajo, aunque no se le veía muy motivado.

—Solo le estoy tanteando, porque me parece que este farsante no está preparado para la cárcel. No te va a gustar, Pereira. Allí la gente puede que no sea tan sofisticada como la que tú conoces, pero te van a calar el primer día. Eso te lo puedo asegurar.

—Déjele en paz. Sabe que tiene derecho a una defensa y un trato digno —insistió el letrado.

—Un trato digno es lo que le ofrezco, abogado, aunque no lo merezca. Cuanto menos tiempo esté dentro mejor para él, y si puede ir a un sitio en lugar de a otro, lo agradecerá. Lo digo porque todo lo que sea facilitarnos el trabajo, le restará años de condena a tu cliente y le va a beneficiar. No nos hagas perder más el tiempo, y

aconsejale al doctor lo que más le conviene.

A Pereira no le quedó más remedio que dar el nombre del receptor, que casualmente coincidía con alguien que se había borrado de la lista de espera: Mariano Aguilar Suñer, dueño de Hoteles Aguilar, el que le dijo a Proaza que lo había dejado porque se lo pensó mejor y decidió operarse en Nueva York, aprovechando que visitaba a unos familiares. Habría que ir a verle, para valorar su parte de responsabilidad en los hechos y asustarle un poco, a ver si le daba un ataque al corazón robado de Gus, porque lo tenía crudo como cómplice de secuestro y asesinato. El doctor contó de un tirón cómo conoció a Eva en el hospital el día que fue con su madre, cómo se fue dejando embaucar, poco a poco, hasta que le captó con sus artes y consiguió convencerle para montar el negocio. De igual manera lio al ganadero, con su palabrería sudaca y su acento meloso. Empezaron con un marroquí, con todas las partes de acuerdo y mucho dinero para todos, después, ella y ese amigo suyo del invernadero se volvieron codiciosos y empezaron a querer más...

A media tarde, un furgón pasó por el invernadero y detuvo a Pascual Contreras, el encargado, que se resistió para hacerse el duro ante los inmigrantes. Los agentes tomaron de nuevo declaración a los trabajadores, en vista de los nuevos datos, pero no parecía que hubiera más implicados. El dueño no sabía nada de tráfico de órganos. Solo era otro pobre empresario de vacaciones en las islas Caimán, que contrataba a inmigrantes para sus cultivos. Todos sus trabajadores agrícolas tenían los papeles en regla y estaban sanos. Cotizaban a la Seguridad Social y todo era legal.

Más tarde, en un descanso de los interrogatorios, Marín estuvo hablando un buen rato con su Sergio y se le alegró el semblante. Cuchichearon de cosas que no le importan a nadie más que a ellos, pero se le escaparon susurros, risitas y mimos que aún brillaban en sus ojos cuando colgó el teléfono. «¿Qué miráis, gilipollas?», fue lo único que dijo, pero la alegría no se le borró de la cara. Unos minutos después le llegaron a Marín las transparencias de dos otogramas. Mientras los valoraba se ensanchó su sonrisa, porque los seis centímetros de alto por cuatro de ancho de la oreja de Urko, coincidían con las medidas de la huella que alguien había dejado en el cristal de la puerta de unos laboratorios en Lorca. Los de la Científica habían cotejado ambos otogramas y encontraron tres coincidencias, pero la huella de la oreja estaba situada en el panel de la puerta a una altura que no coincidía con la estatura del activista. «No es suficiente, Aurora», le había dicho el oficial técnico.

—Ha podido ponerse de puntillas, Andrés.

—A eso se le llama forzar las cosas, para que encajen.

—Si conseguimos vincularle con los restos de citronela de los otros sabotajes de Lorca ¿no tendríamos los suficientes indicios para detenerle?

—Yo qué sé... Busca esos indicios, si es que existen, porque nosotros no tenemos más. Ni siquiera hemos encontrado las suficientes células epiteliales en la muestra para obtener ADN. —Marín dejó de prestarle atención cuando empezó a lucirse con sus tecnicismos, que no le aportaban nada y no venían a cuento—. Lo de la oreja ha sido un descuido, te lo digo yo, porque sea quien sea el saboteador ha sabido cubrirse hasta ahora y no ha dejado huellas.

—Ha dejado una huella —repuso Marín—, y sabemos que estuvo la madrugada del martes delante de esa puerta.

—Una huella que no nos sirve de nada, no lo olvides: la fosa del escafoides y el hélix...

—A mí me sirve —le cortó, antes de que le soltara de nuevo su rollo profesional.

—¿En qué estás pensando, Marín?

—Aún no lo sé. Cuando lo tenga claro, serás el primero en enterarte.

—Eso espero...

Iba a buscar esos indicios y se los iba a plantar a Urko en las narices cuando le detuviera. No se le olvidaban las palabras que le había soltado el activista, cuando le tomó declaración esa misma mañana en el hospital y le advirtió sobre la dudosa legalidad de su *blog*.

—Soy periodista y soy vegano —respondió Urko—. Mi *blog* es el soporte de difusión que utilizo, en lugar del papel, para denunciar el maltrato animal.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. No veo por qué te molesta que cubra ese tipo de delitos. ¿O son faltas? Como los policías pasáis del tema, los medios están vendidos y los animales no pueden hacerlo, lo hago yo mismo. Supongo que conoces el término autogestión.

—Y yo supongo que tú conoces el término eco terrorismo —respondió Marín.

—Claro, inspectora, es una respuesta al terrorismo ambiental, el que suelen provocar las corporaciones a las que tú defiendes. Hago periodismo de investigación y sé de lo que hablo. Los desechos de la ganadería intensiva van a la atmósfera, a los ríos y océanos, contaminan la tierra donde están ubicadas las factorías, enferman a los propios animales y a quienes se alimentan de ellos. Eso nos afecta a todos y lo sabes, aunque prefieras ir por ahí como si no pasara nada.

—Para el carro, ¿vale? No voy a dejar que me sueltes un mitin.

—No quieres escuchar para seguir con la ilusión de que haces lo correcto. Por muy lejos que esté el matadero que te sirve la carne, hay complicidad y consecuencias.

—¿Eso es una amenaza?

—¿Una amenaza? Yo hablaba de consecuencias medioambientales. La que me amenazas eres tú a mí, ahí de pie plantada con una pipa en el bolso. ¿Por qué no piensas que solo es un comentario, en lugar de imaginar cosas de policías? Tú has llegado aquí y me estás haciendo preguntas que yo te estoy respondiendo, a pesar de que podría negarme. No hay nada más...

—¿Por qué has dicho «el matadero que te sirve la carne»?

—Porque siempre hay un matadero detrás de personas como tú.

—¿Y cómo sabes que como carne?

—Por el aliento, entre otras cosas.

Ante la insolente respuesta, Marín apretó los labios, como Brunilda, un poco jodida e incómoda.

—Pues yo debo decirte que esos sabotajes son un delito muy grave y que pagarás por ello —sentenció la inspectora, sin poder controlar la mala leche.

—¿Por qué te pones borde conmigo? Lo único que he hecho ha sido cubrir una noticia.

—¿Y cómo sabías que iban a incendiar el matadero?

—Dispongo de recursos y tengo mis propias fuentes: leo cosas, escucho rumores, sigo el rastro de otras acciones...

—Fuentes que no piensas desvelar.

—Tú tampoco desvelarías las tuyas.

—Sé que lo de Lorca es obra tuya, Urko, y voy a ir a por ti —dijo señalándole con el dedo, a un centímetro del ojo.

—Eres muy considerada y te doy las gracias por el aviso. Yo voy a seguir informando, hasta que dejéis de comer carne.

—Eso es una tarea imposible.

—Me la tomaré con calma, inspectora. Mientras tanto, intentaré joderos la cena...

Guardó los otogramas en el expediente y entró en Google. Abrió *cometetu.com* y navegó por todo el sitio, husmeando, acechándole, rastreando el delito. La noticia de las pintadas en los toros de Osborne había sido puesta apenas una hora después de haber salido Urko del hospital y ocupaba la portada de la página de inicio. También reseñaba el incendio del matadero y una acción en una granja de visones de la que no sabía nada todavía. Leyó todos los artículos y vio una y otra vez los vídeos. Cuando visualizó el de la matanza de cerdos, las emociones que le provocó, casi hicieron que se olvidara de su inquina con el activista y tuvo que hacer cierto esfuerzo mental para no simpatizar con su causa. «¿Había hecho lo correcto grabando el vídeo, aunque fuera un acto ilegal?», se preguntó la inspectora. Marín fue consciente de sus propias contradicciones. Cuando discutió con Garrido días atrás, había justificado cierto grado de ilegalidad como moneda de cambio en la lucha social, porque su padre era un sindicalista curtido, que sabía que si no muestras algo con lo que negociar la negociación no se produce. Ahora ella, que sobre feminismo era considerada en su entorno familiar y profesional como una radical que no admitía medias tintas, se mostraba conservadora con los derechos de los animales. Fue a la página de «Pasatiempos», pero los códigos QR ya habían sido borrados y la página caché del servidor también. El cabrón no dejaba rastros. Se estaba convirtiendo en una cuestión personal y lo sabía. Sin embargo, se dijo a sí misma, que ante todo era policía y que había jurado combatir el delito. Marín le había mordido y no iba a soltar la presa.

«Solo tengo que esperar, listillo...».

Efectos colaterales

Cuando Proaza entró en su apartamento, a las nueve y once minutos de la noche, le pareció que respiraba de nuevo. Había despertado de una pesadilla de hedores y muerte, y el sueño, por fin, había terminado. Su casa, sus cosas, su universo particular, Virginia y sus dibujos, sus movimientos, su risa, su olor, todo se encontraba en su sitio. Se arrimó sigilosamente a ella y la abrazó. Estaba modelando en su portátil la trompa de un elefante y con el achuchón quedó un poco torcida: «¡Ay, perdona!». Ella se dejó querer: «No pasa nada...», pulsó Control+Z y la trompa se enderezó. Proaza le dijo que si los policías pudieran utilizar Control-Z en la calle, en lugar pistolas, se acabarían los delitos y ella rio sorprendida por ese arranque surrealista de su Juanito, tan cuadrulado él.

—Caso cerrado. Mañana no voy. Todos han confesado y todos están donde deben estar.

Un beso en el cuello.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Virginia.

—Bien, bien, —respondió él—. Necesito música...

Se levantó, sacó el CD que había en la bandeja, lo metió en su caja, introdujo uno de The Sweet, dejó la pistola y los grilletos sobre la mesa, se quitó la camiseta y empezó a bailar, haciendo gestos raros, como si se peleara con una guitarra imaginaria y esta le hubiera soltado una descarga eléctrica. Vir siguió dibujando, ajena al barullo, contenta de verle feliz. Proaza se cansó de hacer el ganso y preparó la cena.

—¿Brunilda también está implicada? —le preguntó con la boca llena—. ¡Oye, esto está riquísimo! ¿Lo has hecho tú o es de tu madre?

Él la miró ofendido, contestando así a la segunda pregunta.

—La mujer no sabía nada de nada.

—Pobrecilla.

—¿Por qué? Si acabo de decirte...

—Porque la llaman bruja en el hospital, está en un país que no es el suyo y ahora ni siquiera podrá estar con su hija. Se quedará sola y se echará la culpa de todo, pensando que no ha sabido cuidar de su niña —un traguito de agua—. Sufrirá en silencio y se amargarán aún más.

—Tiene motivos. Ha traído al mundo a una asesina que ha destrozado la vida a un montón de gente.

—Pobrecilla, es verdad.

Proaza lo pensó de nuevo.

—Es verdad, pobrecilla.

—Y pensar que esto te ha pasado por mi culpa.

—¿Por tu culpa? ¿También estás en el ajo? —Agarró las esposas y se las puso—. Estás detenida.

—¡Quítame esto, gilipollas! Fui yo quien te dijo que fueras a casa de Brunilda, ¿recuerdas? Que prestaras atención a las fotos, mientras le hacías preguntas. Si no hubieras ido, no habrías visto la fotografía de la furgoneta, no habrías tenido que ir a Los Alcázares para que el dueño del chiringuito la reconociera, no habrías ido por los invernaderos siguiendo el rastro de Eva, no habrías ido a ver al ganadero precisamente a esa hora y no habrían estado a punto de matarte de una forma tan horrible.

—Pero entonces no les habríamos encerrado y no estaríamos hablando ahora de ello.

—Claro que sí, porque la detención se habría producido en otro momento. Marín estaba tras él y le habría pillado igualmente, pero con dos coches patrulla dándole cobertura —cogió una aceituna rellena de pimiento, la untó con mayonesa y se la llevó a la boca—. No te ofendas, Juanito, pero ella tiene más experiencia que tú y es mucho más prudente. La próxima vez que te atasques, me lo pensaré antes de ayudarte.

—Pobrecita tú también, que te sientes culpable.

—¿De verdad que te encuentras bien? Te noto raro. Déjame que te achuche...

—Pobrecito, yo también.

—¿Por qué?

—Porque mi camiseta de Guns N'Roses se quemó en el incendio, y no sé si voy a encontrar otra igual.

—¿Te estás cachondeando?

—No. Sí...

Proaza se duchó, se curó las heridas y afeitó, con orden y siguiendo su método, que era infalible porque le proporcionaba cierta paz de espíritu, según creía él: primero la patilla derecha, después la otra y por último los retoques de la perilla, no sin antes haber guardado en el armarito la brocha y el jabón perfectamente secos, tapados y alineados. Era muy ordenado, casi maniático, pero eso le daba un cierto control y una falsa seguridad en el día a día. Cuando terminó con su ritual de limpieza y salió del cuarto de baño se sentía renovado. Virginia escuchaba una recopilación de Chambao que la tenía enganchada, mientras dibujaba al elefante dentro de una jaula, que los hombres de lata se llevaban lejos de la selva, a los circos y zoológicos de sus ciudades grises. Después de redactar el informe y enviarlo al correo de Rosa, terminó su trabajo y apagó el ordenador. Iba a irse a la cama cuando sonó el móvil. Era el forense:

—Enhorabuena, Proaza. Siempre me sorprende usted.

—Muchas gracias, Luzón, pero ya sabe que hemos participado tres inspectores, dos unidades de apoyo con seis agentes y un agudo forense con su ayudante.

—Ya estamos con esa modestia barriobajera suya. Esos tipos acechaban como alimañas a personas inocentes, las cazaban y las mataban; usted ha ido hacia ellos, con dos cojones, y los ha detenido arriesgando su vida. Joder, si hasta puso a Marín sobre la pista del FLA. ¿Qué pasa, que le parecía poco un caso y tuvo que solucionar los dos? —El forense se aclaró la garganta, «Perdón»—. Pero yo no le llamaba por eso, al fin y al cabo es su trabajo y lo normal es que cumpla.

—¿Y por qué me ha llamado, si puede saberse?

—Ese «si puede saberse», le ha sobrado. Quería asegurarme, nada más.

—¿De qué? —Iba a añadir la coletilla, pero se calló.

—De que se encuentra bien.

—¿Y he pasado la prueba?

—¿Lo ve? Se defiende con el sarcasmo. Ha pasado usted por una experiencia aterradora, Proaza, y está asustado. No le quepa duda de que se reflejará en su comportamiento y puede perjudicarle seriamente. Es usted muy joven y yo soy un viejo que sabe cosas.

—¿Y qué tendría que hacer?

—¿Esa pregunta va con cachondeito?

—No lo sé, el experto es usted.

—Bien, pues en mi opinión la ironía que está utilizando como escudo es lo correcto en estos momentos, pero... —Puso voz de extender una receta—: póngase de mala leche tres veces al día durante una semana, desayuno, comida y cena, empiece a mirar mal a los que hacen mucho ruido, a sus compañeros cuando haga demasiado calor y a los chavales que se divierten, mientras usted trabaja, para salvarles de los depredadores que ellos no son capaces de ver. Esa sintomatología suele durar entre dos y tres semanas y, puedo asegurarle, que si al cabo de ese tiempo no desaparece, se habrá convertido usted en un gilipollas crónico del que todos dirán cosas sin que se entere, y no sabrá por qué.

—Joder, Luzón. ¿Está diciendo que necesito ir al psiquiatra?

—Yo no he dicho eso. Solo digo lo que nadie le va a decir.

—¡Pero, si no me ha dicho nada!

—Lo importante no es lo que yo haya dicho, sino lo que usted ha entendido.

—Sigo sin enterarme.

—Aunque se esté haciendo el tonto, sé que lo ha captado. No voy a insistir para no menospreciar su inteligencia. Cuando le doy una pista de esas que me cuentan mis cadáveres, la interpretación que usted hace de ella es lo que soluciona el caso, no lo que yo le digo.

—¿Y qué es lo que me dice, si es que me va a decir algo de una puñetera vez?

—Pues le diré que Andreu Baró no debió sufrir tanto como imaginábamos, porque estaba parcialmente sedado.

—¿El ganadero le sedó antes de matarlo? ¿Y por qué no tuvo ese detalle conmigo?

—Porque después de sorprender a Baró le metió en el maletero, como ya sabe, y le anestesió para ocuparse tranquilamente de usted. No podía arriesgarse a que hiciera el menor ruido mientras estuviera por allí husmeando un inspector astuto, agudo e inteligente.

—¿Ya está tomándome el pelo de nuevo?

—No señor. Es esa humildad, que siempre lleva a cuestras como una bandera, la que le nubla el juicio.

—Vale, vale. Acepto el cumplido. Pero yo vi moverse a Andreu, hablar y hasta darle un cabezazo al ganadero que casi le tumba.

—Porque la adrenalina le hizo reaccionar, pero le puedo asegurar que el ochenta por ciento del cuerpo ni lo sentía.

—Me alivia algo saberlo.

—Por eso le he llamado, pero usted lo ha entendido al revés y aprovecha para sacarme de quicio. Diviértase y pase un buen fin de semana, Proaza, se lo merece.

—Oiga, Luzón...

—Qué coño quiere ahora.

—Acabo de entender por qué un viejo que sabe cosas, ha llamado al joven inexperto a estas horas.

—¡No me diga!

—No se lo voy a decir, porque usted ya lo ha entendido.

—Una cosa es entender y otra muy distinta comprender.

—Comprendo que siempre tiene que decir la última palabra. Gracias, Luzón, por la llamada. Es usted un buen amigo.

—Ahora se pone cursi. Que le den...

Cuando se desplomó sobre la cama, Virginia estaba leyendo *Momo* y no le hizo ni caso. Qué cansado estaba...

—No me llames chiquitín delante de mis compañeros, ¿vale?

—Pero si es que eres mi chiquitín... —Le besó en la nariz—. Cuando te hago mimitos bien que te gusta, ¿eh?

—Que me dé vergüenza no quiere decir que no me guste. Son cosas nuestras, Virginia.

—¿Y qué hay de malo en que tus amigos sepan que jugamos y nos reímos? ¿Crees que ellos no hacen lo mismo?

—No son mis amigos; son mis compañeros, que no es igual. Y eso son intimidades.

—¿Intimideces? —Ella quería seguir con la guasa.

—Intimidades —él, no.

—Qué tonto eres... —Estaba sensible y se dio la vuelta.

La agarró por la cintura, hundió la nariz en su pelo y se quedó así, sin pensar en nada, respirando el olor de su piel, su aroma, percibiendo el calor de su cuerpo y escuchando los latidos de su corazón, la banda sonora de la vida. Sentía todo lo que la

quería y solo eso, porque no necesitaba más. Iba a ser mucho más cauto en su siguiente caso. No le había gustado lo de estar a punto de morir y dejar sola a Virginia en este mundo desquiciado. Ahora que la cosa estaba bien, ahora que la vida les había juntado de nuevo, podía besar sus labios, asomarse a sus ojos y mirar su sonrisa como el que descubre un milagro todos los días de su vida. El domingo irían a la isla Perdiguera, a disfrutar del sol, a nadar y a sentarse en la playa, bajo la sombra de un chiringuito. Hablarían de sus cosas, del cuento de Virginia, porque una editorial estaba interesada y le había propuesto la coedición, cuando vio los dibujos que tenía en su *blog*: «Qué *jodíos*», diría ella, y hablarían del caso del matadero, por supuesto. Vir le diría que le notaba un poco triste y él respondería que sí, que no se le iba de la cabeza que Andreu había muerto en lugar de él porque llegó antes, que se sentía culpable cuando pensaba en ello, que no supo actuar correctamente...

Parecía que se estaba quedando dormido cuando Virginia sintió un ligero temblor. Se volvió. Proaza lloraba, intentando contenerse para que no se le notara. Estaba tiritando otra vez.

—Juanito, cariño, ¿qué te sucede...?

—Nada, nada... —dijo negando compulsivamente con la cabeza—. No te preocupes. Ya verás cómo se me pasa... Mañana vamos a la playa, ¿verdad?

Virginia le cogió una mano y se la llevó a los labios. La retuvo contra su pecho hasta que se calmó. Después, un silencio de esos; un momento que parecía vacío porque la mente se queda callada, aunque siguen sucediendo cosas.

—No sabes cuánto te quiero, Virginia.

—Sí que lo sé.

Madrid - Lo Pagán (2012-2014)

Banda sonora de la novela

- Capítulo 1: «Between Future and Past» (Eloy)
«Micro Cuts» (Muse)
«Engel» (Rammstein)
- Capítulo 2: «One Step Closer» (Linkin Park)
«Got the Life» (Korn)
- Capítulo 4: «Break Stuff» (Limp Bizkit)
«Abracadabra» (José Córdoba)
«Bobo» (Te Kagas)
- Capítulo 5: «Animales de laboratorio» (Ska-P)
- Capítulo 6: «Pity the Sadness» (Paradise Lost)
- Capítulo 8: «Tonight, Tonight» (The Smashing Pumpkins)
- Capítulo 9: «Salta la luna» (Lengua de Trapo)
- Capítulo 10: «Uprising» (Muse)
- Capítulo 11: «Superbeast» (Rob Zombie)
- Capítulo 13: «Immigrant Song» (Led Zeppelin)
- Capítulo 14: «Ready To Fall» (Rise Against)
«Citizen Erased» (Muse)
- Capítulo 15: «Soy capaó» (El Koala)
«Never Gonna Stop» (Rob Zombie)
- Capítulo 16: «Kémalo» (Ska-P)
- Capítulo 19: «Ballroom Blitz» (The Sweet)
«Te la creío tú» (Chambao)



RAFAEL ESTRADA. Es un escritor y dibujante español. Empezó dibujando tiras de humor para *La Codorniz* y *Segundamano*. Como dibujante de cómics ha colaborado con *Comix Internacional*, *Cimoc*, *1984*, *Rambla*, *Zona-84*, *El Ecologista*, *Creepy*, *Makoki* y *Heavy Metal*.

Actualmente se dedica a la literatura y la ilustración de libros. Ha dado cursos en el CAP de Getafe y la Universidad de Oviedo e impartido clases de dibujo y pintura durante más de 10 años en los colegios Francisco Arranz y Joan Miró.

Algunos de sus trabajos han sido publicados en Alemania, la antigua Yugoslavia, Francia, Italia, Grecia, Portugal, Ecuador, Venezuela, Chile, Turquía, Corea y EE. UU.

Ángeles de sangre (2012), es su brillante debut en la novela negra, con el que ha resultado ganador del I Premio Megustaescribir.com.